

El Jedi Perdido

Pablo Diez Encinas

El caballero Jedi Ooryl Qel-Narath sigue la misteriosa pista del desaparecido mestro Karanna hasta Gaeraan, un opulento mundo habitado por dos razas que están a un paso de enfrentarse en una cruenta guerra civil.

Nota: El relato «El Jedi Perdido» es continuación de su anterior obra «La Secta Oscura».



El Jedi Perdido

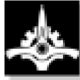
Pablo Diez Encinas



Título original: *El Jedi Perdido*

Autor: Pablo Diez Encinas

Publicación del original: 2004

 30 años antes de la batalla de Yavin

Esta historia es fan fiction, no forma parte oficial de la continuidad

Revisión: ...

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

24.04.18

Base LSW v2.22

Declaración

I

Gaeraan. Un verdadero paraíso en la galaxia. La descomunal esfera de color azul se suspendía, solitaria, en la oscura inmensidad espacial. Un vasto océano azul y profundo cubría su superficie de un lado a otro a excepción de un alargado continente montañoso llamado IslaOcaso. Humanos habitaban la tierra mientras que el sinfín de mares era el hogar de los garian, una belicosa raza de seres subacuáticos. Gaeraan, único planeta habitable del sistema del mismo nombre, y acompañado de sus cuatro «hermanos muertos» y sus seis lunas era, sino el que más, uno de los planetas más ricos y opulentos del que la República jamás hubiese oído hablar. Pues este apartado mundo del Borde Medio contenía en sus entrañas los mayores yacimientos de vertex jamás vistos u oídos por ningún ser. Extraído de las profundidades del océano y vendido después a astronómicos precios en los mercados galácticos, el preciado mineral era utilizado como moneda por ambas razas, las cuáles se hallaban enfrentadas entre sí desde inmemoriales tiempos por el control de la sustanciosa minería; aunque ésta situación se había afortunadamente apaciguado con el paso de los siglos. Pero la avaricia había despertado de nuevo en el corazón de Gaeraan.

Pero aquella no era ni mucho menos la razón por la cuál Ooryl Qel-Narath se hallaba allí, aunque así se pretendía que se creyese. Los colonos acusaban a los nativos del robo de su precioso mineral y corría el rumor de que un misterioso personaje envenenaba el oído del rey garian y trataba de incitarle a una guerra contra los hombres.

Nadie podía asegurarlo con certeza pero tanto Yoda como Ooryl sospechaban que éste personaje no era otro que el desaparecido maestro Jedi Kyle Karanna que huyese del bastión oscuro de Byss y acabase con la vida del renacido lord Naga Sadow al abrazar el reverso tenebroso de la Fuerza.

Ooryl llevaba casi dos años errando de planeta en planeta por toda la galaxia, detrás de rumores y pistas falsas que le pudiesen conducirle hasta Karanna. Y por fin existía un claro indicio, aunque algo remoto, de su presencia gracias a una presunción del venerable Yoda.

La azulada luz que reflejaba Gaeraan sobre el caza Jedi inundaba la cabina del caza Jedi Delta-7 entregado al ahora caballero Qel-Narath cuando la señal de recepción llegó desde Vashin, capital humana del planeta. Ooryl conectó su radiofaro para identificarse y, a modo de respuesta, recibió la situación de dicha ciudad. Su droide astromecánico, adherido al casco de la nave a su izquierda tardó poco más de unos segundos en calcular la trayectoria y la estilizada nave comenzó un lento pero continuado descenso hacia el planeta.

* * *

«Vencido por el cansancio y los duros golpes de Sidious, Xánatos se retiró hacia atrás, resoplando, admitiendo la derrota, admitiendo la impaciencia que le había conducido a su

perdición. De un potente golpe, Sidous le arrancó el arma de las manos. El jedi-sombra siquiera se molestó en recogerla, tan solo miró con impotencia su palma vacía, su fin había llegado. El sith se acercó lentamente, saboreando el momento, como el depredador que logra acorralar finalmente a su presa y de un poderoso y mortal tajo de energía, su hoja cruzó el pecho de su rival dándole muerte. Xánatos contuvo un aullido de sufrimiento mientras se desplomaba, muerto, y callaba para siempre».

Xánatos abrió muy suavemente los ojos. Pudo reconocer vagamente al otro lado del cristal el verdiazul rostro de un rodiano y sus oscuros ojos mirándole. Flotaba en algún tipo de líquido en el interior de un tanque de cristal.

Ahora lo recordaba; aunque la mente que en verdad guardaba aquellos recuerdos estuviese muerta. Era una nueva vida, un nuevo cuerpo poseído por su inmortal espíritu en una sola y misma presencia en la Fuerza. Una nueva versión de sí mismo.

El volumen del líquido comenzó a descender y al dejar libres su boca y nariz pudo sentir como una larga bocanada de aire inundaba sus pulmones; había renacido.

El líquido atravesó su cintura y sus pies se posaron sobre el frío suelo. Pudo distinguir ahora más claramente al rodiano a través del húmedo cristal. Cuando el líquido hubo totalmente desaparecido, la urna se abrió con un ruido sordo y Xánatos salió al exterior. Instintivamente se tocó la cara: su cicatriz en forma de círculo roto ya no estaba, todo apice del oscuro ser que había sido anteriormente se empezaba a desvanecer.

El rodiano tecleó un momento en un pequeño datapad y saludó al clon con la profunda voz propia de su especie mientras le tendía una toalla:

—Bienvenido de nuevo, señor Xánatos. Hemos cumplido satisfactoriamente la tarea que nos encomendó, tal como puede ver.

—Gracias —contestó simplemente mientras secaba su cuerpo desnudo.

Xánatos no dedicó más que un simple vistazo al rodiano de bata blanca. Advirtió junto a ellos un pequeño taburete con ropajes negros y un par de botas y los tomó a ambos.

El rodiano, frustrado por la aparente falta de interés del jedi-sombra arrugó su apéndice nasal, semejante al de un tapir y volvió a dirigirse a él:

—Mi nombre es Danuk Lang, señor. Y soy el encargado de este proyecto. Podrá comprobar por usted mismo el excelente resultado de mi trabajo ya que…

Xánatos comenzó a vestirse mientras el rodiano, absorto en su monólogo continuaba elogiándose. Se dio cuenta entonces que no tenía idea alguna de dónde se encontraba: estaba en lo que parecía ser un pequeño laboratorio de paredes blancas con decenas de distribuidores sanitarios, sensores y demás parafernalia médica. Únicamente la acristalada urna de la que había surgido destacaba algo en aquella sala que podía encontrarse en cualquier rincón de la galaxia.

Clavó sus ojos en las cuencas azabache del ser y éste enmudeció súbitamente. Entonces preguntó:

—¿Cuánto tiempo he pasado «muerto»?

—Setecientos quince días, señor.

Eso hacía casi dos años.

—¿Por qué tanto tiempo? —fue su inmediata pregunta.

—Bueno, fue algo difícil volver a encontrar sus muestras de ADN después de ser saboteadas, señor.

¿Saboteadas? ¿Acaso antes de partir hacia Byss no se había encargado personalmente del éxito de su propia clonación? Bueno, eso ahora daba igual, lo que realmente importaba es que estaba vivo.

—¿Dónde me encuentro?

—En las instalaciones de Offworld en Joaran, señor, en el Círculo Exterior.

—Gracias —dijo abandonando la habitación.

* * *

El Delta-7 sobrevoló la larga superficie del solitario continente de Gaeraan. IslaOcaso era una alargada masa de tierra compuesta por extensas cadenas montañosas que abarcaban su suelo de una punta a otra de la isla. Aparecían a pequeños intervalos algunas extensiones de verde pasto que contrastaban con aquél tono gris claro y a veces rojizo de las montañas y el interminable azul oceánico. Vista desde el espacio la patria de los hombres se asemejaba a una profunda cicatriz grabada a fuego en el rostro del planeta.

Tras un corto vuelo, la primera de las cúpulas de Vashin pasó a toda velocidad bajo el casco de la nave Jedi. Esta voló sobre la capital humana de Gaeraan, una gran urbe situada en el extremo este de aquél continente. La ciudad nacía en la punta del rocoso cabo y trepaba, edificio por edificio hasta la primera cadena de montañas. Numerosos árboles y plantas trepadoras se dispersaban de un lado a otro a través de las calles moteando la ciudad con pequeñas franjas verdes. Y como rematando la proa de un inmenso barco, sobre el primero de los montes se erguía en solitario una delgada torre de comunicaciones que dominando la capital.

Sobre el cabo se levantaban un conjunto de faraónicas estructuras que parecían conformar una sola: el palacio real de Vashin. Cuatro enormes construcciones tubulares alrededor de una quinta ligeramente más alta que las demás, cada una rematada con grandes cúpulas de azuladas tejas y todas ellas unidas por unas impresionantes y altas murallas ligeramente inclinadas hacia adentro; todas apiñándose contra los acantilados que las rodeaban, como compitiendo por un primer puesto en una carera hacia el mar.

Excavado en la roca viva y a unos pocos cientos de metros del palacio se hallaba el hangar principal. Ooryl guió su nave hasta allí y el radiante sol de Vashin se vio de pronto suplantado por la luz eléctrica del techo del hangar en que se encontraban la mayoría de las naves vashinianas. Un pequeño droide esférico le guió hasta una pequeña cámara y allí hizo descender lentamente el caza.

Al salir de este, Ooryl se vio inmerso en un frenético vaivén de gente: técnicos, operarios, peones, mecánicos o simples paseantes inundaban los ocho niveles del hangar.

La acristalada cabina del caza se desplazó hacia atrás, cerrándose mientras de aquella marea humana surgía un hombre vestido de azul oscuro con los cabellos negros y cortos. Llegó a la altura de Ooryl al tiempo que su droide astromecánico se desprendía del casco de su nave y se reunía con su dueño.

El joven inclinó la cabeza y Ooryl hizo lo propio devolviéndole el saludo:

—Mi nombre es Ooryl Qel-Narath, el Consejo…

—Bienvenido a Gaeraan —le cortó súbitamente el hombre; su mirada era extraña, inquisitiva— su majestad os espera en palacio, si tenéis a bien seguirme os conduciré hasta él.

Y entonces giró velozmente sobre sus talones y volvió a perderse entre el gentío. El Jedi tuvo que acelerar el paso para poder seguirle, seguido a duras penas por su droide confundido entre tanta actividad.

Apenas si llegaron a una pareja de elevadores, Ooryl vio a su «guía» a través de las puertas de cristal cerradas. El otro llegó un segundo después y el Jedi saltó dentro seguido por su unidad astromecánica. Los diferentes niveles pasaron a toda velocidad frente a él hasta que por fin la cabina se detuvo. Salió. Se encontraba en una especie de «carpa» de cristal que cubría el nivel más alto de los dos elevadores. Con el rostro cubierto por el sol que atravesaba la translúcida carpa localizó al joven que se alejaba de allí por un camino de baldosas verdes. Lo siguió a cierta distancia durante unos cientos de metros hacia el enorme palacio que se levantaba a lo lejos. Aquél paseo levantado junto al rocoso risco llevaba el tranquilo mar que bañaba Vashin a la siniestra y a la propia ciudad a la diestra.

Una vez llegados a la muralla rodearon parcialmente el palacio hasta aparecer en una plaza circular que se abría a la magnífica entrada de éste. Sobre el suelo grabado con retorcidos arabescos, en el centro mismo de la plaza se erguía una columna de mármol rojo en la cuál se enroscaba la figura de oro de una serpiente marina.

Las murallas y edificios del palacio se levantaban varias decenas de metros dominando la gran metrópoli de varios millones de habitantes que de ella nacía e iba a morir junto a las montañas. Tres espléndidos arcos, uno central y mayor que los otros dos, los tres exquisitamente esculpidos en algún tipo de oscura madera, constituían la entrada precedida por unos ascendentes y alargados escalones de más de veinte metros en su comienzo y que, como una pirámide caída se iban acortando a medida que se acercaban a su fin.

El Jedi trató de alzar su cuello para tratar de abarcar aquél maravilloso monumento del ingenio gaeraano pero su vastedad no se lo permitió.

Pero no podía detenerse, el joven de azul ya le esperaba junto al arco mayor y su droide, ya había empezado a subir lenta y torpemente los escalones. Ooryl lo alcanzó a grandes trancos y juntos cruzaron la arcada de madera. Una vez puesto el pie dentro la alta puerta se cerró sepulcralmente tras ellos.

Miraron entonces a su alrededor, estaban en una amplia sala de entrada. Las blancas paredes ascendían no menos de quince metros y cada una de ellas ostentaba en su centro una vidriera cuyos reflejos multicolores bañaban coloridamente las esquinas. Dos

puntiagudos arcos a ambos lados daban paso a nuevas estancias y al frente, tras un ancho umbral se revelaba la continuación de tan maravilloso edificio.

Pero lo más espectacular de aquella entrada era sin duda la descomunal cúpula que la cubría. Era azul, como la mayoría de los techos de Vashin pero esta era de cristal y tallada en forma de estrella de doce puntas con su centro en la cúspide que dejaba pasar los rayos del sol matutino que descendían hasta posarse en el mosaico que conformaba el suelo y que representaba el sistema de Gaeraan.

El droide silbó de admiración junto a su amo y éste le dedicó un rápido vistazo: R5-X3 era un típico droide de la serie R5, copiloto, mecánico y fiel siervo de su amo. Las partes de su carcasa que no eran cromadas estaban pintadas de verde. Le había sido entregado a Ooryl haría un año al seguir una pista desgraciadamente falsa sobre Karanna en Nuevo Plympto.

Un débil rumor de pasos retumbó delicadamente a su alrededor y el Jedi volvió la cabeza hacia su origen: un hombre mayor, de unos sesenta años de edad, de barba gris y recortada e igualmente ataviado que el joven que hasta allí les había conducido que surgió de uno de los arcos laterales y se dirigió hacia ellos:

—Bienvenido, maestro Jedi. Soy Bolfred, mayordomo de palacio. Su majestad os está esperando en el salón del trono.

El hombre se detuvo entonces, como buscando algo:

—¿Dónde está Rappa? —preguntó.

—¿Quién?

—El chico que envié a buscaros.

—Digamos que me «arrastró» hasta aquí.

—Entiendo —dijo haciendo una mueca con los labios— no haga caso, mucho ruido y pocas nueces.

—Está bien —contestó con una sonrisa el Jedi.

Y el mayordomo se inclinó entonces respetuosamente, indicando con el brazo abierto el camino a seguir:

—Después de vos, señor.

* * *

Xánatos dio una rápida vuelta por el complejo: nadie. Despachos y laboratorios vacíos, abandonados, y cubiertos por doquier de un mar de polvo. Muros medio derruidos, lámparas intermitentes, restos de droides y de maquinaria apilados, inservibles, en las esquinas…

Xánatos observó el final de aquél pasillo en que el abandono parecía no tener fin mientras una mueca de incomprensión se dibujaba en su cara y volvía sobre sus pasos hasta el laboratorio del que había salido.

Allí estaba el rodiano, apoyado sobre una computadora, esperándole, seguro de que el clon volvería al ver qué había fuera:

—¿Qué pasa? ¿Acaso no estamos en unas instalaciones de mi compañía?

—Sí, señor.

—¿Y qué pasa ahí fuera?

—Bueno, podría decirse que la compañía Offworld ya no existe.

—¿Cómo?

—Si hace el favor de calmarse, quizá me permita responderle —dijo ofreciéndole un asiento.

El jedi-sombra lo aceptó como de mala gana y se sentó en el pequeño taburete.

—Comenzaré diciendo que algunos de los miembros pertenecientes a su proyecto de clonación no eran del todo «leales». Concretamente aquellos que se ocupaban de la clonación de la célula madre. Uno de ellos reveló el secreto del proyecto a su lugarteniente Tyax. Éste, temeroso de perder sus inversiones empezó a desviar fondos de la empresa a su cuenta personal. Al estar usted aún «desaparecido» los demás miembros del consejo de dirección le imitaron y la compañía quebró en poco más de tres meses. Para asegurarse que usted no regresaría para retomar el control de la situación, el propio Tyax saboteó sus muestras de ADN haciéndolas prácticamente inservibles. Como ya le he dicho, la empresa quebró, no se supo más del consejo y el despido de personal fue inminente pero estos se organizaron en un sindicato y lograron ser contratados por otras compañías aunque manteniendo el nombre de Offworld. Es decir, que aunque la compañía siga existiendo pertenece en su totalidad a otras empresas y todos los bienes han sido abandonados o requisados. Yo y algunos compañeros nos propusimos el finalizar su proyecto y nos trasladamos a esta instalación del Borde. Ante la falta de fe, todos ellos se fueron marchando uno a uno hasta que solo quedé yo. No hace más que unos días que encontré casi por fortuna una célula apta…

—Gracias —fue todo lo que pudo murmurar Xánatos al enterarse de tan sorprendente noticia.

Su imperio comercial se había desmoronado, su compañía pertenecía ahora a sus rivales, sus bienes habrían sido seguramente embargados y estaba vivo de milagro, tan solo gracias a la fidelidad de unos pocos empleados. Las cosas habían cambiado realmente mucho en tan corto periodo de tiempo.

—Muchas gracias —volvió a decir.

—No hay por qué darlas, señor. Realmente ha sido un placer «resucitarlo». Y ahora que esta usted de nuevo aquí quizá pueda volver a tomar las riendas de la empresa.

—Eso puede darlo por hecho —dijo con determinación mientras se levantaba, aunque no estuviese muy seguro de lo que estaba prometiendo. No se sentía de ningún modo con ganas ni motivación para reconstruir su empresa. Sin saber por qué le vino a la memoria de pronto su muerte, lo que estaba haciendo cuando aquella hoja de energía acabó con su vida. Había viajado hasta Byss, en lo más profundo del Core para vengarse de Sidious. Pero al mismo tiempo estaba ayudando a un grupo de Jedi que pretendían acabar con una secta sith de la que él mismo había sido miembro. Le vino también a la memoria que en aquél tiempo en que su espíritu vagaba en la nada, aferrada únicamente a la Fuerza, había

podido sentir las muertes de Moresby, Sadow y aquél otro Jedi gandiano pero no la de Sidious, ni la de Ooryl, ni la de Kyle. Los tres seguían con vida. Tenía que encontrar a los Jedi, sí, al menos a uno de ellos, la Fuerza se lo comunicaba de algún modo. Tanto Offworld como Sidious parecían poder esperar en aquél momento, ahora tenía que encontrar a Ooryl o a Kyle.

Entonces, como si le hubiese leído el pensamiento Danuk habló:

—Deberíamos salir de aquí, señor, vamos, tengo un velotransporte fuera.

II

Ooryl subió junto al anciano Bolfred y X3 los últimos escalones de la larga escalera. Tras el último de los peldaños de alabastro se hallaban unas puertas negras con una media luna grabada en su superficie. Éstas se abrieron silenciosamente apenas el mayordomo se acercó y los tres cruzaron el arco de piedra.

Entraron a una vasta sala cúbica de paredes blancas decoradas a cada lado con brillantes tapices de terciopelo. Una gran alfombra azul con una luna plateada en su centro, emblema de la realeza gaeraana, se extendía sobre el verdoso suelo de mármol. Al fondo se hallaba un largo ventanal curvado tras el cual se adivinaba vagamente un balcón abierto al infinito océano.

En el centro de la habitación había una labrada mesa acompañada de varios sillones entre los que destacaba uno más grande y alto que los demás y flanqueado por una pareja de guardias de armadura y vibro-alabardas.

Sobre éste imponente sillón de madera y coral se sentaba Vanrar, rey de los hombres de IslaOcaso. Aunque el tiempo había sido generoso con él en muchos aspectos, su edad la revelaban dos largos mechones de pelo albino que corrían a cada lado de su corta melena oscura. Una pequeña corona dorada sobre su despejada frente le otrogaba autoridad a su figura envuelta en ropajes color escarlata.

Bolfred, el anciano mayordomo de palacio, se inclinó respetuosamente ante su rey y mostrando al Jedi anunció:

—Os presento a su majestad Vanrar, rey de IslaOcaso. Mi señor, él es el maestro Jedi…

—Ooryl —intervino éste mientras imitaba a Bolfred en su saludo—. Ooryl Qel-Narath.

Vanrar lo saludó con un gesto de su mano y le ofreció un asiento:

—Bienvenido, maestro Qel-Narath. Sentáos, os lo rogamos. Bien —susupiró con cierta preocupación— veo que el Consejo Jedi ha decidido escucharnos.

—Así es, majestad, he sido enviado para mediar en vuestro conflicto.

—No hay ningún conflicto —replicó inmediatamente el rey con convicción— solo hay un robo, un robo para el que exigimos justicia. Pero, suponemos que querrá conocer el orígen de la «disputa».

—Por favor —dijo tomando asiento.

—Hará un par de semanas, un convoy de vertex fué asaltado por naves garian mientras se dirigía a las plantas de procesamiento. Vaciaron las bodegas y hundieron los transportes no dejando tripulante alguno con vida. Perdimos trescientas toneladas. El suceso se ha repetido varias veces últimamente; demasiadas. Esos bastardos hombres-pez lo niegan todo y hemos tenido que recurrir a la orden Jedi para resolver esto. A merced de vuestra intercedencia, el rey garian ha accedido a entrevistarse con nosotros. No nos malinterpretéis, no deseamos acusar a nadie pero existen claros signos de su presencia. Nos no deseamos un enfrentamiento para nuestro pueblo, solo pedimos justicia.

Ooryl se recostó sobre el sillón; sus ojos se posaron sobre X3, su droide que se encontraba junto a él y que le observaba con su fotorreceptor oscuro, como esperando que una réplica abandonase sus labios. Su mirada volvió a Vanrar.

—¿Qué pensáis, Ooryl?

—Prefiero escuchar la versión de vuestros vecinos antes de juzgar a nadie.

—Respetamos vuestra opinión y creemos que pronto podréis hacerlo pues el rey llegará en breve.

* * *

La casi prehistórica figura del puerto espacial de Joaran apareció lentamente tras una pequeña loma rocosa. La rojiza superficie se extendía por doquier alrededor del velotransporte de color amarillo. Así era Joaran, una gran bola de roca sin ninguna vida indígena o vestigio de ella. Sin embargo, aún estando muerta, el planeta era rico en metales y las instalaciones mineras florecían por toda su desierta superficie. No ofreciendo Joaran más que recursos mineros el espacio-puerto de Carilh era lo único que mereciese el nombre de asentamiento.

El viento alborotaba el pelo de Xánatos mientras atravesaban a toda velocidad el pedregoso y escaso espacio que los separaba de Carilh. El rodiano guió el vehículo hacia el espacio-puerto y poco a poco fue cada vez más visible el asentamiento cuyas brillaban débilmente a la luz del mortecino sol. Tras un recodo apareció un hueco en el muro de hormigón que lo rodeaba, clausurado por varios haces de brillante luz. Casi oculta entre dos edificios, una torrecilla coronada por un pequeño puesto de observación, guardaba la entrada.

Al ver que los láseres de la entrada estaban activados, Danuk profirió algo en hutt e hizo ademán de dar media vuelta pero un foco surgido del puesto de guardia los enfocó. El resignado rodiano acercó el vehículo a la altura de la entrada.

Al detenerse allí, vieron que un quermiano de uniforme y cuyos cuatro brazos asían un aniquilador láser caminaba lentamente hacia ellos. Les dedicó un rápido saludo y al llegar a la altura de Danuk se detuvo:

—Vuestro pase —dijo con su aguda y ridícula voz.

El rodiano miró inexpresivo a Xánatos, como dando a entender que carecía de cualquier pase. El jedi-sombra asintió y clavó su mirada y su mente en la diminuta cabeza del guardia.

—No necesitas ver nuestro pase.

—No necesito ver vuestro pase —repitió obedientemente.

—Podemos pasar.

—Podéis pasar.

Totalmente dócil, el quermiano subió por una delgada escala hasta su puesto y desactivó los láseres que bloqueaban la entrada, dándoles paso. Atravesaron el robusto arco de cemento y se abrieron paso a través de un grupo de gente que venía hacia la

entrada. Una vez dentro, Danuk no dejó de volver la cabeza hacia atrás, como si el guardia fuese en cualquier momento a dar la alarma.

—Tranquilo —le dijo Xánatos— pasará un rato hasta que se de cuenta de lo que ha pasado y para entonces ya debemos estar lejos. Por cierto, ¿y tu pase?

—Bueno, he de decir que solo estuve una vez aquí y de eso hace ya varios meses, cuando llegamos al planeta. No nos entregaron ningún pase y desconozco la forma en que mis compañeros lograron abandonar Joaran, siquiera sé si lo consiguieron —dijo mientras torcían velozmente una esquina para quitarse de la posible vista del guardia. —¿Qué hacemos ahora?— preguntó.

—Vamos dondequiera que podamos conseguir una nave.

Danuk aceleró el transporte por entre las sombrías calles de edificios bajos y primitivos, todos ellos de hormigón y con apenas ventanas. Las calles eran de dura roca y estaba recubiertas por una alfombra de basura y polvo cuyo hedor parecía quedarse adherido al aire. Además, la inminente ausencia de luz natural no hacía sino aumentar su lúgubre aspecto.

Tras un corto recorrido aparecieron en una vasta explanada de ferrocemento clausurada por una corroída y oxidada valla metálica. Allí se reunían un centenar de naves, grandes cargueros en su mayoría, iluminados débilmente por lámparas eléctricas que recorrían el suelo del puerto espacial. Abandonaron el velotransporte junto a la valla y entraron en la explanada bajo la desfavorecida mirada de un grupo de peones sullustanos que inhalaban especia junto a una pila de cajones.

Xánatos recorrió rápidamente con la mirada las naves allí atracadas y entre dos grandes cargueros del Gremio de Comercio localizó un estilizado carguero corelliano de la popular serie YT. No parecía estar en mal estado y probablemente sería capaz de sacarlos de allí antes de que nadie lo echase en falta. Sin embargo, al avanzar un poco más repararon en un musculoso feeorin que guardaba, bláster en mano, la escotilla de acceso. Xánatos profirió algo entre dientes y murmuró unas palabras al oído de Danuk, el cual se perdió rápidamente bajo la sombra de otro carguero.

El jedi-sombra se acercó lentamente hasta la nave, dejando que el ser de piel turquesa que guardaba la nave le viese. Éste alzó la mano, apuntándole con su arma y le habló:

—¿Qué quieres?

—Voy a llevarme esta nave —dijo Xánatos pasando antes sus ojos su mano derecha, tratando de confundir su mente.

El feeorin estuvo a punto de obedecer pero un segundo después sacudió violentamente la cabeza y se frotó varias veces la cara. Después volvió su vista hacia Xánatos y escupió a sus pies.

—Piérdete —dijo.

Entonces, Danuk apareció de repente tras él y le clavó una vibrohoja en la espalda. El ser rugió de dolor y derribó al rodiano de un codazo en el estómago. Se arrancó dolorosamente la hoja clavada en su espalda y apuntó a Xánatos con el bláster. Éste se llevó la mano derecha a su cinturón pero no halló ningún sable láser y tuvo que rodar por

el suelo para esquivar los rayos de energía. Cuando se levantó alzó la mano y derribó al feeorin con la Fuerza. Un tropel de guardias se acercaba corriendo, alertados por el sonido de los disparos y los dos saltaron raudos dentro de la nave cerrando la escotilla tras de sí.

Por suerte se hallaba vacía. Xánatos tardó unos segundos en encontrar la tubular cabina y otros tantos en hacerse con los controles de la nave. Fuera, alguien disparaba sobre el casco en un intento de hacerles salir.

El jedi-sombra dio por fin con la llave correcta y un mosaico de luces iluminó la carlinga. Tiró hacia atrás de los mandos, elevando un poco la nave y aceleró sobre los cargueros dejando atrás el muelle y a un grupo de guardias que les disparaba en vano.

Dos señales aparecieron en el radar. Danuk abandonó la cabina mientras Xánatos daba vueltas en tonel tratando de esquivar las ráfagas láser de los dos Z-95 cazacabezas que llevaban detrás.

El rodiano volvió jadeante, tras haber recorrido rápidamente la nave:

—¡Esto no tiene armas! —anunció desesperadamente.

Las descargas empezaron a ladear la nave por ambos lados y Xánatos se concentró aún más en su tarea pues sabía que solo su habilidad podía sacarlos de allí con vida.

Dos misiles gemelos abandonaron el morro de uno de los cazas mientras una alarma inundaba la cabina de la nave corelliana. Xánatos reparó en el intermitente sistema de contramedidas. Tiró de la palanca y una nube de virutas salieron despedidas de la popa. Ambos misiles impactaron contra las virutas en una bola de fuego que sacudió todo el casco. Xánatos casi fue derribado del asiento pero se aferró tenazmente a los mandos.

Tras la bola de fuego que aún ardía en el cielo apareció una nueva pareja de misiles que se estrelló violentamente contra la nave.

El jedi-sombra trató de retomar el control pero ya era tarde y la nave se precipitó sin remedio contra una colina de roca mientras el espantoso rostro de la muerte se dibujaba en la mirada de sus ocupantes.

* * *

En aquél preciso instante, a años luz de allí, Iliphar, rey de los garian, atravesaba el esculpido umbral del salón del trono de Vashin. Tras él venía una pareja de guardias que conformaba su séquito.

Tenían apariencia humanoide aunque sus cuerpos eran de constitución más bien fuerte y obesa, con piernas cortas pero recias y los brazos delgados. Su piel, recubierta de pequeñas escamas era de un color turquesa pálido. Todos sus extremidades eran palmeadas y de cada punta de sus veinte dedos surgían unas garras negras y finas. Presentaban sendas aletas caudales anaranjadas en la punta de su maciza cola así como otra más grande y de color más vivo en lo alto de su musculoso y encorvado cuello. Pero sin duda lo más sorprendente eran sus rostros: ojos grandes, amarillentos y sin párpados y bocas pequeñas armadas con ejércitos de pequeños dientes. De la punta de sus barbillas

partían una especia de bigotes cartilaginosos que les colgaban hasta el pecho y tras sus mandíbulas se abrían unos orificios, parecidos a branquias y ocultos por unas minúsculas aletas translúcidas.

Así los vio Ooryl por primera vez, monstruosos pero bellos a su manera, como sacados de un antiguo y olvidado pasado mitológico.

Al sonido de sus ruidosos pasos, debido al entrechocar de sus garras con el mármol, se sumó el de sus armaduras, la vestimenta tradicional de su especie, común a todo garian varón que hubiese alcanzado la madurez. Además de signo distintivo del guerrero, la armadura compuesta por varias piezas de metal adheridas al pecho y al cuello, servía para denotar la posición social de quién la portaba. Por ello, mientras que las de ambos guardias eran de metal simple y sin adornos, la del monarca era dorada y repujada con bellas joyas marinas. Este parecía desarmado aunque sus acompañantes llevaban cruzados sobre sus pechos sendos arcos de metal, como los utilizados por las salvajes sociedades tribales de algunos planetas incivilizados aunque ninguno de ellos presentaba nada parecido a un carcaj o a unas flechas.

Cuando los tres llegaron al centro de la alfombra, es decir, allí donde se encontraba el trono, dedicaron un rápido saludo a los allí presentes e Iliphar ocupó, incómodo debido a su fisionomía, uno de los sillones junto al Jedi mientras su escolta quedó de pie tras él.

—Bienvenido, Iliphar —saludó el monarca humano.

—Gracias —respondió el garian con una voz grave y majestuosa a la vez que extrañamente siseante, creada por su lengua de pez—, pero creo que no se trata de ningún encuentro amistoso.

—No —replicó seriamente Vanrar— no lo es en ningún modo. Estamos aquí para zanjar el asunto del vertex ante ojos inocentes.

—No hay ningún asunto que zanjar, nos y mi pueblo mantenemos y confiamos plenamente en nuestra inocencia.

—¿Pese a que han sido hundidos dos cazas garian en el último asalto? —recalcó Vanrar elevando un poco la voz.

—Sí.

—¿Pese a que se ha luchado contra garian en estos asaltos?

—Sí —volvió a contestar el hombre-pez con total frialdad— ninguno de nuestros vasallos está involucrado, es más, consideramos totalmente falsa vuestra acusación.

—¡¿Falsa?! —gritó enérgicamente Vanrar levantándose colérico de su trono.

—¡Lo es! —dijo Iliphar mientras lo imitaba.

Ooryl se levantó también y trató de separar a los dos enfurecidos reyes pero el garian alzó su mano derecha entre ellos y señalando con una de sus puntiagudas garras al rey humano dijo:

—¡Hoy se nos acusa aquí de un robo que no hemos cometido de forma alguna y se nos deshonra a nos y a nuestro pueblo alegando haber quebrantado el sagrado voto de nuestros antepasados al compartir el vertex. ¿Quién nos asegura que no nos engañáis y sois vosotros los ladrones?!

—¡Esa acusación es ridícula!

—¡Tanto como la vuestra! ¡Mi reino no os regalará nada!

—¡Lo devolveréis o…!

—¿O qué? ¿O pediréis más ayuda a los Jedi? —dijo señalando esta vez a Ooryl—. ¿O quizá lanzaréis contra nosotros vuestro patético ejército?

—¡Lo haremos si es necesario!

—Intentadlo; y veréis el resultado —dijo con una sonrisa.

Encolerizado, Iliphar dio media vuelta y abandonó rápidamente el salón del trono acompañado por su séquito.

«La reunión ha sido corta», pensó Ooryl «demasiado corta».

* * *

Xánatos abrió lentamente los ojos; otra vez. Sus pupilas se hicieron de nuevo sensibles a la luz. Había amanecido y el resplandor matutino de Joaran atravesaba los calcinados restos del carguero e iluminaba el angosto espacio clausurado por la carlinga de cristal que había resistido el impacto. Intentó moverse. Sintió los músculos entumecidos y le dolía todo el cuerpo pero por fortuna parecía no tener nada roto.

Se preguntó entonces si Danuk habría sobrevivido y a modo de respuesta obtuvo un quejido de dolor del rodiano al incorporarse a escasos centímetros de él.

—Parece que la carlinga nos ha salvado —dijo.

Mientras le imitaba, tras un montículo de chatarra surgieron unas garras amarillentas que desplazaron el metal carbonizado hacia atrás.

Los dos grupos se observaron confusos unos a otros. De un lado, los maltrechos Danuk y Xánatos, del otro tres trandoshanos que rebuscaban entre los escombros de la nave y un poco más allá, no menos sorprendidos un whipid y un humano pelirrojo.

En menos de un segundo, el humano desenfundó un bláster y les apuntó:

—¡Alto!

Xánatos lo derribó con la Fuerza mientras atraía hacia su mano el bláster. Disparó fugazmente dos veces y mató a dos de los trandoshanos que estaban junto a él pero al apuntar al whipid reparó en que de entre sus grandes brazos surgía la cabeza verde de Danuk que parecía asfixiarse por momentos. El velludo ser se había movido con una rapidez increíbles y lo había atrapado.

El humano se incorporó entonces.

—Suelta el arma o el cara-sapo muere —dijo.

El jedi-sombra obedeció y casi al unísono el único trandoshano vivo se abalanzó sobre él, aturdiéndolo con una electropúa.

* * *

Celebbar, capital de los garian. Un inmenso monte submarino de roca pálida al cuál estaban adheridas un centenar de hermosas burbujas que mantenían el oxígeno en el interior de la ciudad. Pese a que los garian respiraban tanto en el agua como fuera de ella preferían éste segundo modo, en parte por comodidad y en parte por adaptación a otras especies, tales como sus vecinos humanos. Las luces del interior iluminaban las aguas de los alrededores atrayendo a inmensas hordas de brillantes peces que nadaban en torno al monte.

Sobre la cima se situaba una gran burbuja que superaba al resto tanto en tamaño como en luminosidad: el alto salón del trono de Celebbar. La luz que despedía ésta impresionante cámara se elevaba verticalmente llegando incluso a iluminar las crestas de las lejanas olas, situadas a varias decenas de metros sobre la urbe.

Iliphar entró en la sala seguido por la pareja de guardias que le había acompañado desde Vashin y se dirigió hacia su imponente trono de coral abriéndose paso a través de la plebe que allí le esperaba. Situado en el centro de la cámara, aquél asiento real elevaba al monarca sobre aquellos súbditos que lo rodeaban.

Junto a él se encontraban unos cuantos garian ricamente vestidos entre los que sobresalía su principal consejero: lord Nakraan. Antes de sentarse, Iliphar alzó las manos y se dirigió a su pueblo:

—¡Escuchadnos! —declaró en voz alta— venimos de Vashin, dónde los humanos nos siguen acusando de ladrones. Sabemos que éstas acusaciones puedan indignaros o incluso enfureceros pero nos, como rey vuestro, os pedimos que permanezcáis en calma y que confiéis en una posible negociación y en la investigación que esclarecerá este asunto.

El silencio inundó la sala tras la última palabra del rey y pocos segundos después fue roto con decenas de murmullos que crecieron en el interior de la burbuja. Iliphar se derrumbó abatido sobre el trono mientras Nakraan se acercaba a él. El garian se plantó ante él hasta que éste alzó preocupado la cabeza:

—¿Somos nosotros ladrones Nakraan? —preguntó.

—Desde luego que no, majestad.

—¿Y por qué parecen tan convencidos los humanos de que lo somos; tan convencidos que han recurrido incluso a los Jedi?

—Todo forma parte del mismo engaño, majestad, creedme.

—Esperemos que esto no vaya más lejos. ¿Quién sabe? Quizá los humanos se calmen.

—Quiéranlo así los dioses, majestad —quiéranlo así.

* * *

Anexo al palacio real de Vashin se encontraba un majestuoso jardín al borde del acantilado. Un mar de árboles parecidos a arces crecían hundiendo profundas sus raíces en el herbáceo suelo. Un imperio arbóreo se levantaba allí junto a la urbe humana. Entre

los numerosos árboles habían otras tantas calzadas empedradas que un ejército de jardineros se ocupaba de mantener libres de hojas o hierba.

El otoño había llegado hacía meses al reino de Vanrar y el frío invierno se anunciaba ya en aquellos árboles que se desprendían de sus últimas y amarillentas hojas mientras que las flores que entre ellos habían brotado se encontraban ya marchitas. Las hojas caían mecidas lentamente por el viento sobre la aún verde hierba, tornando en amarillento el color de ésta.

Ooryl caminaba junto al rey por uno de estos caminos de piedra mientras X3 les seguía a escasos metros profiriendo de vez en cuando sus acostumbrados pitidos.

—¿Qué haríais vos en nuestra situación Ooryl? —preguntó súbitamente el rey rompiendo el silencio que entre ellos reinaba desde hacía un buen rato.

—Negociar. Enviad embajadores y disculpáos ante los garian esperando que no vuelva a repetirse ningún ataque. Es la mejor solución.

—Tenéis razón ¿pero cómo nos verá nuestro pueblo? ¿Cómo verá a su rey si se doblega ante los hombres-pez?

—Lo entenderá —asintió el Jedi— pensad que sino os verían como al rey que los empujó a una guerra civil.

—Es cierto —reconoció el monarca— deberemos seguir vuestro consejo pues.

Siguieron unos cuantos metros más allá hasta donde la calzada se bifurcaba y torcieron a la izquierda.

En un saliente de piedra vallado del que sobresalía un pequeño banco se hallaban sentadas cuatro mujeres. Dos cortesanas, la reina Aerrin y la princesa Velegaer, única heredera de Vanrar la cual sostenía sobre su muñeca un ave plateada a la que acariciaba la cresta.

Fue entonces cuando Ooryl la vio por primera vez. Sus ojos se desviaron un momento del exótico pájaro para observarle. Eran ojos pardos, como de fiera en la oscuridad pero bellos y majestuosos a la vez. Su angelical rostro parecía haber sido creado para sonreír y mostrar su hermosura. Sobre su frente clara nacían sus negros cabellos, largos y finos, como la lluvia mecida por el viento en tres largas trenzas que caían moldeadas sobre su espalda. Una diadema de oricalco las unía en su comienzo mientras que un diamantino broche lo hacía en su final. Su cuerpo, recalcado por su femenina silueta se hallaba envuelto en un azulado vestido de seda plisada bordado con oro.

Ooryl quedó paralizado cuando aquella mirada le observó. Una mirada feliz, libre de pesares que la atormentasen. Dulce, dulce como el más bello de los rostros de los ángeles; tan dulce que volvía puro al corazón más negro y tornaba valiente al temeroso. Y era en aquella hermosa mirada que se veían reflejados todos los rayos del sol.

El Jedi se sintió atravesado por aquella poderosa contemplación e indefenso ante aquellos ojos y no volvió a recobrar la consciencia hasta que, no supo cómo, se encontró besando su mano.

—He de decir que es un placer, maestro Jedi —dijo ella.

Ooryl continuó mirándola sin hablar y la chica rió divertida.

—¿Os encontráis mal? —preguntó.

—Os mentiría si no os dijera que hacia tiempo que no me sentía tan bien, mi señora.

Mientras, allá a lo lejos, el sol acudía lenta e irremediablemente a su encuentro con el horizonte.

III

Xánatos recibió una bofetada en la cara y abrió de nuevo los ojos. Recibió otra más que le hizo volver la cabeza del otro lado. Parpadeó varias veces y al mirar al frente se encontró con la amorfa y sonriente cara de un hutt. El rechoncho ser rió brevemente con su profunda voz:

—Éste ya está despierto —dijo en un grotesco básico.

Intentó moverse pero se dio cuenta de que estaba atado a una silla. Danuk se encontraba junto a él en un estado parecido, siendo abofeteado también por el hutt. Se encontraban en un cuarto grisáceo, húmedo y pobremente iluminado por una única ventana al fondo con la persiana medio subida. Frente a ellos había una degradada mesa de madera labrada junto a un sillón del mismo estilo aunque tan desgastados estaban ambos que los labrados no eran ya sino informes tacos de madera.

A parte de ellos dos y el hutt, había en la sala un gamorreano y el humano pelirrojo que los había encontrado. El amordazado rodiano se despertó por fin y observó confuso el lugar en que se encontraba.

Escucharon el sonido de una puerta abriéndose tras ellos y apareció un yarkora con su alto y robusto cuello escoltado por una pareja de weequays. El extraño ser se acomodó en el sillón mientras su escolta se situaba a ambos lados de éste. Su cuerpo entero estaba recubierto de un pelaje pardo moteado con ocasionales mechones blanquecinos. Sus poblados bigotes blancos contrastaban con su abultada y amarillenta nariz, sus verdes ojos y sus grandes orejas. Llevaba por vestido una especie de mono de piloto de color granate y una bandolera dorada. Venía masticando algo y una vez engullido abrió la boca y se limpió los dientes con el pelo de su muñeca. Después escupió al suelo y sus ojos se clavaron en el prisionero humano para pasar después a Danuk y volver de nuevo a él. Rió brevemente haciendo vibrar su peluda garganta.

—Así que tu eres quién mató a dos de mis hombres, ¿eh? No pareces muy fiero, humano.

Xánatos no contestó.

—Sí, yo también me alegro de verte. Mi nombre es Naldjer Skall, y soy… un simple chaterrero que ha prosperado, como has podido ver. ¿Y vosotros quiénes sois?

—Me llamo Xánatos —respondió— y él es mi compañero, Danuk; somos contrabandistas. Nos detuvieron cuándo intentábamos huir con una nave robada.

—¿Así que contrabandistas, eh? —rió de nuevo el yarkora— ¿puedo saber entonces qué hace un caballero Jedi en Joaran, tan lejos del núcleo?

—Yo no soy un Jedi —respondió Xánatos con el ceño fruncido.

El jedi-sombra observó en silencio a su captor mientras trataba de introducirse en su mente.

—Nos soltarás enseguida —ordenó.

—Inténtalo cuanto quieras, chaval, tus trucos de Jedi no me afectan —respondió Skall con una dentada sonrisa—. Pero podrían ser útiles en un asunto que me traigo entre manos.

—¿Qué asunto?

—Tú y tu amigo iréis a «buscarme» algo. Ahora. Iréis a ver a cierto «comerciante» el cuál intentará venderos un objeto por dos mil créditos; vosotros conseguiréis que él os lo entregue gratis.

—¿Qué tenemos que traer?

—Sin preguntas —contestó el yarkora con una sonrisa.

—¿Y qué sacamos nosotros de esto?

—La libertad.

—Y algo más.

—Creo que no estás en posición de pedir nada, humano.

—Una nave que pueda sacarnos de aquí o dos pasajes para Coruscant.

—Vosotros traedme lo que os pido y ya decidiré. Vamos, Ardugg os llevará —dijo mostrando al gamorreano.

* * *

—Iréis a la ciudad de Celebbar —ordenó Vanrar.

El monarca había decidido seguir el consejo del Jedi y había llamado a dos de sus cónsules que ahora se encontraban frente a él en la sala del trono.

—Anunciaréis al propio Iliphar que nos y nuestro pueblo entero nos disculpamos ante él. Le llevaréis palabras de paz y le citaréis aquí dentro de una semana para celebrar una reunión amistosa; marchad ahora.

—Sí, mi rey —repitieron los dos hombres a la vez mientras se inclinaban y desaparecían lentamente tras la puerta.

Pero ellos dos no eran los únicos que abandonaban el salón del trono. Rappa, desde un privilegiado escondite tras una de los columnas de la sala había escuchado con atención todo lo que acababa de ocurrir allí y se escabullía silenciosamente hacia un lugar más tranquilo en que informar a su contacto en Celebbar.

* * *

Ardugg el gamorreano condujo a Xánatos y a Danuk por entre los desgastados edificios de Carilh durante un buen trecho hasta detenerse súbitamente en una esquina. Con su escaso conocimiento del básico les indicó que el «comerciante» debería encontrarse al final del callejón y que él les esperaría allí. Les entregó un bláster a cada uno y él se apoyó tranquilo en la ruinosa pared.

Los dos caminaron unos cuantos pasos bajo su mirada. No era de noche, pero tampoco era de día; aunque era difícil saber qué podía ser llamado día en un planeta que

apenas si recibía la luz del sol unas pocas horas. Aún así, unos estériles rayos de sol de mediodía, que bien podían haber sido los de un atardecer, se aventuraban entre grietas y paredes iluminando pequeñas porciones de polvoriento suelo. Sin embargo, el callejón que tenían delante parecía privado incluso de ésta precaria iluminación. Ni un reflejo, ni un solo brillo provenía de su interior.

Ambos se detuvieron al dar el primer paso en la sombra.

—¿De verdad vamos a seguir con esto, señor?

—Sí Danuk —respondió Xánatos— es la mejor opción que tenemos.

—Pero podríamos volver al hangar, ahora tenemos armas y…

—¿Y qué? ¿Y volver a intentar una huida suicida y lanzarnos a los brazos de la muerte?

El rodiano calló y asintió con la cabeza, admitiendo que su compañero tenía razón y los dos se internaron en el oscuro callejón. Se encontraron en la más absoluta tiniebla y según avanzaban escucharon susurrantes voces a lo lejos; voces que crecían a cada paso. Al cabo de un rato distinguieron, a lo lejos en la oscuridad, dos siluetas, la una notablemente más pequeña que la otra y ambas frente a lo que parecía ser una gran puerta.

Cuando llegaron a su altura, los ojos de los traficantes brillaron en la oscuridad, observándoles. Pudieron apreciar que la silueta pequeña pertenecía a un arisco dug que se revolvía nervioso. Su compañero parecía ser un barabel ataviado con un manto grisáceo, el cuál asió algo en el interior de su bolsillo en cuánto los vio aparecer.

—¿Venís de parte de Skall? —preguntó el reptil casi con un susurro.

Xánatos asintió.

—¿Traéis el dinero?

—Digamos que Skall no se siente cómodo con el trato —respondió el jedi-sombra.

—¿Y cuanto está dispuesto a darnos, entonces?

—Nada —respondió sencillamente Xánatos.

—¡Ootmian peedunkel! —mugió el dug malhumorado— ¡tinka me chasa hopoe ma booty na nolia!

Xánatos se concentró y rebuscó en la mente del barabel. No era el momento ni el lugar de usar sus trucos mentales, no, sus capacidades en la Fuerza habían mermado mucho como había podido comprobar en el muelle. Pero se concentró en el sentimiento del reptil en aferrar con sus garras una… caja… sí, era una caja de… datos. Un holocubo.

Como propulsado por un muelle, el brazo derecho de Xánatos se alzó y su arma apuntó a la cara del barabel. Danuk le imitó, haciendo lo propio con el dug.

—El holocubo, por favor —pidió Xánatos.

El ser ladró en su propia lengua y la compuerta tras él se abrió revelando una cegadora luz blanca de la cuál surgieron otros cuatro reptiles armados que apuntaron al jedi-sombra. El primer barabel comenzó a reírse estúpidamente. Lo imitó y los dos se rieron uno frente al otro.

Xánatos apretó el gatillo y el disparo atravesó la escamosa cabeza de parte a parte. Y todo ocurrió en unos segundos, como a cámara lenta: el jedi-sombra sltó, evitando los disparos que le perseguían e hirió en el estómago a uno de los barabel. Un disparo de Danuk le estalló en el pecho al dug el cuál cayó hacia atrás con un lastimoso grito. Xánatos empujó a dos de sus atacantes con la Fuerza al tiempo que se libraba de los disparos del único enemigo en pie dando una doble voltereta en el aire y al caer acabó con éste y con otro que estaba a punto de levantarse. El último se abalanzó sobre el rodiano quién le acertó en la cabeza, pero el reptil desenvainó una vibrocuchilla y se la clavó a Danuk en medio del pecho justo antes de caer muerto. Danuk, incrédulo, no emitió sonido alguno al morir; como otro cadáver más.

Xánatos, furioso, apartó de una patada el cuerpo del asesino de su compañero. Pero antes siquiera de poderle echar un vistazo a Danuk más figuras armadas aparecieron en el interior del edificio corriendo hacia la puerta. Metió rápidamente la mano en el bolsillo del primer barabel y sacó el holocubo.

Mientras se daba la vuelta y huía calle abajo, perseguido por una lluvia de disparos no pudo sino pensar en Danuk: «No querías lanzarte a brazos de la muerte, y eso es precisamente lo que hemos hecho».

* * *

La habitación estaba completamente a oscuras. Sólo los tímidos rayos del sol que lograban atravesar las aguas aportaban algo de luz a aquella ventana que cubría toda la pared.

Una plateada serpiente hinthil se acercó al cristal, atraída por la extraña oscuridad. Sus ojos verdes y punzantes se clavaron en los de Kyle, quién, sumido en un trance al contemplar aquella mirada, recordó…

Era un torneo clásico que se celebraba en el templo todos los meses. Todos los padawan que así lo desearan estaban invitados a inscribirse. Sus únicas y sencillas reglas eran que los participantes solo podían usar sus sables láser para agredir a su rival y que se era eliminado al recibir un golpe en el cuello. Las hojas, por supuesto estaban reducidas a su mínima intensidad. El último aprendiz ileso era proclamado vencedor.

Kyle llevaba ya seis asaltos ganados. Sus siguiente contrincante era Botaun, un padawan seloniano. El ser activó su sable de hoja malva y se lanzó raudo al flanco izquierdo de Karanna. Éste detuvo el golpe torciendo su arma hacia abajo, se dio la vuelta sobre sí mismo y bajando de nuevo el sable le propinó un golpe limpio a su rival en su velludo cuello. Botaun gruñó entre dientes y se incorporó para saludar al humano.

El siguiente era un padawan que había permanecido sentado en un rincón con la capucha de su manto echada sobre la cabeza. Se levantó deshaciéndose de él y avanzó a grandes trancos hacia el centro de la arena. Sus cabellos eran rubios, turquesas sus ojos y llevaba los labios pintados de plata. El rostro de Kyle pareció congelarse cuando vio por primera vez a Korinda.

Sin ningún preámbulo la aprendiz activó su arma y dando una voltereta en el aire se precipitó sobre él. Trató siquiera de apartarse pero para él, el tiempo se había detenido en la contemplación de aquellos ojos. Cayó violentamente al suelo, derribado por un fogonazo verde.

Karanna sonrió al contemplar mentalmente aquella joven imagen de sí mismo; tantos años atrás.

* * *

Xánatos continuaba corriendo calle abajo, huyendo de los disparos de los restantes barabel. Llegó casi sin aliento a la esquina en que debía esperarlos el gamorreano; había huido. Miró a izquierda y derecha, ambas vías de escape parecían iguales. Un disparó estalló justo sobre su cabeza desgajando pequeñas porciones de ferrocemento y polvo y tomó el callejón de la izquierda. Las grandes zancadas de reptil acercaban cada vez más a sus perseguidores. Él seguía corriendo tan velozmente como se lo permitían sus cansadas piernas. Añoró más que nunca en aquél momento el volver a poseer un sable láser.

Un gran muro le cortó el camino de improviso. Los rugidos a sus espaldas le advirtieron que los barabel ya lo habían visto. Miró hacia arriba: el edificio no tendría más unos siete metros de alto. Impulsándose con la Fuerza, Xánatos se elevó y aterrizó sobre la azotea. Abajo, sus frustrados perseguidores seguían disparando, tratando de alcanzarle.

Miró a su alrededor. Tenía que encontrar el edificio del yarkora; pero toda aquella maldita ciudad le parecía igual. Se dejó llevar por sus sentidos, Sí, parecía que la Fuerza estaba volviendo a manifestarse de nuevo en él. Recordó vagamente por dónde los había conducido el gamorreano y comenzó a saltar de edificio en edificio.

* * *

Los emisarios de Vanrar habían llegado a Celebbar. Habían sido recibidos en nombre de Iliphar y conducidos hasta una pequeña sala de reuniones de los niveles inferiores de la urbe submarina. La habitación contenía una alargada sala con sillones orgánicos de coral. Ambos embajadores estaban sentados en el extremo opuesto a la puerta.

Estaban esperando al propio rey. Se les había llevado allí mediando unas pocas palabras con uno o dos guardias nada más y casi en secreto.

Su paciencia empezaba a extinguirse cuando la puerta se abrió por fin, dando paso a un garian quién les saludó brevemente con su siseante voz:

—Bienvenidos a Celebbar, embajadores.

—¿Soís vos Iliphar, rey de los garian? —preguntó uno de ellos, impaciente.

—Mi nombre es lord Nakraan y vengo en representación suya. Su majestad tiene asuntos más importantes que atender.

—¿Acaso hay algo más importante que negociar una paz para su pueblo? —preguntó el otro.

—¿Paz? —siseó la voz con un tono despreciativo— mi señor Iliphar no quiere ninguna paz. Dadle éste mensaje a Vanrar.

—Venimos de la corte de Vashin para negociar la paz, traemos un mensaje para vuestro rey, una disculpa…

—¡Estúpidos humanos! —dijo el garian— ¡todos, todos vosotros caeréis y el reino de los mares reinará por fin sobre IslaOcaso!

—¡Pero todo eso puede evitarse! ¡No existe motivo alguno para empujar a nuestras razas a una guerra civil!

—Desde luego que la hay —dijo fríamente.

Un fogonazo de luz surgió de pronto de ningún sitio y trazó dos luminosos arcos sobre los hombros de los embajadores. Ambas cabezas se estrellaron contra el suelo con un ruido sordo mientras sus cuerpos perdían toda vida sobre los sillones.

La puerta volvió a abrirse y entraron dos guardias que asieron los cadáveres.

Nakraan observó con desprecio las cabezas mutiladas.

—Enviadlas a Vashin —ordenó.

IV

Él mismo no hubiese podido explicar cómo pero Xánatos, guiado por sus sentidos, los cuáles empezaban a recobrar su antiguo poder había logrado regresar al cuartel de Naldjer Skall; si es que aquél edificio mohoso y medio derruido, tan semejante por desgracia a todo Carilh, merecía el nombre de cuartel.

Fue el propio Skall el primer sorprendido. Nunca jamás hubiera imaginado que su prisionero, por muy Jedi que fuese, hubiese logrado robarle a los barabel, tan tristemente famosos en aquél planeta. La cara del yarkora mostraba una mezcla de sorpresa y alegría que, aunque tratase de disimular era patente en su gutural y ridícula voz:

—Bien hecho, humano —dijo— ¿y tu amigo el cara-sapo?

—Muerto —respondió el jedi-sombra con frialdad mientras clavaba sus ojos en los de Skall.

—Bueno, bueno ya veo que os queríais mucho, pero reconoce que era un estorbo: casi te matan por él.

—A él le debía mi vida.

—El amor —rió— ¿quién lo comprende?

Xánatos estuvo a punto de abrirle un tercer ojo al yarkora en medio de su enorme frente pero se contuvo; aquél era el único modo de escapar de allí.

—Pero bueno, hablemos ahora de cosas serias. ¿Tienes el holocubo?

—¿Tan difícil resultaba el decirme que debíamos traerte?

—¿Y echar a perder todo el suspense?

Realmente el humor de aquél ser era pésimo, pensó Xánatos, y casi al unísono preguntó:

—¿Puedes sacarme de aquí o no?

Skall sacó un visor de crédito y tras mostrárselo a Xánatos lo puso sobre la mesa.

—Esto te sacará de aquí.

—¿Sólo eso?

—Es suficiente.

—Quizá no.

—Quizá te vuele la cabeza y me quede el holocubo.

—Quizá ni siquiera lo lleve encima.

—¡Ja, ja, ja! ¿Qué te parece? El señorito Jedi sabe regatear. Está bien, te lo has ganado, quizá te de el doble.

Xánatos asintió y tras tomar el visor y haber comprobado la cifra le lanzó el holocubo al yarkora.

—¿Qué contiene? —preguntó.

—¿No esperarás en serio que te lo diga?

—Tampoco esperaba que me liberaras —dijo sumándose a su sarcasmo mientras desaparecía tras la puerta.

* * *

Ooryl estaba ya tendido en su lecho. La luz blanca de las lunas entraba a través de la ventana y teñía de igual modo toda la estancia. Se revolvía sudoroso entre las sábanas: no podía dormir, no podía eliminar de su mente el recuerdo de aquellos ojos. Allí dónde mirase veía representados aquellos dos luceros.

Un sonido le sacó entonces de sus pensamientos. Era apenas un hilo de voz que corría por los pasillos y bajo su puerta hasta sus oídos. Pero algo tenía claro; era la voz de ella.

Saltó de la cama y atravesó en silencio el umbral. Transportado por aquella mística y melodiosa voz cruzó el pasillo y a medida que se acercaba a su final la voz se elevaba cada vez más al tiempo que su corazón palpitaba con más violencia. Sus pies desnudos apenas si hacían ruido sobre el frío mármol del suelo. Llegó casi sin darse cuenta al primer peldaño de una caracolesca escalinata que ascendía. Ooryl subió los escalones de dos en dos, deseoso de verla a ella, deseoso de ver aquellos ojos, deseoso de ver a la poseedora de su amor.

Y allí la encontró. Estaba sola, resplandeciente a la luz de las tres lunas que brillaban altas y firmes en el estrellado firmamento. Su cuerpo y su rostro no parecían sino los de una visión celestial que hubiese llegado allí, aquella noche y apoyada sobre el balcón y haciendo que un dulce sonido en forma de canción surgiese de sus labios:

«Tiarhirié, Nunhirhié.

Nur fliar do ersan sen tzeal ivares.

Hienhirhié, Queanhirhié.

Nur tur do ersan, nur naque dis fenâres».

El Jedi la contempló hasta que la voz huyó lentamente de su garganta, como desprendiéndose de su boca, lanzada a la fría noche de invierno.

Ella se dio la vuelta, lentamente haciendo que su pelo bailase sobre su cuello, a sabiendas de que Ooryl estaba allí, observándola. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus pequeños labios mientras sus dos preciosos ojos azabache se clavaban en los suyos. Velegaer lo envolvió con su mirada y él se bañó en aquella belleza.

—Es una canción en el antiguo dialecto —explicó ella como para romper el hielo— habla sobre el día en que las primeras nevadas alcanzan IslaOcaso, hoy.

Ooryl se acercó hasta ella y la envolvió entre sus brazos, contemplando aquellos dos planos infinitos, mar y cielo, que se extendían más allá de lo que ninguna vista lograba abarcar. Una suave pero gélida brisa empujaba las olas que morían contra las rocas creando un agradable ruido de fondo.

El Jedi posó su cabeza junto al pelo de la princesa, junto a aquellos oscuros cabellos en que parecían anidar los reflejos de las lunas.

—Vuelve a cantar —rogó.

«Do enen nur var fisal nur sene boal.

U ver reïsan do cûsre selas quiral.

Fliarhirhié, Glorilhirhié.

Nur tiara do ersan, dis fenâres nur reteyra».

Los dos amantes acercaron entonces sus labios y éstos se fundieron en un beso delicado y dulce, un beso prolongado y profundo, que dijo todo aquello que los dos debían haberse dicho antes.

Y entonces, como respondiendo a los enamorados, un minúsculo copo de nieve apareció entre las nubes y se meció lentamente hasta que fue a caer sobre los cabellos de Veleager. Después cayó otro, y otro, y otro más, hasta que una inmensa nevada que inundaba toda vista desde aquél pequeño balcón empezó a caer delicadamente sobre Vashin.

* * *

Xánatos se dejó caer, fatigado, sobre el desgastado asiento de algo que parecía haber sido cuero en su día. Estaba en un enorme carguero AA-9 reconvertido en nave de pasajeros. Con destino a Coruscant; por fin. Por fin había logrado escapar de aquella bola de roca, por fin podría iniciar su tan ansiada búsqueda. Tenía muchas preguntas que ansiaban una respuesta, necesitaba encontrar a Karanna y a Qel-Narath. Tenía que volver a Coruscant. La impaciencia le había retenido demasiado tiempo en aquél planeta.

Los motores rugieron como bestias enjauladas al otro lado de la pequeña ventana situada a su izquierda al encenderse. La gran nave de color naranja se levantó un momento sobre el espacio-puerto de Carilh para huir después entre las nubes, hacia el centro de la galaxia.

* * *

Amaneció sobre Vashin y unos vigorosos rayos de sol pasaban a través del ventanal, sucediendo a la blanca luz de las lunas y bañándoles a los dos el rostro.

Velegaer amaneció junto a Ooryl. Estaban ambos despertándose cuando un sirviente entró precipitadamente en el cuarto del Jedi. Se detuvo perplejo al contemplar la escena e hizo ademán de retirarse, pero su ama le detuvo:

—¿Qué ocurre Shanya?

—Vuestro padre, alteza, su cólera crece por momentos entre los muros de palacio.

—¿Qué pasa? —preguntó Ooryl desperezándose.

—El rey os llama a gritos, maestro Jedi, vestíos y seguidme.

Ooryl se enfundó rápidamente una camisa y siguió a Shanya a grandes trancos hasta el salón del trono. Al abrirse las puertas descubrieron a un colérico Vanrar que daba vueltas alrededor de la mesa, como un nexu rabioso.

—¡Ah! —exclamó al encontar a Ooryl—. Maldito seáis maestro Jedi, ciegos estuvimos al confiar en vos, ¡mirad! —dijo mostrando firmemente la mesa.

Velegaer entró en aquél momento y ahogó un grito al descubrir las cabezas de los dos embajadores de Vanrar, horriblemente mutiladas y desfiguradas, encerradas las dos en una burbuja garian.

—¡Mirad la paz de los hombres-pez! ¡Mirad la negociación de Iliphar!

Vanrar puso sus manos sobre la mesa, observando enfurecido aquellas dos cabezas:

—Si quieren la guerra la tendrán —dijo casi en un suspiro.

* * *

Coruscant apareció ante el carguero mostrando su extraña faz metálica bañada por el sol. El planeta de los rascacielos, el de brillantes torres de metal que se erguían hacia el cielo formando un majestuoso bosque de lanzas en punta. Con aquél ejército de gigantes petrificados que cubría el horizonte en todas direcciones apareció a los ojos de Xánatos con aquella belleza artificial con que había aparecido tantos años atrás; cuando puso sus pies por primera vez en la capital, recién llegado de Telos, cuando inició su adiestramiento como Jedi. Todos aquellos recuerdos, perfectamente conservados en su clonada mente, le volvieron a la memoria mientras la nave atravesaba las plomiza atmósfera de aquél lluvioso día coruscanti y se posaba como un gigantesco leviatán sobre la estructurada superficie; manteniendo sus escotillas al nivel del suelo del muelle de embarque.

Al abrirse, Xánatos salió al exterior envuelto en un torrente de gente, extranjeros que la nave había recogido en las innumerables escalas desde el Borde hasta el núcleo. Se echó por encima la capucha negra al ver que llovía y se encaminó rápidamente hacia una plataforma de aerotaxis. Tomó uno de ellos y tras comunicarle al oído al conductor su destino la pequeña aeronave despegó y se incorporó en breve a uno de aquellos infinitos caminos aéreos.

* * *

Kyle debía concentrarse allí, en el momento, pero su mente no hacía sino recordarle que debía obtener una puntuación alta en aquella prueba.

El maestro Tyr Sindara había regresado al templo en busca de un nuevo padawan y el joven Karanna había sido uno de los seleccionados. Para Kyle era la oportunidad que siempre había esperado; una oportunidad única. El iktochi se había labrado una bien merecida reputación entre los aprendices. No podía fallar.

Las paredes de metal estaban desgastadas y quemadas por doquier por incontables impactos láser. Una imponente luz blanca inundaba la sala desde el techo y desde un punto de observación a sus espaldas su posible maestro le observaba con atención.

Kyle tomó su arma con la mano derecha. Su examinador avanzó hacia él. Se trataba del maestro Kinshin Playhet, un columi, una diminuta parodia de un hombre que no alcanzaba el palmo de altura, con una gran cabeza calva que representaba casi la tercera

parte de su anatomía, con azules venas palpitantes que sobresalían de su cerebro que contrastaban con su verdosa piel. Sus dos enormes ojos negros sin pupilas observaban al joven aprendiz con autoridad. Sus minúsculas extremidades surgían ridículamente de su tórax, aunque no eran funcionales y por eso el ser debía alojarse en la cúpula de un droide astromecánico modificado. Pero su poderosa mente bastaba para controlar tanto su cuerpo artificial como cualquier otro objeto.

A una orden del cerebro de Playhet, la luz se extinguió. Tres alargados objetos de metal volaron desde el suelo hasta situarse frente a Kyle, lugar en que los tres sables láser se activaron con un resplandor verde. El aprendiz respondió encendiendo el suyo y situándose en posición de combate. Las tres espadas bailaron a su alrededor, tratando de intimidarle pero él permaneció inmóvil, expectante. Una de ellas voló, casi a ras del suelo, hacia sus pies pero pudo esquivarla con doble salto hacia adelante. Al aterrizar paró raudo otro golpe dirigido violentamente a su rostro. Empujó el sable enemigo hacia atrás y se dio la vuelta para rechazar los ataques de una tercera. Paró con singular destreza unos cuantos tajos rápidos y levantando su sable en arco seccionó la empuñadura.

Los dos enemigos restantes se aliaron ferozmente para atacarle por ambos flancos pero Kyle, en vez de retirarse atacaba y retrocedía con rapidez, frenando así ambas estocadas. Le dio un potente golpe a uno de los sables voladores e hizo que cayera sin control al suelo. Sin perder un segundo lo atrajo hacia sí con la Fuerza e interceptó al último con un movimiento de tijera, armado ahora doblemente. Retrocedió esquivando un último ataque y de un doble tajo acabó la prueba con éxito.

* * *

¡Cuánto tiempo había deseado volver a poner sus pies en aquél impecable y blanquecino suelo! Por fin había regresado. Una paz interior que no había experimentado en mucho tiempo le invadió. La lluvia había quedado atrás y ahora el espléndido resplandor solar coruscanti iluminaba hasta la más recóndita esquina de la inmensa y maciza pirámide. La gran aguja central, rodeada por sus cuatro compañeras menores se erguían como centinelas sobre la urbe galáctica que se extendía a su alrededor.

Era el gran templo, hogar de todo Jedi, allí residían maestros, caballeros y aprendices, la totalidad de la orden dedicada al estudio y contemplación de la Fuerza.

Xánatos volvió a admirar con añoranza el quinteto de pináculos de piedra. Por su mente cruzó un momento su funesto pasado como Jedi. No había regresado desde que partiera junto a Qui-Gon rumbo a Telos, rumbo a aquél viaje del que no volvería jamás.

Al llegar a la base de una de las torres menores se encontró con un grupo de padawans que desviaron un momento sus miradas hacia él, extrañados por sus negras ropas, tan impropias para un Jedi, pero pronto regresaron a su conversación. No habían logrado sentir ni un solo ápice de su oscuro pasado, ahora no era ya sino un ser luminoso más de los que allí moraban, su cuerpo y alma eran de nuevo puras.

Atravesó el umbral de la base y tomó un elevador que le condujo varios niveles más abajo, a la estancia de las mil fuentes. La atravesó hasta uno de los claustros de interminables arcos y desde allí sus pasos le condujeron hasta la biblioteca.

Decenas de estanterías, alineadas en un par de pisos, repletas de holo-libros de color azul llenaban aquél vasto espacio. En el pasillo central se sucedían varias mesas largas y negras con computadoras de información sobre ellas. Tres estilizadas y altas ventanas de cristal, arriba dejaba pasar la dulce luz del sol. Al pie de aquellas estanterías se levantaban los veinte bustos de los veinte Jedi que habían «colgado la capa», los veinte perdidos.

La biblioteca se hallaba casi completamente vacía a aquella temprana hora y Xánatos encontró a madame Jocasta Nu, la anciana bibliotecaria Jedi sobre una de las computadoras. Xánatos se acercó a ella por detrás, con una sonrisa en los labios:

—Saludos, maestra Nu.

Jocasta creyó palidecer cuando reconoció el rostro del jedi-sombra pero pronto una notable alegría la invadió:

—¡Xánatos! —exclamó— ¡has vuelto! Pero dónde has estado en los últimos…

—¿Quince años? He estado por ahí.

—Realmente es un placer volver a verte, en serio. ¿Qué andas buscando en mi biblioteca?

—Información, nada más.

—Creo poder ayudarte —dijo sonriendo mientras alzaba sus brazos mostrando los millones de volúmenes que los rodeaban.

—Necesito saber dónde están Ooryl Qel-Narath y Kyle Karanna.

—Qel-Narath… —dijo la bibliotecaria pensando en voz alta mientras volvía a su computadora.

—Y Karanna —recalcó Xánatos.

Jocasta Nu tecleó hábilmente los ambos nombres en el registro y segundos después el rostro de cada uno de los Jedi apareció en la pantalla.

—Aquí están —anunció— tampoco han aparecido últimamente. Los dos partieron hace más de dos años en una misión conjunta con los maestros Lek y Vangadius.

Xánatos suspiró pensativo.

—¿Ocurre algo?

—¿Puedes decirme dónde están ahora?

—Lo siento mucho pero carezco de ésa información. Si lograses hablar con uno de los altos maestros quizá puedan decírtelo, pero dudo mucho que lo recuerden.

—Gracias, maestra Nu. Adiós.

Se volvió y caminó de vuelta a los niveles superiores. Se mantuvo pensativo al atravesar el claustro. Ni Kyle ni Ooryl habían vuelto a aparecer por el templo y nadie, ni siquiera Jocasta Nu sabía de su paradero. Bueno, quizá si hubiera alguien que si lo supiera…

V

Ooryl salió al balcón tras la familia real. Un murmullo generalizado de admiración recorrió la atestada plaza circular que precedía al enorme palacio cuando la efigie de Vanrar se mostró ante su pueblo. Éste alzó los brazos para rogar silencio y las decenas de ciudadanos que se apretujaban contra los muros de la plaza, tras unas pequeñas vallas que despejaban un ancho camino proveniente del otro lado de la urbe y que se perdía hacia la derecha, en dirección al hangar, enmudecieron como un solo hombre. Se produjo un silencio absoluto y el Jedi no pudo escuchar más que el débil ronroneo de las ruedas de X6 sobre las baldosas del balcón.

Y entonces un lejano murmullo, como de oleaje, rompió el silencio. Pronto fue adquiriendo un inconfundible ritmo militar. La tormenta se fue aproximando cada vez más, creciendo a cada instante, hasta que tras una esquina apareció por fin una fila de ocho hombres uniformados de azul portando cada uno el mismo estandarte con la luna de plata, símbolo de IslaOcaso. Tras ellos vino una nutrida tropa de tambores cuyos palillos caían una y otra vez sobre su superficie, provocando aquél estruendo. Y a éste ensordecedor sonido se sumó el de un millar de pasos que venían detrás.

Ooryl casi no podía distinguir sus siluetas, solo pudo apreciar el formidable bosque de rifles, provistos de bayonetas que el mortecino sol doraba de rosado. Al ritmo de los tambores fueron desfilando frente a ellos todas aquellas compañías y al pasar ante su rey todos ellos gritaban al unísono «¡IslaOcaso!» mientras Vanrar los contemplaba con orgullo.

El Jedi había tratado de advertirle sobre aquella decisión. El rey, viendo que su capital podía ser fácilmente cercada por las montañas había decidido atacar por sorpresa las ciudades enemigas vecinas y así crear un «muro» de contención para Vashin. Ooryl trató de hacerle ver que había más opciones aparte de la guerra pero el monarca se hallaba cegado por la ira tras la decapitación de sus dos cónsules y no atendió a ninguna razón. En pocas horas había desplegado un nutrido ejército y lo había puesto en marcha. La plebe lo aclamaba ahora y el Jedi se preguntó si de verdad aquellas gentes habían comprendido lo que aquello significaba, si eran conscientes realmente de que aquello podía ser el fin de su existencia.

* * *

Mientras tanto, a años luz de aquél lugar un androide CZ marchaba lentamente por un pasillo blanco inundado por el sol. Caminaba por los pasillos de los aposentos de los altos maestros portando una pequeña bandeja entre sus dedos de metal. Se detuvo ante una puerta y ésta se abrió como una exhalación permitiéndole el paso. Una pequeña figura de grandes orejas y piel verdosa se inclinaba sobre un corto bastón de gimer, de cara a uno de los ventanales de su aposento. Tan enfrascado estaba el maestro Jedi en su meditación

que apenas si sintió la entrada del droide de color granate el cuál depositó en silencio un té de hierbas sobre una mesa.

Lo que no percibió fue algo extremadamente diminuto, poco más grande que una mota de polvo que despegó del hombro del androide y se ancló sigilosamente en el techo.

* * *

La guerra ya estaba en marcha. Todo había salido a la perfección. Todo había ocurrido según el plan previsto. Lord Nakraan sonrió ante la expectativa del triunfo. Vanrar estaría furioso; aunque quizá necesitase aún otro incentivo…

* * *

Acompañado por una joven comitiva de media docena de estudiantes, el maestro Jedi abandonó la habitación y atravesó el tapizado salón hacia los elevadores. Una figura se escabulló velozmente un segundo antes de que la puerta se cerrara.

Xánatos observó con satisfacción la hilera de empuñaduras plateadas que relucían sobre una mesa en forma de codo. No eran más que armas de entrenamiento, pero era lo mejor que podía encontrar en aquél momento. La maestría de sus dedos requería armas mortales, pero ya se ocuparía más tarde de eso. En un abrir y cerrar de ojos hizo desaparecer uno de aquellos sables entre sus negras ropas. Por un momento tuvo la impresión de que alguien le observaba desde más allá del ventanal pero diciéndose a sí mismo que aquello era estúpido salió de allí rápidamente.

* * *

Tyr Sindara tomó finalmente al joven Karanna como padawan. Su primera misión como maestro y aprendiz se centró en el sistema Landor, reputada zona de piratería. La nave consular de la senadora Taheera de Sernpidal había sido asaltada al fallarle los sistemas de ocultación y ésta capturada junto a todo su séquito.

Los Jedi se presentaron como embajadores republicanos ante el cabecilla pirata y exigieron ver a la senadora con vida antes de hacer entrega de cualquier rescate. Una vez en las celdas, en una burda maniobra, el pirata los encerró dentro mientras se jactaba de poder cobrar ahora una recompensa triple.

Pero no les arrebató sus armas y descubrió tarde su error. Liberaron a la senadora y se abrieron paso a mandobles hacia los hangares. Una vez allí tomaron una nave y atravesando con destreza el fuego enemigo, Kyle logró conducirlos hasta Coruscant.

Kyle recordó con orgullo aquella primera victoria. ¡Cómo le aclamaron sus compañeros de regreso en el Templo! Por su mente cruzó de repente, como una sombra, un negro recuerdo: también era una misión Jedi, también debía proteger a un miembro del estado republicano; pero no lo logró.

Un sith llamado Xánatos le arrebató la vida de su protegido. Y con ello comenzó su caída hacia el reverso tenebroso.

* * *

Necesitaba verla de nuevo, sí, su corazón se lo ordenaba. Se estaba convirtiendo en una obsesión y se estaba dejando arrastrar por ella. Sentía miedo, miedo de perderla, sentía lo que ningún caballero Jedi debía sentir jamás; pero él no era un Jedi cualquiera.

Abandonó su cama de un salto y tal y como había hecho la noche anterior atravesó los pasillos del palacio a oscuras, iluminado a veces por las blanquecinas lunas, acudiendo de nuevo a la poderosa llamada.

Los párpados de Velegaer ya habían vedado sus hermosos ojos y su cuerpo se hallaba tendido en el blanco lecho. La ventana de su balcón permanecía abierta, flanqueada por dos altas y rojizas cortinas. De pronto, de entre los pliegues de éstas surgieron dos sombras furtivas que se deslizaron lentamente, con la quietud de una serpiente, hasta la princesa. Una mano escamosa desenvainó una daga que centelleó un instante sobre el desnudo cuello de Velegaer.

Allí estaba él, ante la puerta de ella, dispuesto a atravesar el umbral que los separaba, a punto de verla otra vez. Cuando una ligera distorsión de la Fuerza le previno.

Empujó la puerta y descubrió sorprendido a dos garian sobre ella. Un haz de luz azul nació de su mano derecha. Fue entonces cuando descubrió que había traído inconscientemente su arma consigo. De un rápido salto cayó sobre el hombre-pez que sostenía la daga y su sable láser le atravesó el cráneo, quemando escamas, carne y hueso.

La princesa despertó en aquél momento y gritó asustada cuando un humeante cadáver se precipitó sobre ella. El garian vivo dio un largo brinco hasta el balcón perseguido por el Jedi. Lo descubrió entonces encaramado, descendiendo raudo como un insecto por la fachada hasta que sus ojos lo vieron perderse entre las gélidas olas.

Apenas se retiró del balcón, Ooryl corrió a abrazar a una sorprendida Velegaer. En aquél momento un sirviente entró corriendo en la habitación con una lámpara en la mano; parecía angustiado.

—Tranquilo, Shanya, estoy bien —anunció ella con una forzada sonrisa.

—No es por vos, alteza, es vuestra madre.

—¿Mi madre? ¿Qué ocurre?

—Se muere…

* * *

Los pies de Xánatos se detuvieron un momento sobre el enrrejillado de la negra pasarela metálica y sus ojos contemplaron los innumerables niveles que los separaban de un supuesto suelo natural que se encontraba a decenas de metros allá abajo pero segundos después siguió avanzando. La larga pasarela que ceñía aquél nivel del edificio se perdía

poco después tras una esquina; ya no podía estar muy lejos. Sobre su cabeza flotaba una neblina espesa color arena que le impedía ver más arriba del nivel superior. El completo silencio que le había otorgado la soledad fue roto de pronto por un sonido de pasos rápidos y un sonido gutural a su espalda. Girando velozmente sobre sí mismo y cubriéndose con el manto logró ocultarse junto a una columna antes de que un jadeante aqualish se detuviera a escasos centímetros de él sujetándose la cabeza con una de sus velludas manos; de entre los dedos le manaba sangre. Antes de que pudiese verlo el ser reanudó su fatigosa huida y desapareció calle arriba justo antes de que dos gran hicieran su aparición bláster en mano y se alejaran a la carrera tras él.

Xánatos abandonó su escondite y aceleró el paso; el pasillo carmesí no era, ni sería jamás un sitio seguro. Un rato después una ancha hendidura apareció en la pared a su izquierda. Un cartel luminoso brillaba débilmente sobre su cabeza indicando un número, lo observó un momento y miró dentro: estaba oscuro aunque sus ojos se acostumbraron pronto y pudo distinguir las dos hileras de puertas a ambos lados del corredor de viviendas. Atravesó el bostezante umbral y caminó algunos metros hasta que se detuvo de improviso frente a una de ellas.

Tras comprobar la dirección golpeó suavemente con los nudillos la plancha de metal y en su centro se abrió de pronto una mirilla grande como un puño de la que surgió el brazo mecánico de un TT-8L. El gran ojo luminoso lo observó un momento para desaparecer rápidamente después como un animal escondido tras su mirilla.

La puerta desapareció en el techo y contra una luz cegadora se recortó una alta figura de más de dos metros con unos hombros muy elevados sobre su cabeza. El ser soltó de pronto una sonora carcajada aguda y el jedi-sombra se encontró de pronto con unas enormes manazas que le golpeaban la espalda.

Xánatos le devolvió entonces el afectuoso abrazo al hitiano mientras este le hacía pasar adentro cerrando la puerta tras de sí. Sande Sanam seguía aún riendo de alegría mientras los dos viejos amigos se contemplaban mutuamente un momento. El hitiano parecía una especie de ave humanoide gigantesca embutida en un ceñido mono color verde, unas gafas de soldador le cubrían la calva entre sus enormes hombros de buitre. Sus manos de dedos largos y ganchudos empezaron de pronto a aplaudir:

—Bueno, bueno, je je, ¿qué te parece? ¿Así que el señor presidente del consejo ejecutivo viene a visitar al maloliente mecánico? ¡Y convertido en caballero Jedi además! Ja ja ¿cuánto tiempo hace de lo de Ord Mantell, eh?, ¿lo recuerdas?

—Por supuesto Sande, yo también me alegro de verte.

El ser reconoció de pronto la mueca de abatimiento del humano al recordar aquellos viejos tiempos.

—¿Qué te pasa, chico? ¿Algo anda mal? ¿Alguna fulana que te ha hecho perder la cabeza? ¿Van mal los negocios?

—Digamos que las cosas no van tan bien como deberían.

—Entiendo, entiendo, bueno no nos enteramos de muchas cosas aquí abajo, ¡la verdad es que no nos da mucho el sol de allá arriba! Je je. ¡Pero bueno!, ¿qué clase de

anfitrión soy?, pasa, pasa adentro. Veamos, creo que tengo por ahí algo de zumo de juri —dijo mientras desaparecía apartamento adentro.

Xánatos le acompañó a la habitación contigua que resultó ser una especie de taller-dormitorio en la que un único y potente foco colgaba del húmedo techo de ferrocemento. No había ventana alguna o quizás estuviesen cubiertas por una de aquellas pilas de chatarra que el hitiano amontonaba en su casa como verdaderos tesoros. Sobre una gran mesa en el centro se encontraba un androide de protocolo destripado con la cabeza casi aplastada. En una esquina había un pequeño y desgastado refrigerador blanco. Sande apartó de una patada a un androide de energía que le bloqueaba el paso y se agachó sobre él.

—Me queda cerveza corelliana —anunció— ¿quieres una?

—No, gracias.

—Está bien, «maestro Jedi» je je ¿ya no puedes ni compartir una cerveza con las clases bajas o qué?

Sande Sanam se incorporó y se sentó en el borde de la mesa central descorchando la botella con un hábil forcejeo de su pico:

—Bueno, y ahora en serio, ¿qué quieres de mí?

Xánatos sacó entonces el que había robado en el templo y las ávidas garras del hitiano los asieron mientras sus ojos de ave comenzaban a estudiarlos con detenimiento.

—Necesito que dobles su potencia —dijo— ¿puedes hacerlo?

Sande asintió con los ojos aún fijos en la empuñadura de metal.

—Ah, y necesito también una computadora.

—Busca en aquél montón, debe de haber alguno que aún funcione.

* * *

La temblorosa mole del asesino garian entro a pequeños y vacilantes pasos en la estancia. Frente a él se recortaba la oscura silueta de su señor contra el ventanal abierto al fondo marino. El negro sillón lo ocultaba como a un ser fantasmal que no desea sino ser tan solo escuchado y que oculta su rostro y figura.

—¿Y bien? —dijo una profunda voz con autoridad— ¿ya está muerta?

—No —logró balbucear apenas el garian.

El oculto ser tardó algunos segundos en contestar:

—¿Y a que se debe este… «retraso»?

—Estaba protegida.

—¿Protegida? —preguntó la voz, molesta— ¿acaso no lográsteis esquivar a unos cuantos guardias?

—Había… un guerrero, con una espada de luz brillante, no pudimos con él —articuló lastimosamente como si temiera que el mundo fuese a derrumbársele encima en cualquier momento.

—Un Jedi —aclaró la voz— volved a intentarlo.

—Señor…

—¿Qué? —preguntó secamente.

—Mi hermano… cayó —dijo el asesino recobrando de pronto el valor— creo que merezco una compensación.

—¿Compensación? —dijo la voz como si aquél término le divirtiese—. Traéme la cabeza de la princesa y quizá considere el darte la parte de tu hermano.

El garian, loco de rabia desenvainó su larga daga y saltó furioso, los ojos inyectados en sangre, contra el sillón. Pero su salto se vió de pronto interrumpido cuando su cuello se rompió con un chasquido húmedo y cayó al suelo sin vida.

VI

La noche estaba ya envejeciendo cuando llegaron a la alcoba de la reina guiados por la trémula luz de la lámpara. En el centro del amplio cuarto circular se levantaba el lecho en que la esposa de Vanrar agonizaba. Aerrin, inmóvil sobre la cama apretaba tenazmente las mandíbulas conteniendo unos gritos de insostenible dolor. Junto a ella se encontraba su impotente marido y un reducido círculo de sirvientes, el anciano Bolfred entre ellos, así como un estilizado droide médico cuya sombría silueta se recortaba contra la luz de las lunas.

Velegaer corrió junto a su madre nada más verla e hizo enseguida ademán de abrazarla pero su padre la detuvo con un autoritario gesto y una mirada atestada de pesar.

—No —anunció casi en un susurro.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

Ooryl llegó en aquél momento junto a ellos. La reina abrió débilmente los ojos cuando lo vio llegar y sonrió. Tenía la frente empapada en sudor y dos mechones de pelo encanecido se le pegaban a ambos lados de la cara. Su rostro enrojecido denotaba sufrimiento. Miró entonces a Velegaer y su sonrisa se hizo más amplia mientras le acariciaba la mejilla.

El droide desenganchó una minúscula aguja quirúrgica que había mantenido clavada en el cuello de la reina.

—No debe moverse —dijo— la infección ha alcanzado la columna vertebral y cualquier movimiento brusco podría partirla en dos.

—¿Qué ha ocurrido? —volvió a preguntar una angustiada Velegaer.

—Él… —consiguió articular dolorosamente su madre— él…

—¿Quién? —preguntó Ooryl— ¿quién es *él*?, ¿era un garian?

Pero la reina no tuvo fuerzas para decir nada más, solo logró asentir.

—Dos pájaros de un tiro… —murmuró Ooryl para sí mismo; pero Vanrar logró escucharlo.

—¿Qué queréis decir? —preguntó en el acto.

—Han intentado asesinar a vuestra hija esta noche.

—¿Ellos? —exclamó enfurecido—. Sí, claro ¿quién si no?

Un rato después, la reina pareció calmarse y dormir y Ooryl abandonó la alcoba y recorrió rápidamente el camino hacia su cuarto. Se aseguró que nadie podía escucharlo y llamó a X3 que permanecía semiapagado en un rincón antes de cerrar bien la puerta y las ventanas. El pequeño droide alzó su curiosa cabeza hacia su amo:

—X3, cíframe un código cinco a Coruscant, al hogar de los ancianos.

* * *

Por fin, tras dos horas de paciente espera el droide «ojo de mosca» que había logrado colocar en la alcoba de Yoda se activó. «Ooryl» había sido la primera palabra

pronunciada por el maestro Jedi y por ello el minúsculo espía mecánico había comenzado a transmitir. Xánatos se volcó entonces sobre la computadora a medio reparar de Sanam y escuchó con atención el mensaje apretando los auriculares contra sus propios oídos.

—Maestro, he logrado llegar a Gaeraan y he sido amistosamente recibido por el gobernante de la facción humana del planeta.

—Ah, bueno es que el planeta que predije encontraras, Ooryl, ¿de Karanna qué nuevas hay?

—Tengo malas noticias, mi maestro, la pequeña disputa comercial que usamos como tapadera se ha convertido en una guerra civil a gran escala antes de que yo pudiese hacer nada.

—Un incidente desafortunado, sin duda, pero ¿cómo antes de llegado éste punto no lo detuviste?

—El belicismo del rey de los garian es grande: asesinó a dos emisarios humanos, y ha tratado de asesinar a la familia real. Sin embargo sospecho que hay alguien actuando en su nombre, y sospecho que ése alguien no es otro que Karanna.

—Muy seguro de ti mismo pareces, Ooryl, cuando de que Karanna en el planeta se encuentre ni siquiera estás.

—Pero, maestro, tus presunciones…

—El futuro en movimiento siempres está, lo que yo predije puede no ser ya cierto.

—Comprendo, mi maestro ¿qué debo hacer ahora?

—Encontrar a Karanna nuestra prioridad es, pero detener la guerra también debes, como guardián de la paz.

—No es tarea sencilla; pero lo haré.

—Un Jedi contigo enviaré, su llegada espera en dos días y que su presencia allí te sirva de ayuda. Que la Fuerza te acompañe.

—Que la Fuerza te acompañe, maestro.

Xánatos apagó la computadora. Tenía que confesar que aquella escucha le había sido provechosa, muy provechosa. Ahora sabía dónde encontrar a Ooryl y que el encontrarle le llevaría directamente hasta Karanna, sí, lo presentía; ahora no tenía tiempo que perder.

Se quitó los auriculares y en aquel momento, al levantarse, la imponente figura de Sande Sanam le sorprendió frente a él. Entre sus garras llevaba de nuevo el sable láser. Sus penetrantes ojos denotaban satisfacción cuando se lo tendió al jedi-sombra:

—Te dije que podría hacerlo, y aquí lo tienes. Ni el mismo Jedi que lo hizo podría reconocerlo.

Y era cierto: el mañoso hitiano le había sustituido la cubierta exterior por algo parecido a algún tipo de mango o manillar color bronce y negro además de doblar su potencia.

—Gracias, Sande, te debo una.

—¿Una? —recalcó— perdón, ¿has dicho solo una? ¡Cínico bastardo! Me debes más favores que arrugas tiene un hutt. Espero que esta vez me des algo mas que un maldito «gracias y adiós».

—Tienes razón, veamos, ¿qué puedo ofrecerte esta vez?

Entonces sacó el visor de crédito que le diera Naldjer Skall y se lo dio.

—Le quedan aún casi mil créditos, suficiente creo.

—Suficiente, bueno, je je, veo que te estás haciendo razonable. ¿Pero dónde vas tan aprisa? ¿Tienes algún «asunto» pendiente que tenga que ver son ese sable?

—Llamémoslo así.

—Está bien, está bien, ¡déjame!, pero quiero que sepas que mi amor por ti vivirá siempre…

Se miraron un momento los dos y de pronto estallaron en risas como los dos viejos truhanes compañeros que eran. Entre carcajadas el hitiano abrazó una vez más a Xánatos y después se despidieron por fin:

—Me ha alegrado de veras volver a verte, Sande, pero ahora tengo asuntos que me reclaman.

—Bueno, creo que no volveré a verte en otra larga temporada, chico, así que buena suerte allá donde vayas.

—Lo mismo digo, Sande, adiós.

* * *

Antes de ordenar a X3 que cortara definitivamente la conexión, Ooryl meditó un momento en las palabras de Yoda. Había prometido enviar a otro Jedi. ¿Pero a quién? ¿Quién al cual revelar todo aquél secreto entramado y que tuviese la suficiente frialdad y serenidad para ocultarlo? ¿Quién?

* * *

—¿Me habéis mandado llamar? —preguntó Ooryl casi en un susurro junto a Vanrar. Tan solo ellos dos velaban ahora a la reina.

Por órden del rey todos habían abandonado la habitación, todos a excepción de ellos dos.

—Lo he hecho —respondió Vanrar con el mismo tono de voz sin dejar de observar a su esposa, sus palabras habían perdido ya toda su autoridad— miradla Ooryl, tan fuerte y bella antes, y ahora… reducida a esto —y una lágrima corrió entonces por su mejilla— ni todo el vertex de la galaxia vale esto —sollozó.

—¿Qué queréis de mí?

—Se que ahora ya no tengo derecho a pediros nada, no desde el momento en que desoí vuestro consejo y se que no tenéis por qué estar aquí, hace mucho que las negociaciones fracasaron… pero os pido clemencia, y justicia, justicia por… esto.

—Hacer justicia de ese modo no es mi cometido, los Jedi somos protectores de la paz.

—Protegednos entonces, porque si los garian se atreviesen a una guerra abierta, y estad seguro de que lo harán, temo, temo por la vida de todos, protegednos, en especial a mi hija.

—Sabéis que mi sable estaría siempre presto para esa tarea aunque no me lo pidieseis.

—Pero lo estoy haciendo, Ooryl, os estoy pidiendo que antepongáis su vida a toda otra, incluso la vuestra, que os la llevéis de Gaeraan si fuese necesario.

—Así lo haré majestad, así lo haré.

* * *

Unos cuantos niveles más arriba, donde aún se podía ver la luz del sol, Xánatos se abrió paso entre el tumulto de seres que abarrotaba una de las muchas oficinas de aduanas de Coruscant. Se separó levemente del resto de viajeros y se dirigió a una de las terminales de datos que allí había. Tecleó el nombre de Gaeraan en la pantalla táctil y aparecieron varias opciones de búsqueda. Seleccionó una al azar y una agradable voz humana comenzó a hablar:

—Gaeraan, situado a tan solo cuatro horas de la capital republicana, se encuentra hacia el centro de la dorsal corelliana, a tan solo dos pársecs del vecino sistema cereano. Casi en su totalidad se trata de…

El jedi-sombra cerró este programa y observó las diversas opciones de búsqueda: casi todas ellas eran de información turística; nada interesante. Suspiró. Pensó algunos segundos y se le ocurrió algo: tecleó un código en la pantalla y un pequeño cuadro negro apareció en la misma, puso su pulgar derecho sobre ella y la maquina escaneó su huella dactilar. La pantalla se apagó un segundo y volvió a encenderse mostrando nuevas opciones de búsqueda. Parecía increíble pero la antigua terminal de información de Offworld seguía funcionando aún. Introdujo un nuevo parámetro de búsqueda hasta que solo quedó una opción; una que llevaba el sello del gremio de cazarrecompensas.

La abrió, y entonces un torrente de letras inundó la pantalla: «Se declara abierta una batida de cazarrecompensas en el planeta Gaeraan, sistema del mismo nombre. Sustanciosa recompensa. Una única presa. Suma y objetivo a especificar en el punto de encuentro, durante la batida». Corto, pensó Xánatos, demasiado corto, ni siquiera el nombre del cliente ni la presa; aunque todo podía preveerse…

Descargó en un holo-disco el mensaje conteniendo el punto de encuentro y abandonó el edificio.

* * *

Como si los cielos hubiesen querido mostrar una brizna de alegría entre todo aquél caos, las nubes se habían abierto, dejando entrever algunos claros que iluminaban con grandes columnas de luz al blanco manto de nieve de Vashin.

Ooryl y Velegaer paseaban al borde de las rocas, sobre las ahora calmadas olas que se deshacían en espuma al llegar a la playa de hielo. Ella, con un abrigo color marfil parecía confundirse con el suelo nevado y él era una silueta oscura envuelto en su pesado manto Jedi. El palacio había quedado ya muy atrás y habían seguido la ahora helada barandilla hasta un pequeño parque casi al otro extremo de la ciudad, hacia el Oeste. No habían hablado desde entonces y ella se detuvo un momento al pasar los dos bajo un árbol y acarició con sus dedos la congelada corteza.

Ooryl la contempló entonces, sola, dulce y delicada como aquella mañana. Era preciosa, y sentía que necesitaba estar con ella, sí, en todo momento, por siempre… No, no podía. Se estaba convirtiendo en una obsesión, se estaba dejando llevar por ella. Ya había comenzando a sentir miedo, miedo de perderla. Pero, él era un Jedi, no podía, jamás… pero, él no era un Jedi cualquiera.

—¿Qué quería mi padre de ti? —preguntó ella de repente con un agradable tono de voz.

—Nada —contestó Ooryl secamente.

—¿De veras?

—Tan solo desearme suerte antes de volver a Coruscant.

—Mientes muy mal —dijo ella volviendo junto a él con una sonrisa.

—Es cierto, me voy mañana.

—¿De verdad no hay nada que pueda hacerte cambiar de opinión? —dijo ella divertida.

—Nada.

—¿De verdad? —y entonces le dio un beso.

—Bueno, quizá me quede algunos días más.

Se sonrieron el uno al otro y volvieron a besarse. Ooryl se separó de ella, sorprendido de pronto por un enorme ruido, como de maquinaria, que venía de detrás de un espeso bosquecillo de arbustos.

—No es nada —dijo la princesa— solo es la valla, ven.

Bordearon los arbustos y ella le llevó hasta un pequeño balcón un poco más allá, sobre un espolón de roca. Abajo, el Jedi descubrió sorprendido una playa, y si bien no era más que una pequeña cala era suficiente como para que aquellos dos grandes transportes desembarcasen un gran número de mercancías en aquella zona de agua poco profunda. ¡Así que sí que existía al menos una playa en Vashin! ¡Eso significaba que la capital no era totalmente invulnerable a un desembarco! Un pequeño batallón de androides descargaba mientras las dos lanzaderas daban la vuelta sobre sí mismas y volvían a sumergirse en las frías aguas. Varios haces láser surgieron entonces de las paredes de roca y como una telaraña clausuraron la entrada a la cala.

—Las últimas provisiones —explicó Velegaer— mi padre se prepara para un asalto.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó tratando de ocultar su sorpresa por aquél hallazgo.

—No se ha comunicado aún al pueblo —dijo bajando de pronto drásticamente su tono de voz— pero el frente de ataque de IslaOcaso ha fracasado en el Sur, los garian están preparando un contraataque…

—Comprendo.

—¿El qué?

—Traté de advertírselo, pero no me escuchó —dijo Ooryl son contestar realmente, como hablando solo— la enfermedad de tu madre ha hecho florecer de nuevo la ira en él.

—Me preocupa, quizá se esté volviendo loco, y sin embargo no es la primera vez que enferma así.

—¿Cómo?

—Hará poco más de un año. Mi madre enfermó y se retiró a descansar durante algunas semanas. Después regresó milagrosamente recuperada —sonrió— creo que nunca he visto a mi padre tan feliz.

* * *

Aún no había amanecido en la capital galáctica cuando Xánatos caminaba, solo entre la bruma, por la gran plaza aérea que había sido la antesala de la sede de su compañía años atrás. Incluso el silencio era audible y tan solo podía escuchar su propia respiración o el sonido de sus pasos sobre el desgastado pavimento de ferrocemento.

Caminó a grandes trancos hasta la puerta. Puede que la bancarrota de Offworld hubiese paralizado toda actividad comercial en aquél sector de Coruscant pero a juzgar por los restos de la puerta en el suelo y la cantidad de basura acumulada en la entrada parecía que sí había alguien que «ocupase» el edificio, probablemente alguna banda de raptores de los niveles inferiores que hubiese logrado de algún modo subir hasta allí.

Entró. Un desagradable olor le inundó por completo las fosas nasales, un olor que parecía venir del húmedo suelo. Las paredes de la entrada habían perdido todo color reconocible y despojos de mesas sillas y lámparas se esparcían por doquier. Pero no prestó ninguna atención y se dirigió directamente hacia los elevadores. Alzó los dedos y las puertas de metal se abrieron de mala gana con un agudo chirrido metálico pero muy a su pesar descubrió la ausencia de la cabina.

Tomó algo de impulso y saltó dentro del hueco. Uno tras otro, los pisos pasaron a toda velocidad ante sus ojos. Los fue contando mentalmente hasta que de improviso, empujándose con la Fuerza pasó por uno de los huecos abiertos.

La enorme sala estaba en penumbra, y sus ojos tardaron algunos segundos en acostumbrarse pero al fin pudo distinguir dos formas a los lejos. Se acercó un poco más y reconoció con satisfacción el *Corcel Estelar* Jedi y su propio Ala-X. Sonrió. Parecía increíble pero continuaban allí, justo dónde los había visto por última vez, dos años atrás.

Dio unos cuantos pasos más y pudo ver que la nave Jedi estaba escorada hacia un lado, una de sus patas se había partido y en el flanco caído había un ancho boquete del que surgía una tenue luz azul.

Algo se movió a sus pies. Un chiss de ojos rojos medio dormido y medio borracho se incorporó tambaleante frente a él, y babeando le miró un momento con la mirada perdida:

—¿Uh… quién eresh tú? ¿Eres el de la hierba?

—He venido a por mi nave —respondió fríamente el jedi-sombra.

El chiss se rió entonces estúpidamente eructándole en la cara. Xánatos le dio un puñetazo en el estómago y cuando el ser se encogió de dolor le partió la nariz de un rodillazo. El chiss cayó y se arrastró dolorido por el suelo, alejándose de Xánatos mientras chillaba. Alertados, cinco seres surgieron entonces del casco del *Corcel*.

Xánatos sacó entonces su sable. Lo activó y el arma ronroneó deliciosamente entre los dedos de su mano derecha, transmitiéndole aquellas excitantes vibraciones que el haz de luz amarillo creaba.

Los raptores desenfundaron algunos bláster y dispararon. Xánatos respondió realizando un elegante arco de luz en torno a sí. Desvió los disparos al tiempo que saltaba sobre el chiss y tomando su arma como un puñal le atravesó la espalda.

Se lanzó a por el resto: de un doble salto cayó entre ellos y en su caída se llevó la cabeza de un arcona. Empujó con la Fuerza a tres raptores justo antes de darse la vuelta para encarar a un furioso trandoshano que se lanzó sobre él. Xánatos reaccionó veloz y le atravesó el corpulento pecho con la hoja láser. Sacó su arma del cadáver justo a tiempo para desviar nuevos disparos, uno de los cuales hirió a un rodiano en su verdosa cabeza. Rodó por el suelo hasta los pies de un devaroniano, le cortó las piernas y antes de que su cuerpo pudiese derrumbarse un fogonazo amarillo le decapitó su cornuda cabeza. El único superviviente, un weequay corrió huyó hangar adentro pero el jedi-sombra hizo volar una pesada pieza de maquinaria que dejó caer sobre él, aplastándole.

Los primeros rayos de sol se colaron por la amplia abertura del hangar e iluminaron los humeantes cadáveres mientras el amarillo haz de luz se encogía hasta esconderse por completo en la empuñadura color bronce.

VII

Los garian eran una raza guerrera, siempre lo habían sido pues esa era su naturaleza y el credo de su existencia. Su sociedad se basaba en numerosos clanes familiares gobernados siempre por jefes electos, todos los cuales debían responder ante Iliphar, rey de los garian y jefe del clan dominante. Sus ancianos oídos habían escuchado muchas disputas y aún más consejos de guerra, pero ninguno parecido a aquél. Los humanos habían atacado, sin éxito, pero habían causado serios daños en varios territorios, por ello, todos los jefes de clanes se hallaban allí reunidos en torno a su rey en el alto salón del trono de Celebbar. Una nutrida multitud de ciudadanos de Celebbar, así como de otras ciudades del reino estaba también allí, expectante.

—Os hemos convocado hoy aquí vasallos nuestros —comenzó solemnemente Iliphar— para atajar con ésta cuestión que nos atañe a todos por igual. Los humanos han atacado, sin éxito, es cierto, pero han roto la paz que tanto había durado entre nosotros, una paz que nos tratamos de preservar aún cuando se nos llamó a todos traidores y ladrones. Y por ello, en nombre de una necesaria paz nos os preguntamos ahora qué hacer.

—¡Guerra! —gritó uno de los jefes— ¡guerra a IslaOcaso! Yo he perdido muchos de los míos por causas que aún desconozco, por unas acusaciones que todos sabemos son totalmente falsas, y creo que muchos de los hoy aquí reunidos se encuentran en la misma situación.

—¡Ya han ido demasiado lejos! —saltó de pronto otro— la guerra es la única salida.

—¡No enviaremos a nuestro pueblo a una guerra civil! —advirtió autoritariamente el rey.

—¡¿Una guerra civil?! —rugió otro jefe mostrando los colmillos— ¿desde cuándo os comparáis vos, rey nuestro, a esos pieles blandas de la superficie?

—Os recordamos que hace siglos que compartimos el mismo planeta, Mordjear. Nuestros antepasados hicieron un pacto de paz. Además, sus tropas están diezmadas, no pueden causarnos ya más daño.

—¿Y quién os dice que no pedirán ayuda, quién os dice que no pagarán a mercenarios? ¡Ellos son solo colonos, ellos nos son verdaderos hijos de Gaeraan, expulsémosles de nuestro planeta ahora que aún podemos!

La multitud congregada alrededor rugió entonces al unísono tras estas palabras para mostrar su total aprobación. Iliphar se irguió entonces sobre la plebe y alzó la siseante pero majestuosa voz:

—Si es ésta la voluntad de nuestro pueblo, nos la hemos de ver cumplida.

Lord Nakraan, consejero real, irrumpió entonces en el círculo de los jefes portando entre sus dedos una pesada daga dorada que el rey desenvainó y levantó en alto. Los demás jefes le imitaron y cada uno de ellos se rajó con su arma la palma de la mano. La oscura sangre resbaló por sus escamas cuando todos ellos juntaron sus manos para sellar el acuerdo.

—¡Guerra! —tronó todo el salón a la vez, y aquél grito se convirtió en una tormenta que era el rugido de todo el pueblo de los mares, y aquél rugido se transformó en canto, en un canto guerrero que desafiaba a la raza humana y que proclamaba su total exterminio de la faz de aquél mundo.

* * *

Tyr y Kyle habían sido enviados por el consejo a Dantooine. Un carguero mon calamari se había estrellado en él a causa de una lluvia de micrometeoritos proveniente de las minas de Dubrillion. La nave se había visto seriamente dañada y precipitada sin remedio hacia la superficie del primitivo planeta. Antes de perder todo contacto con ella, el espaciopuerto de Dubrillion recibió una confusa transmisión en que se podía escuchar al alterado capitán notificando el siniestro total de su nave y su imposibilidad de salir de allí.

No iba a ser más que una relativamente sencilla misión de rescate, casi rutinaria para dos Jedi, pero fue algo que el joven Karanna difícilmente olvidaría.

Su piloto, un sullustano les llevó hasta el linde de un gran bosque de eucaliptos en que se había estrellado el carguero. Penetraron en él hasta el abrasado casco de la nave, en el cuál los Jedi abrieron un boquete con sus sables que les permitió entrar a los tres. Dentro, el ambiente era desconcertante: el techo estaba cubierto de innumerables agujeros, grandes como la cabeza de un hombre y pese a que restos de maquinaria y mercancía se esparcían por todas partes, no encontraron el más mínimo indicio de la tripulación.

Pero entonces llegaron a la sala común. Contemplaron el macabro espectáculo que era aquella pirámide de cadáveres mon calamari con la piel en descomposición y los huesos aún ensangrentados. Sobre ellos se movían una docena de formas largas y negras que les miraban con sus pequeños ojos brillantes.

Sin darles tiempo siquiera a reaccionar dos enormes mandíbulas saltaron del montón de muertos y se lanzaron contra ellos. Una de las áspides negras le partió el cuello al sullustano de un potente mordisco, la otra pareció saltar hacia un asustado Kyle pero finalmente clavó sus blanquecinos colmillos en el rostro del maestro Sindara. Kyle activó su sable y partió por la mitad a la bestia, ancha como el brazo de un wookie. El lado de la cabeza se revolvió nervioso unos segundos antes de tumbarse a morir.

Decenas de áspides comenzaron a surgir entonces de las grietas del casco mientras Kyle arrastraba a su malherido maestro fuera de aquél cadáver metálico. Mientras lo conducía a rastras por entre los delgados troncos se dio cuenta de lo afortunado que había sido al salir ileso de allí. Pero entonces se dio cuenta: la segunda serpiente había saltado contra él, pero Tyr lo cubrió para protegerlo. Le miró un momento la herida: uno de los colmillos le había rajado el rostro hasta el punto de arrancarle el ojo derecho. «Gracias maestro», dijo, aunque éste no pudiese verle ni oírle, «gracias».

* * *

Lawukpaw estaba ciego: una máscara le cubría por completo los ojos. Recordaba borrosamente lo que había pasado. Recordaba haber acudido al punto de reunión en un islote del hemisferio Sur donde se encontró con unos cuantos cazarrecompensas. Un par de «hombres-pez» llegaron y ellos les hicieron colocarse aquellas máscaras. Les subieron a algún tipo de vehículo y después de un corto trayecto les llevaron por un interminable laberinto de pasillos y escaleras. De aquél modo ninguno recordaría en que lugar preciso había estado y pensó que, al menos con él, había funcionado. Se abrió una puerta y alguien entró, sintió el sonido de sus pasos a su espalda. De pronto apareció una siseante voz:

—Pueden quitarse las máscaras.

Los cazadores obedecieron. Lawukpaw se restregó varias veces los ojos con sus velludas manos de wookie para habituarse a la oscuridad de la sala. Cuando lo hizo pudo descubrir que estaba, al igual que los demás cazadores, sentado en un sillón de coral a una mesa grande y espartana. Aparte de eso, nada más. Incluso las propias paredes parecían ocultarse en la negrura o acaso ese era su color.

Miró en torno suyo y descubrió a los demás miembros de la batida; eran cinco aparte de él. Tan solo reconoció a dos: uno era Snaga, reputado cazador de su misma especie, y el segundo era Bossk del gremio de cazarrecompensas, hijo del famoso Cradossk. Había también un gamorreano de piel oscura, un xamster, un humano pelirrojo y un ser ataviado de negro de pies a cabeza que parecía fundirse con la oscuridad de la sala.

Desvió después su mirada hacia el ser que había hablado: era otro de aquellos hombres-pez, pero a juzgar por su atuendo, más lujoso y con una armadura más elaborada debía de pertenecer a una clase más alta que los dos que había visto en primer lugar. Él los contemplaba a todos con firmeza con sus grandes ojos amarillentos.

—Bienvenidos a Gaeraan —dijo— mi nombre es lord Nakraan y soy el consejero del rey Iliphar. Son muchos los que han acudido, más de lo que esperaba dada la brevedad de la oferta. Pero se lo agradezco pues la cacería necesitará de muchas manos.

—¿Quién o qué es la presa? —preguntó el xexto con un marcado acento.

—Necesito que capturen a éste hombre.

En el centro de la mesa un holo-proyector hizo aparecer un holograma representando la figura de un hombre vistiendo una túnica color arena, al estilo de los Jedi.

—¿Un Jedi? —preguntó Bossk soprendido.

—Un Jedi. Su nombre es Ooryl Qel-Narath y su tarea es proteger al rey Vanrar de IslaOcaso.

Todos enmudecieron ante la expectativa de una presa semejante.

—Es muy posible que puedan encontrarlo no lejos del rey, quizá en su mismo palacio en la ciudad capital de Vashin, pero creo que el rastreo es su especialidad, caballeros. Se que un Jedi no es ninguna presa fácil, bajo ninguna circunstancia. Atraparlo resultará prácticamente imposible por lo que les facilitaré la tarea exigiendo su muerte. Pero

supongo que ante todo estarán impacientes por saber cual será su recompensa por éste trabajo.

El garian sacó entonces un pequeño cubo tallado color esmeralda de uno de sus bolsillos y lo puso sobre la mesa. Los obnubilados ojos de los cazadores se abrieron de par en par al contemplar aquél cubo de vertex; incluso aquella minúscula porción del tan preciado material ya valía más que una tonelada entera de especia.

—Vertex —anunció Nakraan— tres cajones llenos entregados puntualmente al primero que me traiga su cabeza, y lo quiero antes de tres días.

VIII

Amaneció sobre el nevado palacio real de Vashin; otra vez. Ooryl ya había perdido toda noción de tiempo desde que llegara a Gaeraan. El tiempo ya no tenía importancia, no desde que la conoció a ella. Su pensamiento cambió de pronto cuando una ligera brisa matutina le acarició el rostro.

Llevaba allí, de pie, en aquél balcón que se abría a la urbe, toda la noche, meditando, y ahora que despuntaba el alba se decidió por fin a abrir de nuevo los ojos y contempló el radiante baño de luz que recibían cada calle y avenida.

Su mente volvió a centrarse en el pasado, en su verdadera misión. Ya había pospuesto demasiado tiempo la búsqueda de Karanna, tenía que pasar a la acción. Aquél día debía llegar un nuevo caballero Jedi para ayudarle en su tarea; quizá su presencia allí le diese más libertad de acción. Se dio la vuelta y desapareció bajo la estrecha arcada, palacio adentro, seguido de cerca por su droide astromecánico.

Ambos cruzaron unos cuantos pasillos y regresaron al salón del trono. Éste se había transformado por completo: ya no era desgraciadamente aquella sala solemne y majestuosa que Ooryl descubriera el día que llegó. Numerosas consolas electrónicas, controles de radar, holoproyectores, y demás maquinaria de inteligencia bélica habían reemplazado a las alfombras y al mármol. Aquello era ahora un puesto de mando que el monarca había ordenado instalar en la relativa seguridad de su palacio. Toda la ciudad estaba igual. Toda comunicación física con el exterior se había cortado y Vashin entero era una inmensa barricada, preparada para el asalto. La voz había corrido: los garian preparaban el ataque. Con un ejército harto disminuido IslaOcaso se había levantado como un solo hombre y un ejército popular esperaba ahora al pueblo de los mares.

La pareja de controladores que aún montaban guardia frente a las luminosas pantallas de sensores lo saludó:

—Buenos días, caballeros —dijo devolviéndoles el saludo— escuchadme, hoy llegará un Jedi de Coruscant y necesito una ruta segura para él hasta aquí.

—No hay inconveniente, señor, salvo que el hangar principal está únicamente autorizado para uso militar y vuestro compañero no podrá aterrizar aquí.

—¿Dónde entonces?

—Existe una plataforma de aterrizaje al pie de la torre de comunicaciones, lo guiaremos hasta allí.

—Está bien —dijo recordando difusamente el camino hasta allí— iré yo a buscarle. X3 quédate aquí.

El droide asintió con un pitido de aprobación mientras su amo abandonaba el salón, bajando los largos escalones de alabastro. Pasó bajo la azulada bóveda de la entrada y abandonó el palacio por una de las arcadas menores. Se internó en la fría mañana envolviéndose en su manto que flotaba débilmente al viento.

* * *

Lawukpaw el wookie llevaba cerca de cuatro horas esperando a que la presa abandonase el palacio. Sabía que tarde o temprano lo haría. Pese a que cuando se apostó allí, en aquella azotea frente a las puertas, era aún noche cerrada, había esperado pacientemente. Permanecía oculto, su velludo cuerpo contra el helado suelo y con una ballesta láser entre sus dedos en todo momento.

El Jedi dejó la plaza circular que precedía al palacio y se internó en una calle en dirección al otro extremo de la ciudad. Lawukpaw sonrió cuando Ooryl entró en su punto de mira. La presa seguía caminando y la mira lo seguía, como un acechante asesino. Le quitó el seguro a la ballesta y se concentró en el disparo. Su ballesta wookie disparaba proyectiles metálicos con cabeza explosiva cuya onda expansiva alcanzaba los tres metros. Una vez que el proyectil alcanzaba el blanco estallaba en una bola de fuego creando serios daños en el objetivo. Aunque el Jedi lograse de algún modo bloquear o siquiera sortear el disparo, la onda expansiva lo derribaría. Eso le daría al wookie un precioso y mortal segundo disparo. Iba a resultar bastante sencillo, para la noche ya habría cobrado la recompensa. Soltó una bocanada de vaho al exhalar, cerró el ojo derecho, fijó bien la mira, y disparó.

Ooryl Qel-Narath sintió algo a su espalda: peligro. Fugazmente se dio la vuelta con su sable de hoja azul ya activado y bloqueó hábilmente el disparo. Una gran bola de fuego estalló ante él y la onda expansiva le golpeó fuertemente por todo el cuerpo, arrojándolo varios metros más allá. Pero volvió a ponerse en pie rápidamente, en espera de un segundo disparo; pero éste no llegó. Algo atrajo su atención en una de las azoteas cercanas: había dos figuras en movimiento y un haz de luz se movía entre ellas.

Apenas el proyectil había abandonado la boquilla del cañón cuando una hoja láser amarilla partió la ballesta en dos de un fogonazo. El wookie se alzó cuán largo era, furioso, mientras desenvainaba su cuchilla ryyk y rugiéndole a su negro enemigo se lanzaba contra él.

La figura encapuchada sostenía un sable láser entre los dedos y parecía esperar tranquila la arremetida del velludo cazador. Giró varias veces sobre sí misma, evitando las frenéticas cuchilladas y tras rodar por el suelo junto a Lawukpaw se levantó, cercenando limpiamente su brazo derecho. El cazarrecompensas aulló de dolor y se retiró vacilante hacia atrás, con miedo. Una fuerza desconocida pareció tirarlo al suelo y se encontró de pronto con una luminosa hoja de luz que le atravesaba el esternón. Lawukpaw ladró de dolor por última vez antes de que su aliento se apagara.

Ooryl aterrizó de un salto en aquél momento. Encontró a un wookie muerto en el suelo y a un encapuchado ser de negro que portaba un arma Jedi.

—¿Quién eres? —le gritó amenazándole con la punta de su sable, pero la figura no contestó— apaga el arma y date la vuelta, quiero verte el rostro.

La misteriosa figua obedeció y mientras lo hacía dejo caer la capucha hacia atrás.

No podía ser. Era imposible, él… él no podía estar allí. Estaba muerto. Él mismo lo había visto.

—Xánatos… —balbuceó aún, incrédulo.

—Hola, Ooryl.

—Pero tú… tú estás muerto.

—Así es.

—Yo te vi morir, Sidious acabó contigo.

—Sidious acabó con mi cuerpo, Ooryl, pero no con mi presencia en la Fuerza. Éste es un nuevo cuerpo, con idéntico espíritu.

—Pero, ¿qué estás haciendo aquí?, ¿cómo me has encontrado?

—Estoy aquí para ayudarte.

—¿Para ayudarme?

—Alguien quiere asesinarte.

—¿Quién? ¿Cómo lo sabes?

—Es aquél a quién buscas, Ooryl. Sí, aunque haya estado ausente se mucho más de lo que puedas creer, se qué fue de Karanna.

—¿Tú lo has visto?

—Sí.

Pero antes de que Ooryl pudiese preguntar nada, una tempestad de sirenas y alarmas se elevó, alta y potente de un lado a otro de Vashin. Aunque un ruido aún más ensordecedor acalló pronto al primero; un ruido de explosiones, combate y gritos de muerte. Ooryl ya lo había previsto, sabía exactamente que estaba ocurriendo.

—Sígueme, rápido —le gritó a un sorprendido Xánatos.

Saltaron los dos a la calle y con la alfombra de escarcha crujiendo bajo sus botas echaron a correr por entre los callejones de Vashin con Ooryl a la cabeza. Puerta tras puerta, esquina tras esquina, el ejército miliciano salió a las calles alertado por las alarmas y corrió a ocupar sus puestos de defensa. Los garian habían iniciado el ataque y Ooryl sabía exactamente dónde.

Cruzaron varios pelotones de hombres uniformados a la carrera antes de llegar al balcón de observación en que el Jedi viera la playa por última vez. Miraron abajo: un enorme destructor garian invadía por completo la pequeña cala y varias docenas de humanos habían caído al pie de la bostezante boca que era la escotilla del carguero armado; la red láser de protección humeaba carbonizada. Una horda de guerreros garian montaba guardia sobre la playa mientras una extraña compañía cruzaba la arena y subía ya hacia las primeras calles de la ciudad: eran enormes moles de robusta carne verdosa de casi tres metros de alto, humanoides, con cara como de lagarto y un gran cuerno sobre la frente, andaban ligeramente encorvados, apoyados sobre sus largos brazos. Más guerreros hombres-pez los montaban y espoleaban hacia el combate. A Xánatos le recordaron vagamente a pequeños rancors.

Cuando el último de aquellos seres desapareció, Ooryl decidió saltar.

—Espera —dijo Xánatos al tiempo que activaba su sable y señalaba hacia abajo— esperemos un poco.

Allá abajo casi un centenar de hombres llegaron corriendo por otra calle y pronto empezó un salvaje fuego cruzado. Los garian dispararon sus arcos láser y junto a las

torretas del destructor acribillaron a la vanguardia de la tropa humana que corrió a refugiarse tras algunas pequeñas construcciones que allí había. Los garian empezaban a avanzar cuando Xánatos y Ooryl cayeron entre ellos, moviendo sus sables en círculos, arriba y abajo, cercenando y matando hombres-pez a cada vuelta. Un enorme proyectil voló de pronto sobre sus cabezas y fué a estrellarse con una gran explosión contra uno de los almacenes tras los que se refugiaban los milicianos de Vashin. Pero tuvieron que seguir, repartiendo muerte a estocadas mientras los humanos trataban en vano de alcanzar a algún enemigo desde sus refugios. El jedi-sombra se encontró de improviso con el cañón principal del destructor apuntando a su cara. La nave disparó y tuvo que impulsarse con la Fuerza para escapar de él. El estallido acabó con unos cuantos garian pero por poco no alcanzó a Ooryl que seguía luchando a unos cuantos metros de distancia de allí. Al aterrizar, el cañón escupió fuego de nuevo, pero esta vez estaba preparado: alzó la mano y empujó el torpedo de protones de vuelta a su origen. El flanco izquierdo del destructor estalló por completo llevándose consigo uno de los motores y éste, gravemente dañado se retiró de la playa entre un griterío generalizado de la milicia humana. Los pocos hombres-pez aún vivos se rindieron en el acto.

Xánatos y Ooryl recobraban el aliento cuando el capitán de la miliciaa llegó hasta ellos:

—Bravo, señores, bravo, jamás lo habríamos conseguido sin su ayuda. Antes tuvimos que dejar pasar toda aquella compañía pero se dirigen hacia una emboscada varias calles más allá. Quizá puedan ser útiles allí, nosotros cubriremos la playa.

—Está bien —dijo Ooryl— vamos.

* * *

Vanrar fue arrancado de su sueño por su anciano mayordomo y conducido inmediatamente al salón del trono dónde media docena de controladores se afanaban ahora ocupados sobre las computadoras.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el rey, confuso.

—No lo sabemos, majestad —respondió uno de los hombres que estaba al mando— los dos hombres que estaban de guardia han desaparecido y no pudieron dar la alarma. Los primeros en enterarse fue un pelotón de milicianos cerca de la playa.

—¿Cuál es la situación?

—Hemos retomado el control de la playa pero una compañía entera ha conseguido pasar y están atravesando la ciudad en dirección a palacio pero trataremos de contenerlos en una emboscada cerca de la plaza. Varios hombres han caído en la playa y un par de edificios han sido arrasados al igual que la valla de seguridad. De momento no hemos sufrido daños graves pero un ala enemiga de bombarderos se aproxima desde el Sur, he ordenado que salgan nuestros cazas, majestad pero sinceramente dudo que su reducido número pueda ofrecernos algo más que tiempo.

—¿Qué hay de las defensas antiaéreas?

—Ese es otro problema, majestad, parece que alguien ha saboteado el sistema y nos es imposible de momento activarlas, tengo a dos técnicos trabajando en ello lo más aprisa posible.

Velegaer apareció en aquél momento por una puerta lateral y corrió junto a su padre.

—¿Qué ocurre? —preguntó sorprendida— he oído sonar las alarmas.

—Me temo que el tiempo corre en nuestra contra, alteza, así que seré breve: Vashin está totalmente expuesto a un bombardeo en poco más de dos minutos y es muy difícil que podamos hacer algo para evitarlo.

La cara de la princesa reflejó una mezcla de sorpresa y terror y miró a Vanrar. Los dos clavaron sus ojos el uno en el otro, las palabras estaban ya de más.

—Aún hay tiempo —dijo el capitán— aún podéis huir por los sótanos.

—No, nuestro destino no será diferente del de nuestro pueblo —contestó firmemente estrechando entre sus brazos a su hija— si hemos de morir, que así sea.

—Está bien, majestad, como deseéis.

—¡Bolfred! —llamó el rey.

—¿Majestad?

—Ve a buscar a la reina, que venga aquí.

* * *

Llegaron corriendo, casi sin aliento, a la gran plaza circular que precedía a los mastodónticos muros del palacio real. En efecto, las grandes monturas de los garian habían caído en una emboscada que los rodeaba ahora. Milicianos emboscados habían abierto fuego sin cesar contra las grandes bestias cornudas en un primer momento pero éstas habían resistido bien el primer ataque y los humanos habían tenido que echar mano de sus bayonetas. Pero no eran rivales para aquellas bestias que con sus enormes manazas destrozaban cuerpos enteros de un solo empujón y solo unos pocos resistían aún.

Ooryl y Xánatos se lanzaron al combate con los sables ya activados. Media docena de jinetes repararon en ellos y espolearon a sus criaturas contra ellos. El jedi-sombra se encaró a uno de ellos: rodó por el suelo hacia la izquierda justo cuando unas grandes garras negras cortaron el aire sobre su cabeza. Al levantarse rajó de abajo arriba el desnudo pecho de la bestia que se tambaleó hacia atrás. Xánatos lo empujó con la Fuerza derribando a tres jinetes que venían hacia él. Se dio la vuelta y se encontró a otra que trataba de atraparlo. Pasó corriendo junto a ella y después saltó sobre su lomo, atravesando al garian que la montaba y agarrándose a su cuello la degolló con su hoja láser. Antes de que el cadáver pudiese derrumbarse una poderosa mano lo agarró por detrás y lo aplastó dolorosamente contra el suelo. Se retorció de dolor cuando sintió varias costillas crujir en su pecho mientras veía el horrendo rostro de reptil de la bestia que lo aplastaba.

De pronto, un fogonazo verde se interpuso entre ellos y el ancho y escamoso brazo cayó sin vida al suelo, liberando al jedi-sombra. Al levantarse vio a un ser que empuñaba

un sable láser y que acababa con la criatura herida. Se dio rápidamente la vuelta: era algo más alto que un hombre, su piel era de color naranja arenoso y de su ancha frente nacía una pareja de cuernos gemelos que se curvaban hacia abajo. Una negra cicatriz le marcaba el rostro, cruzando uno de sus ojos. Xánatos lo observó desconcertado.

—¿Eres tú Ooryl Qel-Narath? —preguntó el iktochi con voz profunda— soy Tyr Sindara, el Consejo me envía en tu ayuda.

* * *

Tras atravesar el largo pasillo que unía las dos torres, Bolfred llegó por fin a la alcoba de la reina. Pero cuál fue su sorpresa al descubrir el lecho vacío y a dos sirvientes en el suelo, muertos. Algo le atravesó el pecho de repente y la vida se escapó de su cuerpo mientras su asesino huía de allí rápidamente.

* * *

Ooryl se encontraba combatiendo casi al otro lado de la plaza, lejos de Xánatos y totalmente ajeno a lo que le estaba ocurriendo. De repente el inconfundible zumbido de un motor cruzó el cielo sobre su cabeza con un vuelo pesado. Un bombardero garian apareció dirigiéndose inexorablemente al palacio. Palideció y el terror lo invadió por completo. Corrió. Pero ya nada podía hacer, era demasiado tarde, había fallado.

IX

Velegaer abrió muy lentamente los ojos. Recordaba lo que había ocurrido: todas y cada una de las computadoras de la sala se habían puesto de pronto a parpadear o a silbar y un zumbido largo y pesado comenzó a acercarse. Un ruido muy agudo y estridente ahogó todo sonido y de improviso la pared que había junto a ella estalló y la fuerza brutal de una onda expansiva la lanzó violentamente al otro lado del salón del trono. Le dolían enormemente las sienes y se dio cuenta de que le costaba respirar.

Reconoció apenas el rostro de Ooryl que la sujetaba entre sus brazos, su rostro denotaba esperanza. Tras él había también dos figuras pero que no pudo o no supo reconocer; parecían Jedi.

Se levantó dolorida, ayudada por Ooryl, mirando a su alrededor: la mitad de aquella lujosa sala había saltado por los aires al igual que el personal que desde allí coordinaba la defensa de la ciudad cuyos restos se confundían entre escombros y restos de maquinaria. Un viento helado soplaba a través de las grietas de la pared. Recordó de repente dónde estaba e hizo ademán de salir corriendo pero Ooryl la detuvo:

—Será mejor que te lleve a un hospital, estás herida.

Se palpó la frente y descubrió que tenía una larga y sanguinolenta brecha en la cabeza, sin embargo miró de nuevo desafiante al Jedi mientras trataba de zafarse de él:

—¿Dónde está mi padre?

Los brazos de Ooryl la soltaron y salió corriendo. Al atravesar el umbral bajó las escaleras y se dirigió hacia la izquierda pero entonces descubrió con una mezcla de terror y sorpresa que el largo pasillo que conducía a la torre Este había desaparecido casi por completo; tan solo algunos metros habían subsistido. Contra la luz del fondo se recortó una figura agazapada. La princesa corrió hasta allí y descubrió a un maltrecho Vanrar sollozando. Se alzó un momento y descubrió a su hija cuyos ojos poco a poco se llenaban de lágrimas. Se miraron mutuamente mientras el huracanado viento invernal les revolvía a los dos los cabellos oscuros. Miraron de nuevo al vacío: no solo el pasillo había desaparecido con la explosión, también lo había hecho la torre entera, al igual que parte de la gruesa muralla.

El desesperanzado rey tomó un puñado de escombros entre sus dedos y los apretó con rabia mientras alzaba su rostro hacia el cielo:

—¡¿Por qué?! —gritó con tal ira que el sonido de su voz recorrió Vashin, ahora destruida por el ataque garian.

* * *

¿Qué hacía Xánatos allí? Aquella pregunta rondaba en la cabeza de Kyle Karanna desde el día anterior en que lo encontrase en la batida de cazarrecompensas. Pero él mismo lo había visto morir. ¿Un clon? Era posible, aunque poco probable.

El sonido de una puerta abriéndose a sus espaldas le sobresaltó: tan enfrascado estaba en su reflexión que no advirtió ninguna llegada. Pensó que se trataba de alguno de sus lacayos y se dispuso a reprocharle pero cuál fue su sorpresa al descubrir que en verdad se trataba del mismo Iliphar. Afortunadamente llevaba aún puesto el enmascarador holográfico que le concedía la apariencia de un garian. Sin embargo, por comodidad se había quitado el modulador de voz por lo que debía cuidarse de no pronunciar palabra.

El monarca dio la vuelta a su sillón y se situó a su lado sin mirarle, contemplando junto a él el fondo marino de Celebbar.

—Hemos fallado, Nakraan —dijo— el ataque les ha sacudido un buen mazazo e incluso antes de poder rechazarnos conseguimos llevarnos por delante muchos humanos y no pocos edificios, buena parte del palacio real entre ellos; su reina ha muerto. Pero Vanrar no, sigue vivo, una bomba cayó junto a él y sigue vivo —dijo mostrando su rabia.

Iliphar se giró de pronto entonces y sus garras comenzaron a juguetear con un pequeño holocubo que había sobre una mesa. El corazón de Karanna se aceleró ligeramente: aquél pequeño instrumento contenía la mayor parte de su doble existencia. En un primer momento pensó en ofrecer su asiento al rey y tal vez así lograse que soltara el holocubo. Después lo haría desaparecer con disimulo entre sus ropajes y se deslizaría fuera de la sala.

—Su cólera debe de ser ahora inmensa —continuó el garian— sin embargo no es estúpido y no buscará venganza, no por el momento. Abandonará Vashin y buscará un sitio más seguro en que ocultarse. Pero sin embargo aún hay añgo que me preocupa: algunos de mis guerreros hablan de Jedi que protegen al rey…

Entonces se acercó hasta el sillón y puso una de sus escamosas manos sobre la hombrera derecha de su consejero.

—¿Qué se supone que hacen los Jedi aquí todavía? ¿Acaso no fracasó su negociación cuando Vanrar nos atacó?

Daba igual, el mal requerido ya estaba hecho. El descubrirle no iba a afectar en modo alguno a su plan, no si hacía callar a Iliphar. Su mano buscó su sable láser.

—¿Qué ocurre, Nakraan? —preguntó el rey— ¿por qué estás tan silencioso?

Su consejero se levantó entonces y con un toque en su cinturón su apariencia se desvaneció para mostrar a un humano de cabellos ligeramente canosos, ataviado de negro y de cuyos dedos brotó como por arte de magia un haz de luz láser.

Estaba a punto de atravesarlo con su arma cuando se dio velozmente la vuelta para rechazar un disparo láser a sus espaldas. Una pareja de guardias garian habían entrado en la sala y le apuntaban con sus armas. Los derribó a ambos con la Fuerza y huyó a la carrera por el pasillo.

* * *

Vanrar recubrió el maltrecho cadáver de su mayordomo con un manto de seda negra. Se retiró lentamente hacia atrás, contemplándolo. Cientos de ciudadanos de Vashin los

rodeaban a él, a Ooryl y a Velegaer repitiendo con pesar aquél rito. Más de dos mil humanos habían caído en el ataque del día anterior y los supervivientes habían tenido la penosa tarea de reunir a todos los cuerpos en la gran plaza frente al palacio. El espectáculo que ofrecía aquél numeroso funeral era desolador. Las escarchadas baldosas de la plaza servían ahora de lecho mortuorio a tantos seres, caídos en la batalla, muertos en combate o simplemente bajo el bombardeo enemigo. Solo algún llanto aislado rompía por momentos el sepulcral silencio que recorría ahora la ciudad.

El rey y a la princesa permanecían impasibles, mirando ambos a la explanada de muertos. De pronto, Vanrar susurró el nombre de su esposa y ocultó sus lágrimas frotándose los ojos con los dedos. Velegaer se hallaba arrodillada junto a él, rodeada por tanta desolación, llorando de igual modo.

Ooryl Qel-Narath, con el ceño fruncido por el dolor que le provocaba el hecho de haber fallado en su cometido de pacificador, de protector; y de amante, se arrodilló vacilante ante el rey. Este levantó un tembloroso puño sobre la cabeza del Jedi.

—Perdonadme —murmuró— os lo ruego.

Y Vanrar abrió una vacilante mano y la posó sobre su cabeza, perdonándolo.

* * *

La negra figura metalizada del *Infiltrador Sith* sobrevoló las gélidas aguas del Norte: lord Karanna se dirigía a su escondite.

Pronto se reveló tras las enormes olas una gran estructura negra suspendida a decenas de metros sobre cuatro icebergs; se trataba de un antiguo complejo de carga garian que había logrado rehabilitar para sus propósitos. Situadas a medio camino hacia la cúspide, las puertas del hangar se abrieron como una gran boca que se tragó la nave que aterrizó suavemente en un inmenso y desierto hangar.

La semiesférica compuerta del *Infiltrador* se partió en dos frente a Kyle y éste descendió la pequeña rampa. El complejo entero parecía desierto pero sin embargo al final de ésta halló a una figura de rodillas ataviada con un manto verde oscuro que le esperaba.

—Bienvenido, maestro —dijo el ser— todo está a punto, tal y como ordenasteis.

—Muy bien, mi aprendiz —contestó Kyle— pero hay un cambio de planes.

—¿Un cambio de planes? —dijo el ser incorporándose sorprendido— ¿qué ha ocurrido?

—He decidido revelarme ante Iliphar, era inevitable, aunque ahora resulte algo… molesto tenemos a un Jedi tras de nosotros, y algo más quizá.

—¿Qué hemos de hacer, mi señor?

—Hemos de acelerar el plan, irás a ver a Xshada, ahora, y le pedirás ayuda, toda la que pueda ofrecernos.

—¿A qué precio?

—Ofrécele una tonelada de vertex por el millar de cabezas, no más, ve ahora, no hay tiempo que perder. Esta misma noche han de estar pisando Isla Ocaso.

—Sí, mi señor.

El aprendiz subió la rampa de la nave sith y pronto ésta se encontró de nuevo surcando aquél endiablado temporal rumbo al Sur.

El jedi caído se quedó solo ante el enorme hueco del hangar. Pensó en cuánto había cambiado el paisaje: las cálidas corrientes submarinas de Celebbar se habían tornado ventiscas de hielo y nieve. Algo así cómo él, antes de caer hacia el lado oscuro…

No, ahora no podía permitirse en pensar en aquello, no ahora que estaba tan cerca del triunfo.

* * *

Grandes y oscuras zonas de destrucción marcaban como ampollas la maltratada piel de Vashin. El indiscriminado bombardeo garian había arrasado ampliamente muchas zonas de la ciudad, así como a sus habitantes. Todo aquello constituía ahora un desagradable recuerdo grabado a fuego en las mentes de quiénes ahora tenían el «privilegio» de conservar sus vidas en la moribunda urbe.

Muchas cosas habían cambiado en muy poco tiempo para el aún joven caballero Ooryl Qel-Narath con aquél acontecimiento del todo inesperado. Muchos habían desaparecido: Bolfred, la reina, el pobre X3, la felicidad… aquella felicidad que encontrase al conocer a Velegaer, esa felicidad que se había perdido quizá para siempre. Muchos habían aparecido también: Tyr Sindara, el ex-maestro de Kyle había sido enviado por el Consejo para ayudarle, Xánatos había resurgido de entre los muertos también para ayudarle, Karanna se había revelado también tanto a través de Xánatos como a través de todo aquello; porque ahora no albergaba duda de que estaba allí, si, en el planeta, había comenzado a sentir su presencia a cortos intervalos pero ésta parecía perderse súbitamente en un océano de oscuridad.

Había hablado de todo esto con Xánatos y Tyr, los tres habían acordado el iniciar en serio la búsqueda del jedi caído, empezarían por ese tal Lord Nakraan… pero debían sin embargo hacerlo en secreto por el momento, sobre todo no debían precipitarse.

Atravesaron los tres juntos el umbral de la sala. Allí estaban presentes un puñado de generales humanos y Vanrar, que se atormentaba murmurando palabras ininteligibles sobre su maltrecho trono rescatado del ahora ruinoso salón. Cuando los tres Jedi se acercaron hasta él clavó sus ojos en Ooryl:

—Tres millones de muertos, maestro Jedi, ¿os dais cuenta?, tres millones de víctimas entre hombres y garian, tres millones; mi esposa entre ellos.

Todos en la cámara permanecieron mudos.

—Tres millones, ¿para qué?, ¿para matarme a mi? Decidme, ¿tanto vale mi vida?

—Lo vale para los garian, majestad —dijo uno de los militares.

—¡Pues bien, guardaré esa riqueza en el lugar más inexpugnable!

—Pero majestad —intervino Ooryl— ¿acaso olvidáis el verdadero motivo de ésta catástrofe? ¿Olvidáis el vertex? ¿Olvidáis que no ha sido sino la avaricia de vuestras sociedades la asesina de esos tres millones de muertos? ¿Olvidáis que existe otro camino llamado paz?

—¿Paz? ¿Vos me pedís paz? No habrá paz para mi hasta que tenga a los asesinos de la reina muertos a mis pies.

—Pero, majestad.

—Calmaos, Ooryl, os lo ruego, vos y vuestros compañeros habéis prometido servirme. Pues bien, ahora os necesito: debéis escoltar a mi hija hasta un refugio hacia el Sur y allí protegerla hasta que todo esto acabe.

—¿Y qué hay de vos, majestad?

—Me refugiaré junto a los restos del ejército en la fortaleza de Ciudad Serpiente; ni siquiera los garian podrían derrotarnos allí.

—Está bien —dijo Ooryl a la vez que se inclinaba, imitado por sus compañeros, anunciando el fin del encuentro.

Estaban a punto de desaparecer tras la cortina cuando uno de los generales le habló a Vanrar:

—Majestad, no les habéis dicho nada acerca de Argost.

—Es cierto; maestros —llamó—, por favor una cosa más.

Los tres se dieron la vuelta y encararon al monarca de nuevo:

—Existe una ciudad en la otra punta de IslaOcaso, Argost es su nombre. Como ya saben el grueso del ejército garian marcha hacia allí y es un bocado tentador que morderán con dientes de acero. Hace unas horas que perdimos todo contacto con la ciudad, la idea más lógica es el de que ha sido invadida por tropas garian, pero sin embargo no se recibió antes ningún avistamiento de tropas ni ninguna noticia de ataque. Necesito que uno de ustedes vaya hasta allí y averigüe que ocurre. Mandaría yo mismo un equipo de reconocimiento pero debo confesar que mis tropas no son ni mucho menos tan numerosas como yo desearía y necesito reforzar a toda costa Ciudad Serpiente.

—Yo lo haré —anunció Xánatos.

—Así sea —dijo el rey— partamos ahora.

* * *

Ooryl contemplaba el agua turquesa del mar, apoyado en una barandilla de madera, cuando Tyr se acercó a él. Habían escoltado ambos a la princesa Velegaer hasta un islote al Sur del planeta. Su refugio era un pequeño montículo de piedra color arena, aislado de todo contacto con el exterior. Encima se levantaba un gran torreón de adobe en la base del cuál se encontraban los dos Jedi. Allí había una ovalada plataforma de aterrizaje, suficientemente grande como para acoger varias naves, y circundada por la barandilla de madera verde.

El iktochi se apoyó junto a Ooryl:

—La princesa está arriba —dijo— parece que se ha calmado.

—Al menos este es un lugar seguro, nadie nos encontrará aquí.

—Eso es lo que me preocupa precisamente.

—¿Qué quieres decir?

—Yoda me advirtió sobre mi aprendiz y después de oírte a ti y a Xánatos he sacado algunas conclusiones.

—¿Cómo cuáles?

—Para empezar, Kyle está aquí bajo la falsa apariencia del consejero del rey garian.

—Sí, creemos que sí.

—Y ha intentado mataros a ti, y a la princesa, ¿no?

Ooryl asintió sin comprender.

—¿Y por qué?

—Podría haber actuado en nombre del rey.

—¿Pero que interés tendría él en hacer eso? Piénsalo, es casi una declaración de guerra. Solo alguien que desease el conflicto pudo dar la órden.

—Está bien, ¿pero que sentido tiene el matarme a mí?

—Tu podrías descubrirle.

—Pero, eso no tiene lógica, ¿qué sacaría él de todo esto?

—Vertex, amigo mío. ¿Dónde crees que va a parar todo ese mineral que humanos y garian se acusan unos a otros de robar? Es él quién ataca los convoyes y quién hace desaparecerlo directamente de las minas.

—Claro, por eso está precisamente aquí.

—Si, pero ese no es el problema que me preocupa.

—¿Cómo?

—¿Acaso no has prestado atención a las extrañas casualidades que te han ocurrido?

—Debo confesar que últimamente no he tenido mucho tiempo para pensar.

—Piensa en ello: Karanna sabía que tú estabas en el planeta y por qué, sus asesinos sabían dónde estaba la princesa, y lo más extraño, los garian sabían exactamente por dónde debían atacar Vashin.

—¿Quieres decir que hay…?

—¿Un traidor? No, mucho me temo que es algo peor.

—¿En qué estás pensando?

—En un aprendiz…

—¿Pero quién?

—¿Tu amigo Xánatos? Apareció demasiado «de repente» ¿no?, y además justo cuando el cazarrecompensas te atacó.

—Debes estar equivocado, Xánatos no es capaz ya de eso. Yo confío en él.

—No deberías hacerlo, el lado oscuro es ladino, y por desgracia para nosotros, imprevisible.

* * *

Mientras tanto, lejos, muy lejos de allí, Xánatos cruzó un largo patio enfundándose unos guantes de viaje y ajustándose bien el manto. En el centro le esperaba su escolta, media docena de hombres vestidos de azul oscuro y con los rostros cubiertos por máscaras protectoras. Ya había pasado el mediodía y soplaba una fuerte ventisca.

El jedi-sombra subió a su motojet y la arrancó. Al unísono el ronroneo de los demás motores se sumó al suyo. Aceleraron y los siete hombres cruzaron a toda velocidad las puertas de la fortaleza rumbo a Argost.

* * *

Las luces se encendieron cuando Karanna cruzó la puerta. Entre las cuatro espartanas paredes de metal se erguían setenta figuras, inmóviles e imponentes como estatuas. Se acercó hasta una consola cercana y tecleó hábilmente un código haciendo que un leve zumbido inundase de pronto la estancia. Los cyborgs estaban activados.

Serían su escolta, sus guerreros de élite. Setenta guerreros inteligentes y bravos como combatientes vivos y a la vez fríos y calculadores como máquinas asesinas. Eran en verdad los restos de setenta soldados muertos de más de una docena de especies galácticas provistos de implantes y prótesis que les otorgaban de nuevo el don de la vida. Pero sin embargo se trataba de una vida controlada por un amo: Kyle Karanna.

El más débil medía casi dos metros de alto y era corpulento cómo un noghri adulto. Llevaban armaduras y yelmos de combate que les ocultaban la mitad de sus rostros y entre sus dedos artificiales sujetaban aniquiladores láser.

Kyle sonrió ante aquél pequeño ejército: si Xshada cumplía su parte y aquellos cyborgs eran la mitad de buenos de lo que le habían costado, todo el vertex de Gaeraan sería suyo en apenas una semana.



X

El espeso y oscuro manto nocturno lo cubría todo y el aire parecía hacerse más pesado a cada kilómetro. Xánatos solo podía escuchar el atronador pero ya monótono sonido de los motores de las siete motojets. Llevaban casi cinco horas flotando sobre campos nevados bañados por la tenue luz de las lunas que bancos de nubes trataban en vano de ocultar. El paisaje no había cambiado en absoluto desde que partieran de Ciudad Serpiente: el mar a la derecha y las largas cadenas de montañas a la izquierda; aunque la franja de tierra que atravesaban parecía haberse ido estrechando progresivamente.

El terreno empezó a ascender casi de improviso hasta el punto que llegaron al borde de un alto terraplén y tuvieron que detenerse; no podían arriesgarse a tomar una ruta directa a Argost. Observaron, pero no distinguieron más que la confusa silueta del cabo en la oscuridad; ni una luz, ni una sola señal de que en verdad la ciudad estuviese allí. Una gota de lluvia cayó desde el cielo al desmontar los siete hombres y se vio inmediatamente seguida por una cortina de agua. Empezó a llover cada vez con más fuerza y los rayos de una tormenta cercana venían acercándose desde el cabo.

Uno de los soldados halló pronto un pequeño sendero por el que descender. De repente, algo derribó a Xánatos cuando bajaban. Parecía un choque de Fuerza, había algo allá abajo, algo cuya presencia en la Fuerza era tremendamente poderosa. Pero en verdad no parecía ser un único ser, sino centenares que creasen un único espíritu.

El soldado que iba junto a él se detuvo a ayudarle:

—¿Se encuentra bien, señor?

El jedi-sombra se frotó varias veces los ojos y se incorporó, como despertando de un sueño pesado.

—Estoy bien —dijo— ¿dónde está Argost?

—Se supone que allí abajo, junto a la playa —dijo el soldado que iba en cabeza— pero o la han arrasado, o verdaderamente se han tomado en serio el ocultarla.

En aquél mismo instante un relámpago estalló iluminando con una repentina luz blanca la enorme y compacta masa de criaturas que se agolpaba en la playa. Bajo ellas se podía apreciar vagamente el relieve de los restos de la ciudad humana, cubierta ahora por aquella pesadilla. Recién salidas del mar, una a una se acercaban ya, trepando como insectos por los escarpados acantilados del cabo.

Y avanzaban, avanzaban hacia ellos sin ninguna demora. Todos sintieron el impulso de huir pero estaban petrificados, paralizados por el miedo y el asombro bajo la tormenta.

—Vámonos de aquí, ahora que todavía no nos han visto —dijo Xánatos tratando de no elevar mucho la voz.

Pero antes de que ninguno pudiese siquiera moverse uno de aquellos seres apareció trepando por una pared de roca a sus pies. Otro relámpago les reveló su espantosa anatomía cuando llegó hasta ellos: tenía forma humanoide pero todo su cuerpo parecía estar cubierto por una especie de armadura natural de la que surgían varias púas a lo largo de su espalda y sus seis extremidades estaban rematadas por largas y afiladas cuchillas.

Su alargado y terrorífico rostro, una mezcla entre insecto y pez les observó con curiosidad durante algunos segundos aunque no parecía verlos. Sin embargo cuando su pareja de antenas los percibieron su boca se partió por la mitad dejando escapar un sonoro y agudo chillido. Una lluvia de disparos estalló sobre su cuerpo y la criatura volvió a chillar mientras caía moribunda por el risco.

Una luz amarillenta rodeó al grupo cuando Xánatos activó su sable láser al percibir a una docena de criaturas que se habían arrastrado en silencio por detrás, alertadas por los chillidos de la exploradora y que habían cargado contra ellos. Las descargas láser volvieron a volar mientras el haz de luz amarilla se hundía con fuerza en aquellos cuerpos acorazados y cercenaba las largas extremidades.

Pero no parecía ser suficiente. Más criaturas escalaban ahora la pared de roca en que habían sorprendido a la primera y su número parecía multiplicarse por momentos. El jedi-sombra trató de mantenerlas a raya pero escapaban a sus ataques por todas partes, rodeándoles. Una saltó sobre ellos y degolló a un soldado nada más caer. Comenzaron a aparecer cada vez más y pronto se cernieron como carroñeros sobre el pequeño grupo.

Xánatos trató de salvarse a sí mismo abriéndose paso a mandobles hacia las motojets. Estaba a punto de alcanzarlas cuándo una garra le agarró la rodilla y le tiró al suelo. Trató de zafarse de ella pero el oscuro ser le rajó el pecho de un extremo a otro. Aulló al tiempo que alzaba su sable, incrustándoselo a la criatura en el rostro. Se deshizo de ella de una patada y agarrándose la profunda herida saltó sobre un vehículo y se alejó de allí a toda velocidad.

* * *

Ciudad Serpiente hacía en verdad honor a su nombre. Se trataba de una ciudad fortificada ubicada en la abertura de un valle y que se extendía, estrecha y serpenteante, hacia el interior. No habría más de doscientos metros de lado a lado pero de punta a punta, la ciudad se extendía más allá de los tres kilómetros. Como gigantescas torres de vigía varios picos nevados se alineaban a lo largo de los extremos del valle otorgando a Ciudad Serpiente una cobertura casi impenetrable.

Sin embargo aquella noche los centinelas de roca anunciaban malas nuevas para Isla Ocaso pues de ladera en ladera se propagaba un inquietante y gutural murmullo de cuernos. El sonido de cientos de pies descalzos sobre el terreno escarchado y el de elevadores de repulsión se sumó al provocado por las caracolas marinas que los heraldos garian hacían sonar para anunciar su llegada. Uno a uno cada jinete y tanque acudieron a reunirse ante las puertas de la fortaleza humana.

Esperarían a que el primer rayo de sol apareciese sobre las cumbres; y entonces atacarían.

* * *

Xánatos apenas podía mantener los ojos abiertos, apenas podía respirar, y cuando lo hacía sentía su pecho arder. La herida le dolía cada vez más. Allí donde la garra de aquella criatura se había clavado en su carne había aparecido una gran cicatriz verdosa que se extendía cada vez más, casi con vida propia, hasta tal punto que ya casi no podía mover los brazos.

Pero sobre todo sentía dolor, un dolor insoportable que quemaba como brasas ardientes y que le hacía estremecerse. Trató de calmarlo con la Fuerza, pero no logró, por alguna misteriosa razón no podía hacerlo. Y había algo más, sus fuerzas se agotaban por momentos, su ritmo cardíaco se deceleraba. Comenzó a perder el sentido.

Volvió a acelerar la motojet. Tenía que llegar vivo a Ciudad Serpiente, tenía que informar sobre lo que había visto. Aun le quedaban dos horas de viaje, y el alba no tardaría en llegar.

* * *

Kyle llegó hasta el borde de la pasarela y apoyó sus manos sobre la fría barandilla. Bajo sus pies el antes solitario hangar de carga era ahora una bulliciosa colmena mecanizada. Llevaba ya casi un millar de toneladas robadas de aquellos convoyes asaltados. Aunque aquello no era más que pura distracción pues su principal explotación consistía en sacarlo directamente de las minas, sobre todo ahora que la guerra iba a «prolongarse indefinidamente».

Se estaba haciendo rico, muy rico, y su única preocupación real en aquél momento no era sino mantener aquella riqueza. El modo de hacerlo era simple: había que mantener ocupados a humanos y garian el tiempo suficiente como para huir con todo aquello. Sabía que no sería ni mucho menos sencillo, pero lo haría, él pertenecía al lado oscuro, al verdadero poder de la Fuerza, se había convertido en un sith, se lo había ganado porque, ¿quién sino un sith de pleno derecho habría abatido a Lord Sadow? Lek era una Jedi… y no lo consiguió.

Se desentendió por el momento de aquellos pensamientos mientras se retiraba tras haber echado un último vistazo a las columnas de droides que almacenaban su riqueza allí abajo. Había asuntos en el Sur que requerían ahora toda su atención.

* * *

El sol doró por fin las blancas cimas tiñendo el valle con el color del amanecer. Cuando la luz bañó los rostros de los guerreros garian, todo el ejército se puso en marcha, marchando uniformado como uno solo.

Frente a los cañones de los tanques se alzaban los silenciosos muros de Ciudad Serpiente. Dos torres de defensa cubrían las puertas y más de un centenar de hombres se hallaban apostados sobre el camino de ronda, dispuestos para el combate.

Todo estaba dispuesto, la venganza se produciría allí, una batalla campal que decidiría el predominio de una de las dos razas iba a desatarse de un momento a otro.

Pero cuando el desastre parecía ya inevitable un cuerno sonó alto y claro entre ambos rivales. Pues desde el Sur venía cabalgando Iliphar escoltado por una docena de jinetes que lo acompañó hasta las puertas de la fortaleza cruzando ante tantos ojos asombrados. Allí alzó las manos entre humanos y garian; en señal de paz.

* * *

Ooryl entró sin hacer ruido alguno en el cuarto de Velegaer. Poco se asemejaba aquella espartana estancia a la rica habitación de Vashin, la felicidad y el bienestar parecían haber menguado tanto como en la princesa. Esta se hallaba sentada en la barandilla de un minúsculo mirador, de espaldas a la puerta.

El Jedi se acercó por detrás, pero justo antes de que ningún sonido saliese de su boca ella se dio la vuelta y le miró con aquellos penetrantes ojos oscuros:

—Ya lo se —dijo para sorpresa de Ooryl— mi padre acaba de firmar la paz con Iliphar.

—Había un traidor en la corte garian —continuó el Jedi— era él quien robaba realmente el vertex; Iliphar lo descubrió aunque…

—¿Aunque qué?

—Aunque ese traidor, ese tal Lord Nakraan, ha desaparecido.

—¿Y eso qué importa ya?

—Si se arriesgaba a tales robos es porque tenía un buen respaldo, además, ese vertex robado sigue aún aquí, en Gaeraan.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que esto no ha acabado aún; y mucho menos para mí…

—¿Por qué, qué ocurre?

Ooryl la miró a los ojos; a ella no podía mentirle, no ahora que sufría y que iba a sufrir tanto. Quizá le odiase por ello, y quizá llegase a odiarse a si mismo pero tenía que decírselo. Velegaer le mantuvo la mirada de manera inquisitiva.

—He de serte sincero, Velegaer, no estoy aquí para protegerte, ni a ti ni a los tuyos, aunque se pretenda que así se crea.

—¿Qué? —saltó la princesa entre sorprendida y desengañada.

—Mi misión aquí es encontrar a alguien. Busco a un Jedi llamado Kyle Karanna.

—¿Por qué aquí?

—Él es el traidor garian, Velegaer, él es mi objetivo y la verdadera razón por la cuál estamos aquí Tyr, Xánatos y yo.

—¡Entonces tu lo sabías! ¡Lo sabías todo! ¡Y no la detuviste!

—Yo traté de convencer a tu padre, pero no me escuchó.

—¡Quizá te hubiese escuchado si le hubieses contado la verdad a tiempo! ¡Quizá mucha gente siguiese aún con vida! ¡Quizá mi madre…! —pero no pudo terminar la frase.

—Pero… —trató de disculparse— yo no sabía que…

—¡Claro que lo sabías! ¡Tú lo sabías todo!

Le cruzó la cara a Ooryl y se derrumbó en sollozos. El Jedi la rodeó con sus brazos y la besó en la frente.

—¿Por qué tuviste que mentirme, Ooryl, por qué?

* * *

Xánatos, con el torso desnudo, se encontraba sentado en la camilla de un hospital, en Ciudad Serpiente. Se palpó instintivamente la larga cicatriz que le cruzaba el pecho y que por suerte el bacta había podido sanar. Un droide médico esperaba pacientemente junto a él. Al otro lado de las ventanas podía escucharse el ensordecedor clamor de voces humanas y garian unidas que vitoreaban y aclamaban a sus dos reyes, pero aquella sala, apenas iluminada parecía ajena a todo aquél júbilo, como si la preocupación de su ocupante por el cataclismo que se avecinaba lo rodeara.

Una puerta se abrió de pronto junto a él y Vanrar e Iliphar entraron juntos. El droide se activó entonces.

—¿Cómo os encontráis, Xánatos? —preguntó un risueño Vanrar.

—Bien, gracias majestad.

—Os presento a Iliphar rey de los garian.

Xánatos trató de hacer una reverencia pero la cicatriz del pecho le ardió cuando lo hizo y en su cara se dibujó una mueca de dolor.

—Es un placer —dijo Iliphar— pero no es necesario que sangréis por mi —rió.

—La herida ha quedado perfectamente curada pese a su profundidad —intervino el droide— además, tuvimos que practicarle un lavado sanguíneo.

—¿Un lavado sanguíneo? —preguntó el jedi-sombra.

—Llevaba usted una cantidad considerable de veneno en sus venas, señor.

—Es un precio pequeño por salir vivo de un ataque garian —dijo Iliphar— ¿qué os hizo eso?

—En todo caso no se trataba de garian, eso lo puedo jurar.

—¿Entonces? —preguntó confundido Vanrar.

—No lo se, eran como… pesadillas que caminan.

—¿Eran varios?

—¿Varios? —rió irónicamente— eran cientos, miles de ellos. Surgían del mar y trepaban como insectos por las rocas. Más altos que un hombre, acorazados como insectos, y con garras en las patas.

Xánatos les contó entonces cómo habían sido atacados y como murieron los seis hombres que lo acompañaban. Se fijó en las caras de los monarcas: mientras que la de

Vanrar reflejaba pura incredulidad, las escamas faciales del garian se habían vuelto azules, lo que interpretó como palidez.

—Eso… eso es imposible —dijo— debéis estar equivocado.

—Yo se lo que vi. Y seis hombres dirían lo mismo si hubiesen vivido para contarlo.

—No puede ser —repitió.

—¿Qué ocurre? —preguntó Vanrar.

—Alguien ha despertado a Xshada.

* * *

Poco después, Xánatos y los reyes ocuparon cada uno su lugar en el círculo de sillones alrededor de la mesa. En el centro de ésta surgió de repente una luz tenuemente azulada que se difuminó y dio origen a dos figuras holográficas; Ooryl y Tyr:

—¿Nos habéis mandado llamar, majestad? —preguntó el primero— ¿qué ocurre?

—La hora es grave, Ooryl, Nakraan el traidor ha despertado un ejército de criaturas oscuras y lo ha lanzado contra nosotros —anunció exaltado Vanrar.

—Pero, ¿cómo?

—Xánatos os dará las explicaciones pertinentes, no hay un segundo que perder, ahora hemos de comunicaros el plan.

—Esa ola de criaturas —explicó Iliphar— responde al nombre de Xshada pues tal es el nombre de su reina. Largo tiempo creímos inconscientemente que se trataba de un mito pero desgraciadamente hemos descubierto que estábamos equivocados. La leyenda habla de una raza maldita gobernada por una reina que habitaba el planeta cuando Gaeraan era joven. Estas criaturas sembraban el caos entre mi pueblo que rogaba a los dioses su redención de aquél tormento. Sus plegarias fueron escuchadas y los dioses de la luz descendieron un día de los cielos y expulsaron a Xshada a las profundidades, encerrándola en una gran caverna submarina. Nakraan debe haber hallado de algún modo esa caverna y pactado con Xshada.

—¿Pero qué haremos nosotros? No podemos enfrentarnos a un ejército entero —dijo el iktochi.

—Debéis acabar con la reina, con la fuente de su vida, sin ella estarán perdidos.

—Encontraréis la gran caverna y detonaréis una bomba en el interior —añadió Vanrar— eso los detendrá, ya he dado la orden de preparar vuestra partida.

—Muy bien, majestad, ¿pero qué ocurre con vuestra hija?

—El destino de Gaeraan se antepone a su vida Ooryl, desgraciadamente, si ese ejército nos derrota aquí no respondo por la vida de ninguno de nosotros.

XI

Xánatos aceleró su Ala-X sobre las cálidas olas sureñas en dirección al islote en que les esperaban los Jedi.

Los Jedi. Recordaba aquél título con añoranza ahora más que nunca tras haber regresado al templo, aquél título que jamás logró. Tras pasar varios años en Coruscant recibió la instrucción de Qui-Gon hasta los dieciocho, momento en el cuál ambos fueron enviados a su planeta natal: Telos. Allí se dio cuenta de la lujosa vida de la cuál le habían privado los Jedi, pues él era hijo del gobernador, él podía haber sido incluso más rico y poderoso que su padre. Pero cuando Crion le dio la oportunidad, cuando le dio a elegir otro camino que el de la Fuerza Qui-Gon se interpuso acabando con su vida. Él juró venganza y se grabó el aún ardiente anillo de su padre en la mejilla, el círculo roto, como símbolo de todo aquello. Entonces desapareció y tras una serie de asesinatos selectivos e influencias escaló peldaños hasta que llegó a ser presidente de la compañía minera de Offworld. Sin embargo no perdió en ningún momento la pista de su antiguo maestro y decidió «encontrarse» con él durante una misión en el planeta-mina de Bandomeer. Trató de hacer estallar el núcleo del planeta con su maestro encerrado en el interior de una mina; pero aquél estúpido hipócrita de Obi-Wan lo rescató. Desapareció de nuevo, pero las deudas de Offworld por aquél incidente casi arruinaron a la compañía. A la búsqueda de una solución para la compañía se sumó su venganza personal: bloqueó el sistema informático del mismísimo templo Jedi y planeó robar en su cámara acorazada embaucando a un joven padawan llamado Bruck. Qui-Gon y Obi-Wan se lo impidieron de nuevo, pero esta vez logró herir a Kenobi, acusándole de la muerte de su compañero. Regresó a Telos y se vio entonces obligado a explotar cruelmente su propio planeta. Su ex-maestro reapareció por tercera vez y le desenmascaró frente a todo su pueblo; pero esta vez los Jedi no se saldrían con la suya. Le costó un esfuerzo descomunal pero supo crear una ilusión de si mismo que logró engañar a Qui-Gon. Sí, por aquél entonces ya había mejorado bastante su dominio del lado oscuro. Simuló su suicidio y así cumplió su venganza, mostrando a Qui-Gon su fracaso como mentor y como Jedi al haberse dejado conducir por un sentimiento tan vedado a los guerreros luminosos como era el odio, el odio hacia él. Volvió a ocultarse, esta vez casi una década, casi dispuesto a abandonar su credo para con la Fuerza tras haberse vengado; pero entonces llegó Sidious, un lord sith, un ser aparentemente extinguido, como él. Le reveló sus planes y él aceptó ayudarle. Pero poco después el sith le traicionó y se vio ayudando a un grupo de Jedi a destruir la secta oscura de Sidious. Pero este le mató y entonces; y entonces se encontró allí, ayudando de nuevo a los que habían sido sus enemigos.

El torreón apareció a lo lejos y se acercó a gran velocidad. El jedi-sombra aterrizó su nave en la plataforma. Cuando saltó de la cabina encontró a un impaciente Ooryl de pie al borde de ésta, esperándole.

—Vamos, deprisa.

—¿Qué ocurre?

—Están atacando Ciudad Serpiente.

* * *

Mediodía. Ante el inminente avance del ejército enemigo, humanos y garian se habían refugiado juntos en Ciudad Serpiente. Ahora, la larga fila de tanques que habían amenazado los muros los protegía, con los cañones apuntados hacia la cercana playa.

De pronto, una garra larga y negra apareció bajo una ola. Y después apareció una segunda y un millar de ellas venían detrás abandonando el agua y arrastrándose como insectos sobre la arena. Una a una invadieron por completo la playa con una enorme extensión de oscuros cuerpos. Una vez que hubieron formado, sin ninguna señal aparente que indicase el comienzo de la batalla, la ola de Xshada chilló estridentemente como un solo ser y se lanzó imparable hacia la fortaleza.

* * *

El zumbido se detuvo de repente y los motores se acallaron hasta que el transporte submarino se detuvo. Una luz verde inundó la reducida cámara cuando una trampilla se abrió en el suelo, revelando una agua a la vez oscura y helada. Cada uno de ellos tomó un respirador de la pared y se lo colocó en la boca. Una voz cargada de estática surgió de un pequeño altavoz situado en una de las esquinas:

—La cueva está ahí delante, señores, les esperaremos aquí hasta que hayan detonado la bomba, buena suerte.

No había sido en modo alguno difícil seguir el rastro dejado por tan numeroso ejército y el transporte no había tardado más que una hora en conducirles un centenar de millas mas al Sur, al origen de todo aquello.

Ooryl se zambulló en primer lugar y pronto lo perdieron de vista. Tyr, con una carga sísmica a la espalda le imitó. Xánatos comprobó que llevaba bien ajustado el respirador y los siguió.

El agua, fría como el hielo, se le clavó como un millar de cuchillos a través de la túnica. Abrió los ojos pero no logró distinguir nada. Movió la palma de su mano frente a sus ojos pero no vio más que un resplandor pálido. Sin embargo si que pudo vislumbrar a lo lejos, a un centenar de metros le pareció, una enorme e intensa luz azul y a dos figuras que parecían nadar hacia ella. El jedi-sombra pronto alcanzó al iktochi, que nadaba lentamente debido a su pesada carga y juntos nadaron tras Ooryl.

Cuando el Jedi pareció acercarse a la luz de repente se vio absorbido por ella y desapareció. Sus dos compañeros se miraron confundidos, pero siguieron nadando, más aprisa esta vez.

Cuando ellos llegaron hasta la luz, sus cuerpos se vieron a su vez irremediablemente atraídos. Sintieron por un momento que flotaban en el vacío y después fueron

propulsados del otro lado de la burbuja de contención. Tyr temió por un momento por la bomba que llevaba a la espalda pero por fortuna no ocurrió nada.

Estaban a punto de incorporarse cuando descubrieron a Ooryl en el suelo, aparentemente sin vida. Sin embargo se dieron cuenta de que respiraba y de que clavaba sus ojos en el techo. Sobre sus cabezas, en el techo de la cueva, podían escuchar un inquietante entrechocar de garras y un apresurado jadeo. Ooryl se quitó el respirador y extrajo su sable láser del cinturón. Sus dos compañeros lo imitaron. Asintió. «Ahora».

Se levantaron los tres casi al unísono con las armas ya activadas mientras la docena de criaturas que los había estado acechando se descolgaban del techo y se lanzaban contra ellos sus afiladas extremidades revolviéndose nerviosas en el aire.

El iktochi empujó a dos de ellas con la Fuerza y las remató en el suelo al tiempo que saltaba para esquivar un golpe y acuchillaba a otra al caer. Ooryl partió por la mitad a una de ellas para atacar luego a la siguiente atravesándola el acorazado pecho. Otra saltó sobre Xánatos quién se inclinó para esquivarla y a la cual atravesó al darse la vuelta. Después saltó para caer sobre tres de ellas con su sable de hoja amarilla moviéndose a su alrededor.

Pronto no quedaron más que doce cadáveres negros sobre el suelo de la cueva. Se quedaron esperando durante algunos segundos una nueva acometida, pero esta no llegó.

Apagaron sus armas y miraron en torno suyo: las paredes de la cueva parecían brillar con luz propia pero enseguida se percataron de que lo que brillaba era una especie de sustancia gelatinosa que se pegaba a ellas. Xánatos alargó la mano para tocarla y halló una profunda y alargada muesca que corría por toda la pared.

—Esto lo ha hecho una perforadora láser o nunca he visto ninguna —dijo.

—Karanna —añadió Tyr— así es como ha liberado a esas criaturas, ha utilizado las perforadoras que extraían vertex y ha abierto una vía para ellas.

—Mirad —dijo de pronto Ooryl.

Estaba apoyado en una esquina del túnel y miraba asombrado al otro lado. Xánatos y Tyr se reunieron con él y observaron. Miles, quizá millones de criaturas se amontonaban unas encima de otras allá abajo, como una revolucionada colonia de insectos en una segunda cueva de dimensiones gigantescas, de casi un kilómetro de ancho. De ella partían diversos túneles en numerosas direcciones y cada uno de ellos repleto de un nuevo afluente de seres que se unía a la corriente principal que atravesaba uno a uno una segunda salida, todos ellos bañados por la extraña luz azul de las rocas.

En aquel atropellado y ruidoso tumulto parecían absolutamente descontrolados pero cada una de aquellas criaturas conocía perfectamente su tarea y dirección. Tal era su naturaleza, obedecer y servir metódicamente a su reina.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Xánatos.

—Tenemos que movernos, aquí tan al descubierto no tardarán en notar nuestra presencia.

—¿Dónde colocaremos la carga? —preguntó Ooryl.

—Creo que ahí en medio sería una buena opción, ¿pero cómo?

—No —replicó el jedi-sombra— así no conseguiríamos nada, ¿no lo entendéis?, tenemos que acabar con la propia Xshada para detenerlos.

—Y supongo que tu sabes cómo encontrarla —añadió un escéptico Tyr.

—Allí.

Xánatos les señaló un túnel situado algo más arriba que el resto. Lo observaron durante algunos segundos y pronto repararon en que ninguna criatura salía o entraba de él.

—¿Y cómo cruzaremos? —preguntó Ooryl.

—Venid, tengo una idea.

* * *

Una incesante lluvia de disparos llovió sobre la ola de Xshada desde las almenas cuando humanos y garian atrincherados recibieron la orden de abrir fuego. Los cañones de los tanques y las ametralladoras láser abrían largas brechas de negros cuerpos entre las tropas enemigas.

Cada disparo acababa con la vida de dos, quizá de tres criaturas pero las bajas, que tan cruciales resultaban para un ejército normal, no eran en modo alguno problema para aquellas criaturas. Allí dónde una caía a tierra aparecían veinte, allí dónde se abría una brecha, los caídos parecían resucitar y repoblando el vacío avanzar otro metro más hacia los muros. Nada detenía a aquél mar de fauces y garras.

Una docena de bombarderos abandonaron los hangares de Ciudad Serpiente y sobrevolaron al enemigo. Dejaron caer sus bombas de protones creando numerosos claros en el oscuro bosque de cuerpos pero estas heridas se curaron con una rapidez pasmosa, sorprendiendo a los pilotos. Algunas criaturas saltaron, saltaron como si quisieran alcanzar las naves que las atacaban y comenzaron a dar exagerados brincos hasta que lograron encaramarse.

Los bombarderos aceleraron y viraron, tratando de deshacerse de los enjambres pero llevaban demasiados enemigos adheridos al casco y estos habían empezado a desgajarlos rápidamente pedazo a pedazo. Cada uno se vio de pronto envuelto por una nube de parásitos y se tambalearon peligrosamente hasta estrellarse en el invadido campo de batalla. Y una vez que tocaban el suelo, aquellos seres, como una manada hambrienta de carroñeros se cernían sobre ellos para literalmente devorarlos.

Los tanques comenzaron a dar marcha atrás, pero las criaturas corrían más aprisa que sus motores y enseguida les dieron alcance.

* * *

Tres criaturas parecían ir contra corriente en aquél frenético vaivén de cuerpos, tres criaturas que seguían una dirección común. Agazapados bajo los cadáveres de tres centinelas, Xánatos, Ooryl y Tyr atravesaban la bulliciosa caverna. Les pasaron por

encima muchos pies y más de una vez estuvieron apunto de ser descubiertos, pero por fortuna lograron alcanzar el túnel que había señalado el jedi-sombra.

Estaban a punto de entrar cuando se detuvieron, sorprendidos, al ver que un reducido grupo de seres surgía de la boca de piedra. Repararon también en que entre sus garras llevaban lo que parecían ser una especie de huevos que brillaban con el mismo resplandor de toda la cueva. Pero no les prestaron atención y se limitaron a trepar al techo y perderse en la oscuridad.

Xánatos, que iba a la cabeza le hizo gesto de continuar bajo el cadáver que lo cubría y juntos entraron en aquél nuevo túnel. Lo siguieron internándose algunos metros más. Al recorrerlo notaron que el resplandor de las paredes había aumentado notablemente. Algo más abajo les pareció que se encontraban en una cámara más ancha y que por lo tanto ya habían dejado atrás el túnel. Se cercioraron de que no había ninguna criatura cerca y se deshicieron del camuflaje. Efectivamente habían llegado a una sala abovedada, no muy grande, pero cuyos muros ascendían varios metros sobre sus cabezas.

Un aterrador rugido gutural a sus espaldas les dejó paralizados. Muy lentamente se dieron la vuelta. Y entonces la vieron: era Xshada, señora de la colonia y reina de los ejércitos oscuros que asolaban Isla Ocaso. A primera vista se asemejaba bastante a su numerosa progenie, aunque su tamaño era casi diez veces mayor. Los años y su tarea como reina la habían encorvado contra las informes paredes de roca, deformando su viejo y agotado cuerpo. Sus patas parecían haber dejado de ser útiles desde hacía mucho al juzgar por el modo en que colgaban inertes a ambos lados de su tórax. Este estaba fragmentado a la altura de la ingle de la que partía un apéndice membranoso del cuál surgían cada pocos segundos varios huevos recubiertos por aquél líquido gelatinoso que cubría las paredes de toda la cueva. Allí estaba la explicación de tan misteriosa fosforescencia.

Ella no pareció prestarles ninguna atención, no se percató de que estaban allí tan absorta estaba en su tarea de dar a luz a más hijas guerreras que sirviesen a su nuevo aliado. Ahora tenían que darse prisa: las criaturas que habían cruzado al llegar no tardarían en volver; y ellas no les pasarían por alto.

—¿Está bien, dónde lo colocamos? —preguntó Tyr descolgándose la bomba de la espalda.

—Ahí arriba —dijo Ooryl señalando un grupo de estalactitas sobre la cabeza de la criatura.

—Está bien.

Cuándo el iktochi avanzó algunos pasos se detuvo bruscamente.

—Mirad.

Ooryl y Xánatos se aproximaron.

—Vaya vaya, mirad que tenemos aquí, ¡vertex!, vertex tallado —dijo el jedi—sombra recogiendo un pedazo —déjame que adivine de dónde ha salido esto.

Mientras, Tyr se había encaramado hábilmente a la viscosa pared y en cuestión de segundos se suspendía a poco menos de medio metro sobre Xshada. Fijó la carga entre las estalactitas y la programó, indicándoles con un gesto que estallaría en diez minutos.

Se balanceó un momento y después dio un salto limpio hasta el suelo. Pero la resbaladiza superficie le jugó una mala pasada y le hizo tropezar con un estruendo que retumbó por toda la bóveda.

La reina despertó y observó a los intrusos con una mezcla de sorpresa y rabia. Rugió de tal modo que la cámara vibró entera y el sonido se extendió por cada sala de la inmensa caverna. Xshada estaba en peligro.

Un terrorífico y ensordecedor clamor de chillidos hizo entonces su aparición desde el otro lado del túnel mientras la reina comenzó a mover nerviosa pero pesadamente sus patas. Los tres se encararon entonces a la boca del túnel y activaron sus armas.

XII

Los tanques garian no eran ya más que montones de chatarra calcinada a los pies de los muros de Ciudad Serpiente. Unos pocos de ellos, en un último intento de resistencia habían defendido las puertas hasta el último momento en el cuál la primera línea de criaturas los alcanzó, y ahora formaban una peculiar barricada a la entrada de la fortaleza. Pero nada detenía a la ola de Xshada.

Empujaron como un solo ser los restos de los tanques y los utilizaron como un improvisado ariete. A la segunda embestida los goznes de las puertas se quejaron mientras estas rebosaban sus raíles. Las grandes y pesadas planchas de metal comenzaron a doblarse lentamente. El miedo se desató en los corazones de humanos y garian en aquél momento, cuándo lo que tanto habían temido ocurrió.

Con un último empujón, las puertas cayeron al suelo dando paso a la pesadilla.

* * *

Un tropel desmesurado de enemigos salió de pronto escupido de la boca del túnel chillando y entrechocando sus garras. Enfrentándose a tan monstruosa carga los tres gritaron y se lanzaron contra ellos, perdiéndose rápidamente entre la oscuridad de los cuerpos.

Comenzaron de pronto a matar sin consciencia de ello tal era el número de seres que los rodeaban. Sus tres sables láser se volteaban y giraban incesantemente, casi con vida propia, cuando quiénes los esgrimían no podían ni siquiera pensar. Su único pensamiento era la esperanza de sobrevivir; aunque en aquél desesperado momento no pareciese ser más que una esperanza completamente vana y estéril.

«Todavía quedan casi tres minutos», pensó mentalmente Tyr Sindara mientras combatía, «aún podríamos salir de aquí; y él con nosotros». Tras rajar a una criatura por la mitad distinguió al otro lado de la cámara al jedi-sombra que se defendía a pocos pasos de la propia Xshada. Un pensamiento fugaz cruzó por su mente. «Ahora es el momento» se dijo «luego podría ser demasiado tarde, además, no seré yo quién lo haga».

El iktochi empujó a uno de los seres con la Fuerza que fue a caer justo sobre Xánatos, lanzándolo contre el enorme vientre de la reina, al alcance de sus pesadas pero aún así mortíferas garras. La gran criatura lo agarró por la cintura y lo golpeó fuertemente contra la pared de roca varias veces hasta que al jedi-sombra le saltó el arma de las manos y perdió casi por completo el sentido. Después lo abalanzó contra el suelo y sostuvo una garra negra y larga, casi tan grande como él, un momento en alto justo antes de atravesarle con ella.

Y allí, con el cuerpo destrozado por el dolor y el rostro ensangrentado, Xánatos se vio de nuevo a punto de morir, otra vez, resignándose. No, esta vez no, no se rendiría tan fácilmente como lo hizo ante Sidious. Sidious…, odiaba aquél nombre tanto como odiaba

a los sith y se odiaba a sí mismo por haber querido ser uno de ellos. La rabia y la ira le penetraron aún más incluso que el dolor. Y dejó que el lado oscuro lo invadiese.

Se levantó a duras penas y se irguió desafiante ante Xshada. Se limpió la boca de sangre y le sonrió. Alzó una temblorosa mano ante aquél espantoso ser y rayos de energía pura brotaron de sus dedos y empezaron a envolver a la reina, destrozando y abrasando su voluminoso cuerpo. La criatura chilló y rugió, revolviéndose nerviosa mientras trataba de liberarse de aquellos rayos. Pero Xánatos no pensaba parar hasta matarla.

Tras algunos segundos de tormentosa tortura y con último espasmo, la voz de la reina se ahogó y su gigantesco cuerpo se derrumbó contra la pared, sobre el azulado montón de vertex.

Todos los enemigos parecieron enmudecer por un momento y se quedaron paralizados. Pero de pronto volvieron a chillar ahora más estridentemente que nunca. Esta vez no eran gritos de odio los que abandonaban sus negras gargantas, sino gritos de miedo, de pánico: los guerreros luminosos habían matado a su madre, a su reina, a su diosa. Todos ellos abandonaron espantados la cámara tan frenética y bulliciosamente como habían entrado, corriendo a perderse en las profundidades de la colonia.

Los Jedi no habían dejado de observar a Xánatos desde que lanzase aquél sorprendente ataque contra su rival. Aún permanecía allí, sonriente, con el brazo aún levantado. Sus piernas flaquearon de repente y se desplomó de cansancio entre los cadáveres. Corrieron a levantarlo y tomándole por los brazos lo arrastraron fuera de la cámara tras haber recogido su sable láser. Atravesaron lo más aprisa que pudieron el túnel y la gran sala, ahora extrañamente vacía y llegaron hasta el lugar por el que habían entrado. Ooryl le colocó en la boca un respirador y se lanzaron los tres al otro lado de la burbuja. Arrastraron el débil cuerpo de Xánatos nadando frenéticamente a través del agua negra.

No se habían alejado más que algunos metros cuanto el monte submarino se estremeció de pronto, sacudiéndose entero un momento antes de derrumbarse, víctima de la carga explosiva.

* * *

Lo que Kyle Karanna sintió años atrás cuando las hojas gemelas de Lord Sadow cercenaron súbitamente el cuello de Lek fue odio, pero lo que su espíritu experimentó cuando sintió la muerte de Xshada fue verdadera ira, furia en estado puro.

Se levantó de pronto del sillón, rugiendo, la cólera creciendo en su interior. Miró en torno suyo como despertando de una pesadilla: estaba solo en una pequeña cámara del complejo de carga. «Ooryl y Xánatos pagarían por ello, y sufrirían, desde luego que lo harían. Les daría una sorpresa antes de poner en marcha la última parte del plan. Y después, después estaría lejos y sería rico, inmensamente rico».

Volvió al sillón despacio, sin apresurarse, colocó sus dedos sobre las sienes y se concentró, transportando su mente a kilómetros de allí.

* * *

La ola de Xshada acababa de llegar a la plaza central de Ciudad Serpiente cuando de pronto, sin ningún motivo aparente pareció perder todas sus fuerzas y ser por completo invadida por un súbito pánico y como una ola que ha llegado a su máxima distancia sobre la arena las criaturas comenzaron a retroceder y progresivamente abandonaron las calles y edificios que habían invadido.

Pero volvieron a detenerse. Un nuevo poder, distinto al de Xshada, los dominaba ahora con más poder que antes. En cada uno de sus acorazados pechos nacieron unos débiles y tenues rayos de energía blanca que fueron poco a poco adquiriendo más fuerza. Aquellos seres chillaron mientras todos ellos volvían a formar una nueva presencia en la Fuerza. La bomba mental estaba a punto.

Todo ruido pareció cesar cuando tal cantidad de energía se liberó al mismo tiempo. Una gigantesca luz blanca invadió todo el valle hasta iluminar cada una de las cimas nevadas. La onda de destrucción se desató estremeciendo toda la cadena de montañas, destrozándolo todo a su paso, aún más mortal si cabe que el ejército que había atacado la ciudad.

La muerte y el silencio fueron los actores de aquella macabra última escena de la batalla. Horas después, cuando la explosión se calmó por completo, solo quedaba un paisaje de cenizas que cubriría por siempre el suelo de aquel valle.

XIII

Xánatos se removía nervioso en el lecho. Ya era la tercera vez que había necesitado desesperadamente del poder curativo del bacta en tan solo un par de semanas. Se incorporó y caminó hasta la ventana de piedra, estaba a punto de amanecer. Dejó que la fría brisa de la hora que precede al alba recorriera su cuerpo salvajemente grabado de cicatrices, restos de heridas mortales, la mayoría de las cuáles no tenían mucha más antigüedad que su propio cuerpo. Debería haber muerto tantas veces ya… y sin embargo seguía vivo.

Bostezó mientras contemplaba los últimos claros con que las lunas bañaban la superficie del torreón. Dentro de algunas horas debía acudir a una dudosa celebración de paz en Vashin, la guerra había acabado para Gaeraan. Pero no para él. Sabía que muy pronto deberían reanudar la búsqueda de Karanna.

Un minúsculo resplandor en el horizonte llamó su atención. Trató de fijarse en él pero pronto desapareció bajo el pliegue espumoso de una ola tan fugazmente como había aparecido. El jedi-sombra se concentró algunos segundos más en el lugar en que lo había visto por última vez, volvió hasta la cama y se enfundó rápidamente la túnica oscura. Tomó su sable láser y salió al pasillo.

* * *

Ooryl estaba de pie frente a la puerta de Velegaer, pero no se atrevía a cruzarla. Sin embargo debía hacerlo, alguien debía darle la funesta noticia. Se preguntó por un instante si un corazón tan joven podría soportar aún más dolor del que había soportado ya. Todo el mundo que ella conocía había desaparecido y se había tornado en una pesadilla inaguantable en tan poco tiempo… Además había tenido que confesarle sus verdaderas intenciones, y ella le odiaba por ello. Pero debía dar un paso más, por doloroso que fuera, quizá no volviese a verla nunca más y antes debía sincerarse con ella.

Justo cuando sus dedos iban a posarse sobre el botón de apertura de la puerta el inconfundible sonido de una alarma inundó sus oídos.

* * *

Xánatos apareció corriendo en la ancha pasarela que conectaba el torreón con la plataforma exterior de aterrizaje. Vio que a lo lejos un transporte cabalgaba sobre las olas y que de pronto pareció despegarse de ellas y elevarse en dirección a él.

En aquél instante aparecieron Ooryl y Tyr y tras ellos un puñado de guardias armados.

—¿Qué es eso? —preguntó uno de los guardias, confuso— ¿por qué ha sonado la alarma?

Pero su pregunta no fue contestada. Evidentemente nadie sabía que era aquello, pero fuera lo que fuera no era un amigo. El grisáceo casco se recortó contra el sol del amanecer como un pez que de pronto salta en el agua y aterrizó bruscamente sobre la plataforma. Una compuerta del flanco derecho se abrió como una exhalación y uno a uno surgieron más de cincuenta cyborgs que corrieron a cubrir el acceso desde el torreón.

Los tres guerreros luminosos activaron sus tres hojas láser: verde, azul y amarilla, prestas para la batalla. A una orden de Ooryl los guardias abrieron fuego. Xánatos, Ooryl y Tyr saltaron sobre el fuego cruzado y con un elegante doble salto aterrizaron los tres sobre la gran plataforma y sus armas comenzaron a ejecutar sus danzas de combate entre la vastedad del enemigo.

* * *

En el otro extremo de la formación rocosa había un ancho hueco excavado en la piedra que daba paso a un pequeño hangar secundario. Media docena de guardias custodiaban la entrada y la lanzadera de la princesa Velegaer. Había que sacarla de allí antes de que el enemigo tomase el torreón.

Una rápida sombra cruzó de pronto ocultando momentáneamente el sol. Los confusos guardias se miraron un momento entre ellos, justo antes de que una ráfaga de disparos láser les lloviese encima. Unos cañones que no pudieron ver les acribillaron mientras los últimos disparaban inútilmente al aire.

Como un fantasma negro, el *Infiltrador Sith*, atravesó la entrada y se posó sobre el brillante suelo de mármol junto a los cadáveres de los seis guardias. La rampa se desplegó y su piloto descendió rápidamente por ella.

* * *

Podían partir sus cuerpos en dos, podían cercenarles cualquiera de sus múltiples miembros, podían atravesarlos con sus armas… pero no podían matarlos. Aún medio destrozados en el suelo, con el cuerpo salvajemente mutilado por los mandobles láser, los cyborgs utilizaban hasta el último ápice de su energía para seguir combatiendo.

Los tres tuvieron que confesar que, aunque muertos, eran magníficos guerreros. Más de una vez tuvieron que devolver a la desesparada disparos que parecían venir de ninguna parte y lograban sorprenderles incluso a ellos.

Ooryl, Tyr y Xánatos eran constantemente acosados por una tormenta envolvente de descargas láser que inundaban el aire de ozono, y cada instante un puño de acero o una vibro hoja pasaba junto a ellos, sin rozarlos por cuestión de milímetros. Afortunadamente, sus aguzados sentidos y la Fuerza eran los únicos aliados que tenían y necesitaban.

La plataforma de aterrizaje estaba completamente invadida por aquellos cuerpos artificiales, por aquellos cadáveres con armadura. Su empuje comenzaba a ser cada vez

menos sostenible y si bien los cyborgs ya habían abatido a algunos guardias no parecían querer avanzar hacia el edificio, parecían centrarse exclusivamente en los Jedi; pues ellos eran su único y verdadero objetivo.

* * *

La puerta del elevador se abrió dando paso a Kyle Karanna. Tres guardias custodiaban una puerta al otro lado del pasillo. Uno de ellos disparó. Apenas una milésima de segundo antes de alcanzarle con un rápido giro de muñeca y mientras una hoja de luz carmesí brotaba de sus dedos lo devolvió a su origen, acabando con la vida del guardia. Esquivó un segundo disparo y devolvió un tercero; un guardia menos. El último trató de acertarle en el último segundo pero antes de que pudiese siquiera intentarlo, Karanna le separó la cabeza del resto del cuerpo.

Abrió la puerta y sorprendió a la princesa justo en el umbral y a dos guardias más detrás suyo. Mientras protegían con sus propios cuerpos a Velegaer, Kyle empaló al primero con apenas un gesto. El segundo hizo ademán de disparar pero alargó su brazo hacia él con la palma de la mano abierta para cerrarla firmemente después. Los ojos de aquél desesperado hombre parecieron querer salírsele de las órbitas cuando el invisible tentáculo de Fuerza le aprisionó la garganta, asfixiándolo. Kyle volvió a abrir la mano y el cadáver se desplomó sin vida a los pies de la mujer.

Contempló a la princesa: ella se erguía ante él, impasible, con aquella desafiante mirada de ojos oscuros. Con un rápido movimiento alcanzó una pistola láser que había sobre una cómoda y le apuntó. Con la misma rapidez, Kyle alzó su arma y amenazó con su punta su cuello.

—¿Dónde están tus asesinos esta vez, Kyle Karanna? —preguntó ella con sarcasmo.

—Ah, veo que habéis oído hablar de mí, alteza.

—Desgraciadamente, tú mataste a mi madre…

—Es cierto, un acontecimiento realmente desafortunado, ¿no creéis? Pero, decidme, ¿cómo se encuentra vuestro padre, el rey?

—Está en el Norte, frenando tus ejércitos.

—¿En serio pensáis eso, alteza? ¿Acaso no os han informado?

—¿De que debería haber sido informada? —preguntó tratando de mantener la mirada pero notablemente sorprendida.

—Ooryl es siempre tan reservado… Hace horas que la estéril alianza entre hombres y garian fue masacrada en Ciudad Serpiente, y vuestro padre con ella… por supuesto.

—¡Mientes! —dijo alterada, entre lágrimas.

—¿Mentir, yo? ¿Por qué habría de hacer tal cosa? La verdad me es mucho más útil.

—¿Y qué esperas entonces para matarme? —dijo de un modo trágico—. Tan solo quedo yo.

—No, vos no podéis morir todavía, aún sois demasiado valiosa…

Y entonces Kyle levantó con fuerza la empuñadura de su sable y con ella le arrancó el arma a la princesa al tiempo que alargaba la otra mano y la tomaba por los cabellos estrellándo salvajemente su rostro contra la pared y haciéndola perder el sentido.

* * *

Abrió los ojos: se encontraba tendido sobre el frío suelo del hangar. Había sentido la abrasadora descarga láser atravesándole el pecho; pero aún le quedaba vida en el cuerpo. Se retorció sobre sí mismo y descubrió a su alrededor los cuerpos muertos de sus cinco compañeros y la enorme figura del *Infiltrador Sith*. Tanteó su cinturón y no tardó en hallar un pequeño cilindro plateado que alzó antes sus ojos, observándolo con notable satisfacción.

Se arrastró sobre su vientre hasta la rampa de la nave. Se dio dolorosamente la vuelta y descubrió el macabro resultado del impacto que le había destrozado el tronco. Comenzó a quedarse sin aire. Con su último hálito de vida arrojó el detonador termal dentro de la cabina de la nave y se desplomó.

* * *

Ooryl remató a un gamorreano sobre el suelo de la plataforma. Entonces alzó la cabeza: sentía angustia, dolor; Velegaer. Otro cyborg cargó contra él pero lo arrojó al vacío con la Fuerza mientras alcanzaba de un salto la pasarela y corría hacia el torreón.

Xánatos lo vio partir decidió seguirlo pero entonces un arcona lo derribó de una patada. Se puso de nuevo en pie y le cortó las piernas al cyborg y lo partió en dos cuando llegó al suelo. Se dio la vuelta y se encaró a un nuevo enemigo.

Estaba justo en el centro y casi en la orilla, a unos diez metros combatía Tyr, rodeado por un círculo de enemigos que mantenía a raya con su hoja de color verde. El jedi-sombra lo observó: el iktochi se defendía bien, cubriéndose con veloces arcos de energía casi por completo, pero no era todopoderoso, hacía mucho que había dejado de ser joven y la incontable cantidad de enemigos comenzaba a fatigarlo. Xánatos recordó en su extraña actuación en la cueva de Xshada y en si no habría sido realmente el Jedi quien le hubiese lanzado contra la reina; por lo que recordaba no había demostrado ninguna simpatía hacia él.

Y mientras recordaba esto lo vio, vio su muerte, vio como el maestro Jedi caía en apenas unos pocos segundos. Un aqualish lo atrapó con un poderoso abrazo metálico por detrás y mientras trataba de zafarse de él una vibro hoja le rajó salvajemente el rostro. Varios hilos de sangre negra brotaron de la herida mientras derribaba con la Fuerza al gran que le había hecho aquello y librándose del aqualish le atravesó con su sable láser. Se dio la vuelta para atacar al gran pero un disparo láser le estalló en la espalda. Rugió de dolor mientras varias descargas más encontraban su estómago. La impotencia y la incredulidad se reflejaron a partes iguales en su anaranjado rostro al verse de aquél modo,

mirando cara a cara a la muerte. No emtitió ningún sonido al derrumbarse sobre sus rodillas y caer luego entre los metálicos pies de sus asesinos.

«¡No!», gritó Xánatos con rabia. Pero su grito se ahogó en el rugido de la multitud de cyborgs que había comenzado a rodearle a él. Se lanzó contra ellos como un rancor enfurecido mientras se preguntaba cuanto tardaría en correr la misma suerte que su compañero caído.

* * *

Ooryl llegó casi sin aliento al cuarto de Velegaer. Allí descubrió con terror los cadáveres de su escolta. Examinó de reojo las heridas: eran limpias, y los cortes estaban cauterizados. Se concentró un momento y sintió a la princesa bajo sus pies, de camino al hangar trasero. Salió al pasillo y corrió desesperadamente.

* * *

Los cyborgs habían visto reducido su número a menos de la mitad, pero Xánatos pensó que eran más que suficientes para acabar con él. Además, ya solo quedaba él para hacerles frente. Se resignó y lanzó sus brazos para asestar un nuevo mandoble contra la cabeza de un noghri.

Y entonces ocurrió algo del todo inesperado pues todos los cyborgs se quedaron clavados a su alrededor, como bloqueados por alguna especie de señal de retención. Se dieron media vuelta y corrieron hacia la nave. En pocos segundos esta se alejaba otra vez y se hundía entre las olas.

Apagó su sable y se dio la vuelta, tratando de distinguir el cuerpo de Tyr entre aquella alfombra de cadáveres; pero no halló más que un largo rastro de sangre negra que moría justo en el lugar en que había estado el transporte. Los cyborgs se lo habían llevado con ellos.

Entonces captó un poderoso sentimiento: la ira de Ooryl crecía por momentos en el interior del torreón. Atravesó la plataforma y corrió en busca del Jedi.

* * *

Kyle Karanna llegó con la princesa en brazos en el destrozado hangar. Se sorprendió al descubrir una nube de vapor y chispas y las paredes ennegrecidas por algún tipo de explosión. Pero lo que más cólera le provocó fue descubrir los restos aún humeantes del *Infiltrador Sith*.

Buscó desesperadamente una salida, podía sentir a los Jedi tras él. Reparó entonces en la lanzadera de la princesa, quizá no podría enmascararse como lo habría hecho su nave pero al menos los sacaría de allí. Se dirigió hasta la escotilla, la abrió, pasó dentro y

depositó a Velegaer en el suelo de la nave mientras arrojaba algo al exterior y volvía a cerrarla.

Ooryl apareció en aquél instante gritando encolerizado el nombre de la princesa entre aquél caótico escenario y corrió a detener la lanzadera. Pero esta activó sus motores gemelos y abandonó el hangar. El Jedi cayó de rodillas, viendo como su esperanza se escapaba.

Se mantuvo así algunos segundos hasta que sintió una mano sobre el hombro: era Xánatos. Le observó un momento antes de devolver su mirada al horizonte dónde la lanzadera se alejaba. Y entonces se dio cuenta de que algo brillaba en el suelo junto a él. Alargó el brazo y lo cogió; era un holodisco.

XIV

Cuando Kyle atravesó la escotilla de la nave se abrió paso, encolerizado, entre sus lacayos cibernéticos y se dirigió a paso vivo hacia los elevadores. Junto a ellos les esperaba de nuevo aquella figura encapuchada con un manto verde oscuro.

—La princesa está dentro —dijo tratando de encontrar un rostro bajo aquella capucha.

—Está bien, señor. Pero creo que antes deberíais ver algo.

—¿Qué?

—Los cyborgs han traído a un Jedi consigo.

—¿Vivo?

La figura negó con la cabeza. ¿Otro Jedi? Ooryl y Xánatos lo habían seguido hasta el hangar, de eso estaba seguro. ¿Quién podía ser entonces? ¿Acaso el Consejo había enviado aún más ayuda?

—¿Dónde está? —preguntó inquisitivo.

Casi al instante apareció un togorian con un cadáver envuelto en una túnica Jedi. Se acercó hasta su amo y lo dejó caer boca abajo sobre el duro suelo metálico del hangar.

Un escalofrío le recorrió la espalda, como un acusador presentimiento: un iktochi. Se acercó, curioso, y tras posar una de sus negras botas sobre las anchas espaldas del ser le propinó una patada en las costillas para darle la vuelta.

La mirada de Kyle Karanna se quedó paralizada y un sudor frío le recorrió súbitamente los hombros mientras su ritmo cardíaco comenzaba a acelerarse. Apretó sus temblorosos puños con fuerza. Contempló con una mezcla de incomprensión y miedo el rostro muerto y salvajemente desfigurado. Aquél rostro, aquella cicatriz en el ojo… Reconoció con el más absoluto terror a Tyr Sindara, y entonces se creyó dentro de una pesadilla, una pesadilla en que la Fuerza le había sumido para condenarle por haber abrazado la oscuridad, dando la espalda a la luz.

Se quedó de piedra, con los ojos clavados en los de su antiguo maestro, sosteniendo aquella mirada inteligente que había perdido todo sentido y que ahora lo observaba, acrecentando aún más su desesperación. Casi esperó que aquél cuerpo muerto resucitase de pronto y le condenase por sus actos. Suspiró con dolor. Él era el asesino de aquél a quien debía tanto.

* * *

Magullados por el combate, Xánatos y Ooryl eran los dos únicos que permanecían aún con vida tras el ataque. Descansaban ahora sentados a una mesa en la pequeña sala de control del torreón. Sobre ella permanecía el holodisco que Karanna les había entregado. Lo observaban un momento antes de activarlo y descubrir su mensaje. Los siguientes pasos que dieran serían en verdad muy delicados: Kyle había matado a su antiguo maestro sin ningún reparo y había capturado a la princesa; eso quería decir dos cosas:

Karanna quería algo, algo que necesitaba desesperadamente, y tenía una razón muy convincente para conseguirlo fuese lo que fuese.

El jedi-sombra miró a Ooryl y éste asintió activando el holoproyector de la mesa. El rostro de Kyle Karanna apareció ante ellos, ligeramente envejecido con respecto al Kyle que recordaban y les habló:

—Saludos, Ooryl, soy Kyle Karanna, ¿me recuerdas? Creo que la respuesta es más que evidente. Tú fuiste quién me dijo hace tiempo, en un planeta perdido en el corazón de la galaxia que renunciase al lado oscuro, dijiste que con ello no me causaría más que mal. Bueno, creo que durante tu breve y «agitada» estancia en Gaeraan habrás podido comprobar que con éste poder que tu tanto desprecias yo puedo conseguir todo aquello que desee. Aún así, por si tu idealista y corta mente de Jedi no alcanza a comprenderlo, te lo demostraré una vez más: tengo a tu apreciada Velegaer, a la que volverás a ver sana y salva siempre y cuando mis cargueros tengan vía libre para abandonar el sistema, es cuanto pido al gobierno planetario, creo que es un precio justo por recuperar al último miembro de la familia real, ¿no crees? Cuando yo me haya ido la liberaré pero si uno solo de mis cargueros es atacado mientras trata de abandonar el planeta la ejecutaré. Adiós.

El holograma se difuminó hasta desparecer por completo. Se miraron entre ellos, cada uno esperando a que el otro aportase una solución.

—¿Qué hacemos, Ooryl?

—Aparentemente no podemos hacer otra cosa que obedecer; pero por desgracia para él, Kyle ha huido en una nave que no es la suya y o mucho me equivoco o eso no lo tenía de ningún modo previsto. Por lo tanto, si seguimos la señal de radiofaro de la lanzadera de la princesa y —dijo suspirando, no del todo seguro de lo que proponía— si somos rápidos podríamos tratar de rescatarla.

—Pero podría matarla si nos ve llegar.

—No creo, es demasiado valiosa para él, de momento, pero aún así debemos ser rápidos.

—¿Y que hay de sus cargueros?

—Deberían ser interceptados si no damos ningún aviso, es una esperanza estéril, pero es lo mejor que podemos esperar, por ahora.

* * *

«Había sido un accidente». Estaba en una pequeña cámara de observación sobre el hangar de carga. «Había sido un accidente». Abajo, una nutrida tropa de droides cargaban los últimos cajones de vertex.

«Había sido un accidente. Él no quería hacerlo, además, de saber que Tyr Sindara estaba en el planeta… ¿qué? ¿Acaso no habría atacado igualmente el torreón? ¿Acaso no habría secuestrado a la princesa para garantizar la seguridad de su fortuna? Lo habría hecho de todos modos. No había sido en ningún sentido un accidente. Porque él… él era

un sith, su maestro era un Jedi, no, no había sido un accidente, había sido todo un triunfo, una victoria, un orgullo para el lado oscuro».

«No existe la paz, existe la furia.

No existe el miedo, existe el poder.

No existe la muerte, existe la inmortalidad.

No existe la debilidad, existe el lado oscuro».

Velegaer recuperó el sentido, la cabeza le daba vueltas y no supo decir dónde estaba. Se frotó los ojos, estaba sentada en el suelo, la espalda contra un muro de metal, no la habían atado. Levantó la vista y se encontró con aquella figura con capa que se recortaba contra la luz del exterior. Apretó con odio las mandíbulas al reconocer a Karanna. Palpó su tobillo derecho y extrajo con habilidad una vibro cuchilla oculta en la bota. La desenvainó con un ruido sordo y rugió rabiosa como una pantera mientras saltaba sobre Karanna.

«Yo soy el corazón de la oscuridad.

No conozco el miedo, pero suelo causarlo en mis enemigos.

Soy el destructor de mundos y conozco el poder del reverso tenebroso».

En el instante en que estaba a punto de asestarle un golpe mortal al asesino de sus padres, una mano enguantada le retuvo férreamente la mano. Miró hacia atrás y se encontró con un ser encapuchado por un manto verde. La otra mano le cruzó con fuerza la cara, tirándola al suelo e hizo ademán de buscar algo que el misterioso personaje llevaba en el cinturón.

—No —dijo Karanna con autoridad— aún no.

Kyle se dio la vuelta lentamente y contempló un momento con indiferencia a la princesa en el suelo. Después la agarró sádicamente por los cabellos y la hizo levantarse. El dolor hizo que dejase caer el arma, la cual, antes de tocar el suelo voló hasta la mano de Kyle. Se la clavó dolorosamente en el hombro, Velegaer gimió. Karanna comenzó a retorcer la vibrohoja dentro de ella con saña, desgarrándole la carne, hasta que ya no pudo más y se derrumbó sollozante a sus pies con su propia arma aún clavada en el hombro.

«Soy el fuego del odio y todo el universo se inclina ante mí.

Me entregué a la oscuridad y encontré la verdadera vida en la muerte de la luz».

* * *

La veintena de cyborgs supervivientes corrieron por el oscuro pasillo hacia el gran hangar de carga. El que iba en cabeza pulsó el botón de apertura y un puñado de ellos apuntaron hacia la luz que venía de fuera. Salieron con cautela al exterior atravesando la compuerta y sus sensores comenzaron a buscar alguna señal hostil más allá del gigantesco hueco que se abría en la pirámide brutalmente castigada por el viento y las olas.

Una forma apareció de pronto entre la bruma y precipitándose con un estruendo se estrelló cerca de la compuerta llevándose a media docena de cyborgs en una bola de

fuego. Desconcertados, los guerreros se acercaron a inspeccionar los restos humeantes del Ala-X y antes de que pudieran reaccionar dos fogonazos de luz parecieron caer desde el techo entre ellos.

Un destello azul de la hoja láser de Ooryl le cercenó la cabeza a un twi'lek y un rodiano le lanzó un puñetazo al costado pero se agachó y propinándole una patada en las rodillas lo tiró al suelo dónde le rajó de arriba a abajo el verdoso pecho. Saltó para esquivar un torrente de disparos y mientras permanecía en el aire estrelló a dos cyborgs más contra las paredes de ferrocemento. Aterrizó de nuevo y se encontró con un gigantesco whipid que le apuntaba. El arma disparó tres veces y tres veces bailó el sable láser devolviendo cada descarga a su orígen; el velludo ser cayó carbonizado. Se dio la vuelta, un shistavan le saltó encima pero supo retirarse a tiempo hacia atrás y lo partió en dos antes de que tocase el suelo. Miró en torno suyo y solo encontró en pie a Xánatos al cual rodeaba un círculo de enemigos muertos similar al suyo. Desactivaron sus armas.

Atravesaron la compuerta y recorrieron un corto pasillo sobre la blanca luz artificial que provenía del suelo. Llegaron a una sala con puertas que partían a la izquierda, a la derecha y al frente. Repararon en que los marcos de la derecha y el frente se encontraban soldados a las paredes de metal.

—Sigámosle el juego a Karanna —dijo el Jedi atravesando la única puerta intacta.

* * *

«Descarriada» la habían llamado siempre. Como tantos otros niños sensibles a la Fuerza inició su aprendizaje a muy corta edad en el Templo Jedi de Coruscant. Recordaba que en un primer momento había sido el blanco de las burlas de sus compañeros debido a su pálida piel y a su falta de cabellos; hasta que descubrió su particular habilidad. Entonces nadie se metió con ella pues nadie estaba seguro de quién era en realidad. BlaneRos era una cambiante. Desconocía por completo su lugar de origen o su raza pero sabía que podía imitar a la perfección a cualquier ser que se propusiese, independientemente de su especie, edad o sexo. Entonces probó el poder que confería el hecho de ser superior a los demás y por lo tanto el poder controlarlos a su voluntad. Temerosos de que esto pudiese conducirla tan pronto al lado oscuro, sus instructores la confiaron a una edad muy temprana al espartano y disciplinario maestro zabrak Eeth Koth. Como su padawan le acompañó en numerosas misiones a lo largo y ancho de la galaxia durante catorce largos años en los cuáles su maestro le prohibió estrictamente el uso del «cambio de forma». Tuvo que confesar que le obedeció al principio pero con el tiempo comenzó a practicar más y más, adquiriendo experiencia, primero a escondidas y después de forma habitual, siempre y cuando su maestro no estuviese presente, por supuesto.

Y entonces llegó el día. Cuarenta y ocho horas antes de ser nombrada por fin caballero Jedi se le confió una última misión como padawan: debía escoltar a una nave consular que llegaba a la capital proveniente de Ruur hasta su destino en el distrito senatorial. Ni siquiera se molestó en acercarse a la nave. En cuanto se vio a los mandos

de aquél caza aceleró sobre los cielos de Coruscant y huyó del templo. Pasó varios años vagando por el sector hutt y se labró una notable reputación como asesina. Un día acudió a una entrevista de trabajo en Nal Hutta dónde un hombre no quiso contratarla como tantos otros, sino que se ofreció a «completar» su entrenamiento de Jedi. Así conoció a Kyle Karanna, a un verdadero sith, a un cambiante; como ella.

Balanceó las piernas sentada en una estrecha pasarela sobre el abismo. Allá abajo, cuatro enormes turbinas daban vueltas movidas por las violentas olas. Aquél movimiento creaba un ambiente tremendamente frío. Se frotó los brazos, desperezándolos una última vez antes de incorporarse; ya no podían tardar mucho.

XV

La lanzadera se mecía suavemente en el espacio, justo en la cola del largo convoy de cargueros cargados de vertex y dispuestos en forma de cuña. Kyle mantenía su pequeña nave ligeramente por encima de las demás. Atrás quedaba la azulada imagen de Gaeraan y delante se extendía una riqueza inconmensurable; una riqueza que nadie podría ya arrebatarle. Se regocijó en aquél pensamiento pues nada de todo aquello hubiese sido posible sin el magnífico poder del lado oscuro. Él había sabido convertir lo que los Jedi consideraban un «defecto» o un «juicio a evitar» en una gran virtud que le conducía muchas veces a la victoria. Una señal parpadeó en la consola de la nave: un crucero se acercaba a toda velocidad hacia él.

Kyle era el único tripulante del convoy, todos los cargueros eran dirigidos por sus respectivos ordenadores de a bordo hasta un punto de salto hiperespacial y desde allí hacia su destino final. Por lo tanto, él fue el único que le prestó alguna atención al mensaje:

—Atención, convoy mercante —dijo una voz femenina cargada de estática—, aquí el destructor *Moavhal* por orden del gobierno de Gaeraan no están autorizados a abandonar el planeta, repito: no están autorizados a abandonar el planeta, deben… —apagó el comunicador, no le interesaba en modo alguno lo que el gobierno planetario pudiese opinar, nada podían hacerle ya para detenerle.

Cuando faltaban apenas unos segundos para que el primero de los cargueros llegase al punto de salto, el destructor se situó de forma veloz frente al flanco izquierdo del convoy y de su proa partieron dos misiles de impacto que partieron al carguero por la mitad en una bola de fuego.

Ya lo había previsto, por supuesto, y por ello todos los cargueros situados en el exterior de la formación se encontraban vacíos; bueno, no estaban completamente «vacíos». Apenas la primera de las naves estalló, las bodegas de los «cargueros-trampa» se abrieron liberando una numerosa cantidad de pequeños misiles buscadores que se activaron y se dirigieron raudos contra el *Moavhal* cuyos sensores se vieron momentáneamente sobrecargados y perdió el control durante algunos segundos. Unos segundos preciosos en los que el verdadero convoy saltó al unísono al hipersespacio.

Kyle no alcanzaría jamás a recordar por qué, cuando tenía ya la mano sobre la palanca de hipervelocidad y la expectativa de una nueva vida llena de lujos y riqueza a menos de un pársec de distancia, vaciló antes de empujarla y perderse entre las estrellas.

La imagen de aquella muchacha rubia de ojos turquesa le cruzó la mente, y con ella venían los recuerdos de aquellos majestuosos y apacibles claustros anegados por el sol, los recuerdos de aquellas cinco agujas resplandecientes sobre Coruscant, los recuerdos de aquellas mil y una horas pasadas en el templo, los recuerdos de aquella felicidad perdida, el recuerdo de Tyr Sindara, su mentor, ahora muerto, ejecutado por su mano.

* * *

Después de un intrincado camino de pasillos, escaleras y puertas falsas, llegaron por fin al final del laberinto. Tras un recodo hallaron una puerta abierta que despedía una luz que les resultó cegadora tras la larga penumbra en la que habían permanecido. Una gélida brisa les sorprendió al acercarse más y se refugiaron en sus mantos antes de atravesar el umbral.

Se encontraron en una vasta sala de paredes metálicas que ascendían algunos metros hasta formar una cúpula en el techo. No había ningún suelo, tan solo un estrecho puente que cruzaba la sala de un extremo a otro sobre un mar de violentas olas que movían sin descanso cuatro turbinas que enfriaban aún más si cabe la temperatura. A un lado estaban ellos, y al otro Velegaer. Estaba encogida de frío contra la pared y tiritaba, aparte de eso no parecía moverse. Ooryl la llamó, pero permaneció impasible.

Repararon entonces en una figura que se hallaba sentada en el borde de la pasarela con los pies colgando, era un hombre moreno con el cabello corto y vestido de azul. El Jedi lo reconoció: era Rappa, el joven que le había recibido en el hangar de Vashin el día que llegó a Gaeraan. El hombre se incorporó lentamente y los observó con indiferencia. Una mueca que bien podría haber sido una sonrisa se dibujó en sus labios mientras, inexplicablemente, su silueta cambió por completo hasta adoptar la perfecta figura de la reina Aerrin. Ooryl y Xánatos lo observaron estupefactos; el extraño ser parecía divertido con su reacción. Cambió una vez más y adoptó la imagen de una seductora hembra humana de cabellos albinos y en cuyos ojos, el iris era tan blanco que solo eran visibles sus diminutas pupilas. Vestía un ajustado traje de cuero negro con refuerzos en los codos y en las rodillas y llevaba por encima un manto verde.

Avanzaron algunos pasos más hacia BlaneRos, cautelosos, y al hacerlo la voz de Karanna hizo su aparición, invadiendo con sus ecos la bóveda de metal:

—Felicidades, Ooryl. Has conseguido llegar, pero demasiado tarde, me temo. Cuando tú, pobre infeliz, escuches esto, yo estaré seguramente a años luz de ti, y conmigo toda la producción anual de vertex. Pero tranquilo, aún tienes la oportunidad de salvar a tu amada princesita; no tienes más que cruzar el puente…, tienes seis minutos antes de que todo el complejo estalle; por cierto, he olvidado decirte que mi aprendiz, BlaneRos, lleva sujeto a su pecho el dispositivo de detonación, si tu hoja láser la roza una sola vez todo estallará en el acto. Buena suerte, Jedi —y dijo esta última frase pronunciándola con asco.

En cuanto la voz calló, la puerta por la que habían entrado se cerró tras ellos. La albina se deshizo de su manto y extrajo de su cintura dos empuñaduras plateadas, las alzó ante sus adversarios, mostrándoselas, y las activó; una hoja de energía malva brotó de cada una de ellas. Xánatos y Ooryl la imitaron y se acercaron al unísono, paso a paso, sin apresurarse.

Fue ella quien inició el combate con una tremenda estocada dirigida a Ooryl el cual pudo apenas bloquearla dado el reducido espacio en que tenían que combatir y por poco no le rebanó una oreja. Se inició entonces un rápido y encarnizado combate con un incesante vaivén de haces de luz que se entrechocaban unos con otros sin cesar. Dieron lo

mejor de si mismos, atacando por ambos flancos con embestidas veloces, tratando de desequilibrarla en todo momento; pero BlaneRos no cedió un solo milímetro de su espacio.

Desde el inicio del combate, los dos se dieron cuenta de que aquél extraño ser cambiante, fuese quien fuese era diestro en el manejo del sable láser, muy diestro. Manejaba sus dos armas con una maestría increíble que combinaba con una sorprendente forma de moverse pues ora cobraba en sus movimientos la extrema agilidad y reflejos de un aleema ora demostraba la misma fortaleza física que un noghri adulto.

Al principio se limitó con defenderse pero poco a poco aquellas hojas color malva comenzaron a moverse peligrosamente entre Ooryl y Xánatos quienes poco o nada podían hacer para defenderse de tan hábiles ataques. Les fue ganando terreno paso a paso, acorralándolos contra la puerta cerrada y ya era solo cuestión de tiempo que uno de los dos fuese atravesado por aquellas armas.

Mientras, el tiempo había corrido veloz y ya habían transcurrido casi cinco minutos del tiempo que Karanna les había dado. Conscientes de ello intentaron un último y desesperado contraataque: Xánatos se retiró cuanto pudo hacia atrás y con un doble salto se elevó sobre BlaneRos mientras que Ooryl trataba de pasar corriendo junto a ella. Pero ninguno de los dos lo logró: le dio una potente patada en la cabeza a Ooryl y con la punta de uno de sus sables rajó la cadera de Xánatos mientras le pasaba por encima.

El jedi-sombra aterrizó por fortuna de nuevo sobre el puente, igual que Ooryl. Ambos se levantaron y volvieron a encararse, doloridos, a su rival. Pero antes de que ninguno pudiese hacer nada la voz de Kyle apareció de nuevo, iniciando una desoladora e irremisible cuenta atrás: «diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos…», y la cuenta se detuvo inexplicablemente.

Escucharon como la puerta por la que habían llegado se abría a sus espaldas y se volvieron. Fue en aquél momento de desesperación, perdido ya todo signo de esperanza, cuando Kyle Karanna apareció; y pese a que aún lucía su lúgubre atuendo esgrimía un sable láser de hoja turquesa, su antiguo sable de Jedi. Había renacido aquél caballero ejecutor del lado oscuro y había muerto aquél sith que tanto daño le había hecho a Gaeraan. El verdadero Kyle Karanna había regresado.

—Hola —les dijo simplemente a uno incrédulos Xánatos y Ooryl; pero había algo en aquella mirada que exponía todo aquello que Kyle sentía en su interior en aquél momento: arrepentimiento y redención—. Xánatos, tú ayúdame con ella. Ooryl, salta sobre nosotros y llévate de aquí a Velegaer.

Al otro lado, BlaneRos parecía haber perdido todas sus fuerzas pues si había alguien sorprendido por la aparición de Kyle esa era ella. ¿Dónde estaba su maestro? ¿Dónde estaba el sith que había descubierto en él? ¿Qué había podido ocurrir?

—Maestro… —dijo vacilante— qué…

—La respuesta no es sencilla, BlaneRos, pero sí el resultado: el Kyle que una vez conociste ha muerto, yo he aparecido en su lugar. Se que piensas que debes cumplir la

última orden que lord Karanna te dio pero te ruego que apagues tus armas y te rindas, por favor.

—Puedes rogar mucho mejor, bastardo «usurpador» —rugió la cambiante encolerizada mientras se lanzaba al ataque.

Xánatos y Ooryl tenían en verdad muchas preguntas en la cabeza, pero no había tiempo para ninguna de ellas, había que actuar, y pronto. Xánatos y Kyle se lanzaron como dos reeks a la carga al encuentro de BlaneRos y mientras, Ooryl saltó sobre ellos y aterrizó limpiamente en el otro lado.

Se precipitó rápidamente sobre la princesa y fundió sus grilletes con la hoja de su sable. La levantó, sus ojos estaban cerrados y parecía apenas respirar, sus carrillos sonrojados tiritaban mientras ella se encogía a causa del tremendo frío que sentía. Tenía una seria herida en el hombro y había perdido mucha sangre que se había escarchado en un reguero escarlata sobre su vestido. Había estado muchas horas allí, a merced del gélido viento, cubierta tan solo con un ligero vestido, saludable en las regiones cálidas del Sur de las que había sido raptada. El Jedi le frotó los miembros para desentumecerlos y darles calor mientras trataba desesperadamente por todos los medios de hacerla hablar, o siquiera reaccionar. Deseó poder darle su manto pero se encontraba al otro lado.

—Vamos, tengo que sacarte de aquí —dijo— agárrate tan fuerte como puedas a mi espalda y saltaremos por encima.

Para alivio de Ooryl, Velegaer entreabrió ligeramente los ojos y asintió mientras una cálida sonrisa afloraba en sus labios. La princesa se le agarró con fuerza al busto y el Jedi tomó impulso para saltar.

Sin embargo, BlaneRos, ágil como un nexu, saltó un instante antes que él en el aire y los empujó a los dos con la Fuerza contra la pared. Ooryl y Velegaer cayeron pesadamente y resbalaron sobre el congelado puente, ambos cayeron al vacío al mismo tiempo, Ooryl logró agarrarse al saliente con una mano mientras con la otra asió a Velegaer en el último segundo. Y allí quedaron los dos, suspendidos sobre el abismo de olas aguantados los dos por tan solo el brazo del Jedi. Los dedos tiritantes de Velegaer comenzaron a escurrirse por entre los de Ooryl quien la agarró con más fuerza, pero fueron entonces sus dedos los que comenzaron a resbalar del saliente.

—Ooryl —llamó ella con un tímido hilo de voz mientras una lágrima le corría por sus enrojecidos ojos que parecían haberse entregado ya a la muerte— déjame.

—¡No! —gritó el Jedi desesperado— ¡no te dejaré caer!

—Déjame.

Y entonces, sus manos se separaron, y ella cayó, cayó hasta perderse entre la espuma de las olas mientras aquella última lágrima se congelaba en su mejilla un segundo antes de desaparecer entre las turbinas. Ooryl calló, no emitió sonido alguno al verla caer, solo miraba, incrédulo, como caía.

Se apoyó con la otra mano en el saliente y subió de nuevo al puente. Se quedó un instante allí, solitario, incapaz de pensar, incapaz de reaccionar mientras un millar de sentimientos y recuerdos le atravesaban el alma. Activó su sable y estalló de rabia,

lanzándose furioso contra BlaneRos. Pero justo en el instante en que iba a alcanzarla ella pasó a toda velocidad junto a él impulsada por la Fuerza y se encontró con una hoja turquesa que le cortaba el paso y que chocó con tal violencia contra la suya que le tiró al suelo. Kyle le tendió la mano para ayudarle a incorporarse.

—No, Ooryl —dijo— soy yo quien debe hacerlo.

El Jedi recapacitó un instante y asintió, desactivando su arma.

—Marchémonos —dijo Xánatos imitándole.

Kyle les dedicó una última mirada y cuando su mano se separó de la de Ooryl éste reparó en que le entregaba algo. El Jedi abrió su mano y encontró un holocubo.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Marcháos —le contestó violentamente Karanna— aquí ya no hacéis nada.

Xánatos y Ooryl se dieron la vuelta y desaparecieron tras el umbral. El jedi-sombra estuvo a punto de volverse en el último segundo y quedarse allí con él. Pero cuando lo vio allí, sobre el puente, batiéndose en cuerpo y alma contra BlaneRos, descargando todo su poder contra ella, contra su propia creación oscura, contra todo aquello que representaba en lo que había llegado a convertirse, en lo que había llegado a ser seducido por el lado oscuro de la Fuerza; entonces, entonces comprendió por qué había regresado: lo había hecho para liberarse.

Él y Ooryl se perdieron de nuevo en la negrura del pasillo mientras Karanna lanzaba un nuevo ataque contra su aprendiz: le lanzó un golpe alto e inmediatamente otro a media altura, tan rápidamente que ni sus propios ojos pudieron apreciar la veloz finta, pero BlaneRos era implacable con sus enemigos, y estaba furiosa. Con la hoja de su mano derecha paró ambos golpes y con la izquierda atravesó a su maestro de parte a parte. El tiempo se detuvo. Ambos se observaron en silencio mutuamente. Una inexplicable mueca en el rostro de Kyle sorprendió a BlaneRos: era una mueca de alegría; y de satisfacción. Cayó hacia atrás y se desplomó contra el hielo que cubría el delgado puente, muerto. Kyle Karanna se había liberado.

* * *

Pocos instantes después, Ooryl y Xánatos despegaban en la pequeña lanzadera que Karanna les había dejado. Y apenas se habían alejado un centenar de metros cuando el complejo entero estalló tras ellos en una descomunal explosión cuya onda expansiva les envolvió por completo lamiendo el casco con lenguas de fuego.

EPÍLOGO

Ooryl Qel-Narath aún seguía con los ojos clavados en los de Mace Windu cuando acabó de relatar al Consejo Jedi todo cuanto había ocurrido desde que partiese junto al maestro Kyle Karanna en busca de una misteriosa secta oscura hasta su muerte en Gaeraan. La blanca luz del techo los revelaba a él y a Xánatos que se encontraba a su lado a los doce maestros que habían permanecido en silencio todo el tiempo. Todos ellos se mostraron sorprendidos ante descripciones de Ooryl tales como el señor oscuro Naga Sadow o la ola de Xshada pero sin embargo muy pocos se demostraron de acuerdo con la decisión del maestro Yoda de ocultarles el fracaso de la primera misión incluso a ellos.

La cámara se mantuvo en silencio unos instantes hasta que el maestro Windu con el ceño aún fruncido se incorporó en su sillón granate formando un puente con los dedos.

—Dudosa es de veras tu victoria, Ooryl: los sith no han desaparecido, cuatro dignos Jedi han muerto, por no hablar de una crisis planetaria que ha acabado con buena parte de la población —suspiró— al menos Karanna os entregó en ese holocubo las coordenadas en que se encontraba el vertex robado y al menos no todo está perdido para Gaeraan; aunque pasará mucho tiempo antes de que olviden todo esto.

—Poco provechosas ambas misiones han sido —intervino Yoda— aunque la culpa no es enteramente tuya, Ooryl.

—Aunque sí lo es en gran parte —recalcó Windu— pero este no es ni mucho menos el momento de expulsar Jedi de la orden: la República podría enfrentarse en breve a una crisis y es prioritario conservarte entre nuestras filas.

—Y a tu compañero por los servicios prestados se le incluirá de nuevo también —dijo de pronto Ki-Adi Mundi sorprendiendo al jedi-sombra— si así lo desea.

—Será un honor servir de nuevo a la orden —se apresuró a contestar Xánatos al tiempo que se inclinaba respetuosamente.

—Así sea entonces —anunció Yoda— caballeros Jedi ambos sois ahora; pero en una moribunda edad, me temo. Que la Fuerza nos acompañe a todos.